

Manuel José Othón

Cuentos Completos

recopilación, introducción y comentario de
Joaquín Antonio Peñalosa

Universidad Autónoma de San Luis Potosí

San Luis Potosí, S.L.P., México, 1995

**Cuentos Completos
de
Manuel José Othón**

Cuentos Completos de Manuel José Othón

Recopilación, introducción y comentario de

Joaquín Antonio Peñalosa

Universidad Autónoma de San Luis Potosí

San Luis Potosí, S.L.P., México, 1995

© Derechos Reservados
ISBN-968-6194-84-3
0419-95022-A0080

Editorial Universitaria Potosina

INTRODUCCION

Los cinco rostros de Othón

Manuel José Othón (1858 - 1906) nació y murió en la ciudad de San Luis Potosí. Cinco son las fases de su obra literaria.

Poeta, cantor del paisaje, es uno de los dioses mayores de la poesía lírica de México, escribió el primer poema a los 15 años, en 1873, el último, el mismo día de su muerte. Su poesía está contenida en *Ensayos poéticos* de 1875 -publicados hasta 1947-; *Poesías* de 1880, *Nuevas poesías* de 1883 y *Poemas rústicos* de 1902, uno de los libros mejor estructurados de toda la lírica mexicana y merecedor, según Alfonso Reyes, de "muy alto puesto en la antología española" ("Los Poemas rústicos de Manuel José Othón". *Obras Completas*, I, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, p. 183). Después de este libro, escribió, entre poemas medianos, como para asombrarnos con estos gritos de su corazón; la noble *Elegía. A la memoria del maestro D. Rafael Angel de la Peña* y *En el desierto. Idilio Salvaje*, sin duda "su mejor obra y uno de nuestros grandes poemas", según José Emilio Pacheco. El "poema tremendo y maldiciente" de Alfonso Reyes; "la desolación escultórica" de Octavio Paz; el "hito altísimo de la poesía castellana" de Francisco González Guerrero, donde Othón "no es ya clásico ni romántico, sino pura y trágicamente humano", en precisa definición de Gabriel Méndez Plancarte.

Dramaturgo, escribió varias obras teatrales en verso y en prosa que le valieron, en sus días, notable acogida, sobre todo el drama *Lo que hay*

detrás de la dicha de 1886, escenificado en San Luis Potosí y en la ciudad de México; *El último capítulo* de 1906 que evoca a Cervantes escribiendo el final de *Don Quijote* y el monólogo *Viniendo de picos pardos* de 1892, que acaso sea su más original composición.

Su obra dramática, en la que puso tanta ilusión y empeño, no añade elementos de renovación para transformar el teatro romántico y efectista imperante; sino que continúa la corriente impuesta en España por José de Echegaray (1832 - 1916), cuyo imperio traspasó los límites de su patria. " Tanto me ponderaste las bellezas de los dramas de don José de Echegaray -escribe Othón a su compañero de ensueños juveniles Adrián Aguirre-, que los he devorado con febril anhelo" (*La Esmeralda*, San Luis Potosí, 6 de noviembre de 1881). Echegaray ni siquiera se dignó abrir el ejemplar de *Poemas rústicos* que Othón le envió con florida dedicatoria.

Narrador, sus cuentos superan a la producción teatral, así no hayan corrido con la mejor suerte, sea porque se les desconoce, porque se los vitupera quizá sin haberlos leído y analizado con la debida objetividad o porque no han faltado quienes los elevan a extremadas glorias de las que carecen.

Con sus limitaciones, los cuentos de Othón lucen por la descripción del paisaje, por reflejar el alma y las costumbres del campo, por la propiedad con que transcribe el habla popular, por conservarnos "mexicanismos" de la época, por transmitir tradiciones y formas culturales de finales del siglo pasado, por la prosa que en determinados momentos brilla fácil y bella, y por su valiente denuncia, en pleno porfirismo, de los abusos de hacendados, amos y patronos contra los oprimidos campesinos; por lo que no dudo en considerar a algunos de los cuentos del potosino, como verdaderos precursores de "la novela de la revolución".

Articulista - ¿ será exacto llamarlo articulista ? -, Othón escribió algunas prosas cuyos temas son muy variados: la crónica de alguna excursión, como la espléndida a *El Puente de Dios*; recuerdos de su vida y de sus amigos; algún prólogo para el libro de un paisano; el elogio de *El*

Padre Pagaza -su inspirador esencial-; además de unos leves ensayos y críticas de obras teatrales.

Jesús Zavala recogió doce prosas en las *Obras Completas* de 1945 (p. 619 - 696), y dos más en *Manuel José Othón, poesía, teatro, prosa, epistolario* (*Las letras patrias*, México, núm. 3, julio-septiembre de 1954, p. 89-92; y en separata). Añadiremos el elogio que consagró a su colega, Primo Feliciano Velázquez, cuando la Academia Mexicana de la Lengua lo nombró miembro correspondiente (*El Estandarte*, San Luis Potosí, diciembre de 1886).

Cuando Othón publicó anónima, la crónica de su expedición "*Sobre la sierra*" (*El Estandarte*, San Luis Potosí, 20 de mayo de 1890), ahí mismo apareció esta nota: " De un libro inédito del autor intitulado *Selvas y montañas*. En nuestros próximos números literarios seguiremos publicando otros artículos de la misma colección ".

Siguieron, efectivamente, *El Puente de Dios* de 1892 y *En la gruta de Canoas* de 1894; pero *Selvas y montañas* se quedó en el limbo de lo posible. Othón pasó escribiendo una parte de su vida; y la otra, soñando en escribir. Soñó escribir otros cuentos, poesías, crónicas, piezas teatrales, libros enteros tras la consigna de su casi siempre amigo Amado Nervo: " Soñemos, alma, soñemos ".

Escritor postal, Othón escribió cartas con frecuente asiduidad. Zavala publicó el *Epistolario* que reúne 43 escritas entre 1891 y 1906; pero hay no pocas publicadas y dispersas en libros, revistas y periódicos.

Existen, además, las cartas inéditas a su novia Josefá Jiménez Muro a quien siempre llamó Esther; correspondencia que se encuentra entre los manuscritos de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. El noviazgo duró cinco años, desde finales de 1877 hasta febrero de 1883.

Son unas cartas deliciosamente cursis con todos los lugares comunes de los enamorados; es preciso leerlas, por lo empalagoso, con un vaso de agua al lado, si es que no con previsión de insulina por excesos de azúcar y peligro de diabetes. Idolatrada de mi corazón, alma de mi alma, ideal de mis sueños, "goyoncito" mio.

" ¿ Es verdad que mi retrato nunca se separa de tí ? Tengo que darte las gracias por tus cabellos, que son el tesoro más grande que, después de tí, tengo sobre la tierra, me acompañan por todas partes y mil veces los he llenado de lágrimas, de caricias y de besos "...

Queda pendiente la investigación y recopilación del grande y general epistolario del poeta, necesario para seguir de cerca su vida y obra. Tales son los cinco rostros de Manuel José Othón: "érase un hombre pentafásico", dígalo el título de una novela de Emma Godoy.

La vocación de cuentista

1 - El cuento en verso.

El interés por el cuento despiértase en Othón en 1878, cuando frisaba en los veinte años, y escribe *Blanca de nieve. Cuento*, cuento en verso que posteriormente incorporó en su primer libro impreso *Poesías* (San Luis Potosí, Imprenta de Dávalos, 1880). Este libro consta de dos partes: la primera se titula *Violetas* con 35 poemas y la segunda, *Leyendas y poemas*.

Las leyendas, además de *Blanca de nieve*, son *La loca de las olas, balada marina* (1879); *Historia de un beso* (1879), *Paola* (1879), *La estatua de carne, leyenda* (1880) y *Los amores de la tierra* (1880) que, en advertencia del propio Othón, "es la jornada primera de un poema dividido en tres y titulado *El infierno por un beso* no terminado aún" (Manuel José Othón. *Poesías completas*. Recopilación, prólogo y notas de Joaquín Antonio Peñalosa. México, Editorial Jus, la.ed. 1974, p. 137-182).

En la dedicatoria de su libro *Nuevas poesías* (San Luis Potosí, Tipografía de B.E.García, 1883), escribe a Victoriano Agüero: "Ofrecíle un tomo de *Leyendas y poemas* -género a que me he dedicado casi exclusivamente-, pero las circunstancias hanme impedido terminarlo" (*Poesías completas*, ib. p. 185). En este mismo libro, Othón publica *El canto de Lodbrok*, escrito en 1879 y no en 1887, como varias veces se dijo; ya que la fecha y dedicatoria aparecen, de mano de Othón, en *Can-*

tos de la montaña de 1879.

Othón escribió otras tres leyendas en verso que no coleccionó en libro, y que son las siguientes: *El lago de los muertos* (1879), *El canto de las náyades, leyenda fantástica* (1880) y *El viaje del alma, poema fantástico* (1882). Se encuentran recogidas en *Poesías completas* (ib. p. 336, 358 y 359 respectivamente).

2 - Los cuentos.

Othón escribió su primer cuento, *El Padre Alegría*, en 1879, un año después de su primer cuento en verso.

Si escribe poesía constantemente, año tras año, en cambio frecuenta esporádicamente el cuento. De 1879 se salta hasta 1890, más de diez años de silencio; aparecen dos cuentos en 1891, dos en 1895 y, después de ocho años de interrupción, los tres cuentos finales de 1903, tres años antes de la muerte.

A lo largo de 23 años, escribió 11 cuentos, mientras que sus poesías suman unas 220, así sea en un lapso mayor. La razón es obvia, Othón es esencialmente poeta.

3 - Nombres.

Othón llama a sus composiciones narrativas, cuentos, novelas cortas y novelitas. Realmente no existe diferencia entre unos y otros. Su amigo José López Portillo y Rojas recogió en tres volúmenes sus *Novelas cortas, Sucesos y novelas cortas e Historias, historietas y cuentecillos*. Ni el cuento es una novela fallida o, como escribe José Hierro, "el quiero y no puedo de la novela, la novela estrecha de pecho"; ni la novela corta es un cuento de mayor extensión física. Según Rafael Lapesa, la novela corta encierra, en su brevedad, los elementos esenciales de una novela extensa, es un cuento desarrollado en dimensiones y complejidad. (*Introducción a los estudios literarios*, Madrid, Ediciones Cátedra, 12a. ed. 1979, p. 178). En el caso de Othón, lo que él llama, como diferenciados, cuentos y novelas cortas, no son sino la misma realidad,

un cuento; y, en algún caso, el cuento es apenas un boceto: la narración breve, el esquema sencillo, la acción reducida; no desarrollados los hechos, ambientes y personajes, sino sintetizados en un momento significativo.

Como quiera que sea, Othón fue un asiduo lector de prosa narrativa y escritor de cuentos, que lo hacía con entusiasmo y gusto.

" Ay lucecita de los cuentos, feliz quien te lleva en el corazón "
(Los Quintero)

Número de cuentos

¿ Cuántos cuentos escribió Othón ?

1 - La Secretaría de Educación Pública editó bajo las iniciales de S.N. (¿ Salvador Novo ?), en la ciudad de México y año de 1928, las *Obras de Manuel José Othón* en dos tomos; el primero para la poesía y el segundo para la prosa. *Obras* tan descuidadas de toda precisión histórica, crítica y textual, y tan abundantes de errores y de erratas, que Francisco González Guerrero acertó a calificarlas como "la más infeliz publicación que se haya hecho de poeta mexicano" (*Los libros de los otros*, México, Ed. Chapultepec, 1947, p. 226).

Estas *Obras* recogen diez relatos de Othón divididos en tres secciones. En los "cuentos de espantos" aparecen *Encuentro pavoroso*, *Coro de brujas* y *El nahual*. En "novelas cortas": *El último trovador*, *Una fiesta casera*, *El exclaustro*, *Un Nocturno de Chopin* y *El Puente de Dios*. En "novelas rústicas": *El montero Espinosa* y *El pastor Corydón*.

Como puede apreciarse esta división de los relatos es ficticia, ya que por una parte atiende a temas y, por otra, a formas. Además, *El Puente de Dios* no es ningún cuento, sino la narración de la excursión del poeta para conocer este puente natural de imponente y majestuosa grandeza, ya que se trata de una cascada que une dos cerros. *El Puente de Dios*, escribió Othón: " Sí, de Dios, que ningún otro nombre puede convenir a tamaña maravilla y a prodigio tanto". Está situado en el Municipio de Tamasopo, S.L.P.

2 - En 1945, el poeta y crítico Jesús Zavala, oriundo de San Luis Potosí, publicó las *Obras Completas* de Othón (México, Editorial Nueva España, S.A., Colección Atenea), donde reúne, bajo el rubro de "cuentos y novelas cortas" estos nueve títulos: *El exclaustrado*, *Un Nocturno de Chopin*, *El último trovador*, *El montero Espinosa*, *El pastor Corydón*, *Encuentro pavoroso*, *Coro de brujas*, *El nahual* y *Una fiesta casera*.

3 - En 1963, apareció el libro *Manuel José Othón, Poemas y Cuentos* (México, Editorial Porrúa, S.A., "Colección de Escritores Mexicanos, núm. 5), selección, estudios y notas de Antonio Castro Leal. El libro ha conocido diversas ediciones. El excelente crítico potosino consagró una sección de esta antología que titula *Cuentos e impresiones*, en la que transcribe estos seis cuentos: *Encuentro pavoroso*, *Coro de brujas*, *El nahual*, *El montero Espinosa*, *El pastor Corydón*, *El exclaustrado*. Agrega, en seguida, algunas páginas en las que Othón recogió sus impresiones de algunas excursiones por campos y montañas; ahí "encontrará el lector a un gran paisajista en prosa " (p. XVII).

4 - En 1984, se publicó el libro *Cuentos de espantos y novelas rústicas* de Othón (México, Premiá Editora, S.A. e Instituto Nacional de Bellas Artes. La Matraca, segunda serie, núm. 17). En la "presentación", firmada por M.M., se afirma: "Cabe indicar que en este libro se utiliza el texto de la edición de la Secretaría de Educación Pública (1928)". Un texto impuro y descuidado.

Este libro publica solamente cinco cuentos en dos apartados que siguen a la edición de 1928: "Cuentos de espantos" con *Encuentro pavoroso*, *Coro de brujas* y *El nahual*; y "Novelas rústicas" con *El montero Espinosa* y *El pastor Corydón*.

5 - Esta nuestra nueva recopilación publica once cuentos, los mismos nueve de las *Obras* de Zavala, y añadimos dos más encontrados posteriormente y publicados ambos en 1958: *El Padre Alegría* y *La Nochebuena del labriego*. Publicamos los cuentos en orden cronológico

para apreciar mejor la trayectoria narrativa de Othón, desechando apartados artificiales en los que, además, no discurrió el autor, salvo la trilogía de los "cuentos de espantos" como así los especifica el propio Othón.

Los cuentos sumergidos

Así como Othón habló acerca de poesías que estaba escribiendo o iba a escribir -y jamás lo hizo-, además de las que dejó inacabadas; así también sucedió con sus cuentos. **Proyectó varios y dejó algunos esbozados o a medio empezar; quizá algunos se hayan perdido por la vida de trotamundos del poeta o fueron simples sueños. Othón solía publicar cuanto escribía; si algunos de los cuentos a que alude, no aparecen por ningún lado, señal de que acaso quedaron en el limbo de la fantasía.**

Para saber cuáles serían estos cuentos posibles que jamás pasaron al mundo de la realidad, contamos con cuatro fuentes. Las dos primeras son del propio Othón, quien redactó tres índices de sus cuentos.

1 - "Cantos de la montaña".

Es un cuaderno escrito por el poeta en Santa María del Río, S.L.P., en diciembre de 1879. Contiene índices de sus poesías y prosas con nombre de cada composición, fecha, dedicatoria y, en el caso de las poesías, el número de sus versos; todo ello a manera de una estadística juvenil de cuanto había escrito.

Ahí promete publicar un libro que se llamaría *Tradiciones, cuentos en prosa*, donde aparece el índice con estos títulos: El Padre Alegría, La casa honda, La capilla de la Virgen, La cuesta del alcalde, El columpio del diablo, La campana de los muertos, Juana Maltos, Las mariposas, La orgía de la muerte, La quinta de San Lionel y Juan del Jarro. De estos

once títulos, sólo escribió El Padre Alegría, precisamente en ese año de 1879, aunque lo dejó incompleto.

Juana Maltos, famosa por su vida y por su misantropía, vivió en la ciudad de San Luis Potosí a finales del siglo XVIII. Juan del Jarro, otro legendario potosino, hombre virtuoso que pedía limosna en un jarro para darla a gente necesitada, murió en la ciudad de San Luis Potosí en noviembre de 1859; su nombre era Juan de Dios Azios.

"Cantos de la montaña" perteneció al historiador y humanista Primo Feliciano Velázquez, amigo y colega del poeta, quien bondadosamente me permitió tomar los datos que aquí apunto.

2 - Epistolario.

Jesús Zavala reunió 43 cartas de Othón escritas entre 1891 y 1906, donde habla varias veces de sus cuentos. Son cartas dirigidas desde Ciudad Lerdo, donde a la sazón radicaba el potosino, al poeta cantor de la naturaleza Juan B. Delgado (1868 -1929), que vivía en la ciudad de México. Seguimos el orden cronológico de la correspondencia.

30 de julio de 1902. "Me ocupo en otro (cuento) actualmente..., creí que éste que trabajo ahora está bueno; pero es un estudio bien meditado y observado". Se llama Cuatro ánimas por un perro (p.61).

4 de octubre de 1902. "Proponga a Bouret la impresión de un tomo de *Cuentos y novelas cortas*, será de trescientas a cuatrocientas páginas y contendrá los siguientes: El exclaustado, Un Nocturno de Chopin, El montero Espinosa, El pastor Corydón, Encuentro pavoroso, Coro de brujas, El nahual, Tiempos idos (primera y segunda partes) y Cuatro ánimas por un perro; y dos novelitas más que escribiré luego, pues son de las que tengo que enviar a Spíndola" (el director de *El Mundo Ilustrado*), (p. 69-70). De este índice de 9 cuentos, se desconocen los dos últimos.

12 de febrero de 1903. "En cuanto a *Vida montaraz*, no lo acabo aún; pero creo poder terminarlo a fines de mes. Crea usted que está saliendo de lo muy fino -fuera modestia-, es un trozo de autobiografía y está dedicado a usted" (p. 77).

12 de marzo de 1903. "En cuanto a *Vida montaraz*, sigo trabajando en él, aunque poco a poco; pues es largo -ocupará cincuenta o sesenta hojas como las del presente (se refiere a *Coro de brujas*); y, además, va en un estilo cuidado y pulido. Pero usted no se ha formado idea de lo que es. Le dije que era un trozo de autobiografía y así es; mas no se trata de una autobiografía completa. Buscando entre mis papeles, me encontré algunas de mis carteras viejas de apuntes y notas y, entre ellas, estaban los referentes a una temporada larga que pasé yo solo en la Sierra de Corona, entre Celedón y Miquihuana, en el Estado de Tamaulipas, hace ya bastantes años. Viví allí completamente solo noventa y tres días, como una especie de Robinson. Las impresiones de entonces y la descripción de aquella vida es lo que constituye el trabajo que estoy haciendo. Está en forma de diario y adornado, naturalmente, con episodios imaginados algunos y otros ciertos, para quitarle la monotonía que, de otra manera, sería insoportable. Así es que háblele a Spíndola de este trabajo, pues de publicarse en *El Mundo*, sacará lo menos tres o cuatro hojas" (p. 79-80).

Adjunta los índices de *Poemas internos* (nunca se publicó esta colección con tal nombre), *Leyendas* (en verso) y *Cuentos y novelas cortas*, que son estas 16: El exclaustro, Un Nocturno de Chopin, El Último trovador, en la muerte de Zorrilla; Las tres novias del niño, El montero Espinosa, El pastor Corydón, Encuentro pavoroso, Coro de brujas, El nahual, Horrenda noche, La casa espectral, Sin Dios ni Santa María, Vida montaraz, El ojo que vió Caín, Cuatro ánimas por un perro, La serrana. " De éstos, me falta escribir cuatro cuentos. Algunos de los apuntados, les he variado el nombre " (p. 83).

18 de junio de 1903. "Los tres cuentos que salieron en *El Mundo* (Encuentro pavoroso, Coro de brujas y El nahual), están muy bien ilustrados y bastante correctos por lo que toca a la caja, aunque siempre se deslizaron algunas erratas. Dígame si le gustan a usted y han gustado o no al público y a nuestros amados colegas los literatos y poetas metropolitanos. Pasado mañana le enviaré dos cuentos más para *El Mundo*". (La edición de Manuel José Othón, *Cuentos de espantos y novelas rús-*

ticas de 1984, reprodujo las ilustraciones de estos cuentos). (p. 85).

6 de marzo de 1905. "Por ahora solamente puedo ocuparme en preparar la publicación de un libro de cuentos y novelitas que se llamará *Vida montaraz*, pero todos son viejos" (p. 99-100).

8 de marzo de 1905. "Mi escribiente se ocupa en copiar *Vida montaraz*, y ya le he dicho que es bastante larga. Así es que tardaré un poco" (p. 102).

3 - Manuscritos.

En el catálogo redactado por el Lic. Rafael Montejano y Aguiñaga de los manuscritos del poeta que poseía su viuda Josefa Jiménez y que, a su muerte, adquirió la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, aparecen estos cuentos y fragmentos de cuentos: *La Malinche* (es sólo un fragmento descriptivo con el que se inicia este cuento inacabado); dos fragmentos de *La gleba* que Othón preparaba para que se publicara en *El Mundo*, según informó *El Estandarte* (San Luis Potosí, 18 de agosto de 1897); cuatro años después, el poeta escribía a Juan B. Delgado: "*La gleba* necesita concluirse, falta poco, y una reforma capital" (*Epistolario*, loc.cit, carta del 22 de noviembre de 1901, p. 42).

En este mismo catálogo se especifican fragmentos de dos cuentos, un cuento más sin título. (El Herald, San Luis Potosí, 13 de diciembre de 1949).

Sabiduría humana. En una libreta de apuntes, existe este bosquejo de narración: "Un hombre busca la celebridad por todos los medios: las letras, la política, la milicia. No la alcanza. Luego se entrega a la religión; pero no movido a la contemplación de las cosas percederas, sino despechado por su impotencia. (Estudio de carácter y del espíritu, etc.). No alcanza la dicha y muere" (Ms. 801, I, XIII, f. 15 v).

4 - Otros títulos.

El propio Montejano y Aguiñaga en su estudio *Lo que escribió Manuel José Othón. Bibliografía esencial* (San Luis Potosí, Universi-

dad Autónoma de San Luis Potosí, 1959, p. 25-27), apunta estos otros cinco o seis títulos de cuentos sumergidos: La Azucena tronchada (leyenda), Fray Lorenzo el sacrilego, Umbra, La venganza de los muertos y Las tres novias del niño. Supone que este cuento es el que aparece en los apuntes de Othón con el nombre de *Los tres amores*.

Avances de esta edición

Se suprime la crónica descriptivo-narrativa de *El Puente de Dios*, en la que Othón cuenta la excursión que realizó a este lugar.

Se añaden dos nuevos cuentos no recogidos en libro: *El Padre Alegría* y *La Nochebuena del labriego*. Se depuran las numerosas erratas de los cuentos de las *Obras* de 1928, "desdichadísima edición, en extremo sospechosa e insuficiente; pues no sólo está plagada de erratas y disparates, sino que dista mucho de ser completa, (es) indeseable", justo juicio de Manuel Pedro González en sus *Estudios sobre literatura hispanoamericana* (México, Cuadernos Americanos, 1951, p. 21). Desafortunadamente, de este texto de 1928, dependen los textos de Jesús Zavala en las *Obras* de Othón de 1928, y los del libro *Cuentos de espantos y novelas rústicas* de 1984.

Se suprime la división de los cuentos que adoptaron las *Obras* de 1928, por ser una clasificación artificiosa y por no responder a un proyecto cabal de Othón, que nunca reunió sus cuentos. En su lugar, los transcribimos en orden cronológico; lo que servirá, además, para seguir la trayectoria narrativa del autor.

Se dan las fechas precisas de los cuentos y se restituyen y explican las dedicatorias.

Cuentos románticos y realistas

Al romanticismo pueden inscribirse dos cuentos de Othón, ambos carentes de nervio y aún de originalidad, el sentimentalismo exagerado y la artificialidad de los temas: *El último trovador* que finge las exequias de José Zorrilla, el autor del *Tenorio*, con claras huellas de Bécquer, Núñez de Arce y Quintana y un fondo de lamentos de órgano y vuelos de lechuzas; y *El exclaustrado*, cuento debilísimo que evoca las inverosímiles desgracias acaecidas al cura de la aldea con la imprescindible escenografía romántica de ruinas y nostalgias.

¿ Modernista ? Luis Leal así lo afirma desafortunadamente: " Si su poesía se aparta del modernismo, del que fue severo crítico, no así su prosa, en la cual predominan las características de esta escuela" (*Breve historia del cuento mexicano*. México, Ediciones de Andrea, Manuales Studium 2, 1956, p. 77). Lo que refuta, con acierto, Emma Susana Speratti Piñero: " Salvo la sinestesia *callado resplandor* y la descripción impresionista de la música que encontramos en *Un Nocturno de Chopin*; salvo también el empleo del estilo indirecto y libre que aparece en algunas páginas de *El montero Espinosa* que da al cuento un matiz bien logrado de combate íntimo; salvo esto, la afirmación de Leal carece de apoyo sólido" (*Othón cuentista*, San Luis Potosí, En tiempo de *Cuadrante*, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 1958, p. 5).

De aquellos intentos románticos de sueños inasibles, pasa Othón a la vida, a escenarios y personas auténticos, la reproducción del natural

así del paisaje como del hombre.

Quitados los dos cuentos románticos, los otros nueve que escribió se inscriben en el realismo que privó en su tiempo; incluidos los llamados "cuentos de espantos" -*Encuentro pavoroso, Coro de brujas, El nahual*-, que no son el fruto de una fantasía abstracta y soñadora, sino la expresión de una experiencia real y vivida frente a las costumbres y supersticiones de los campesinos.

Los narradores mexicanos de finales del siglo XIX, contemporáneos de Othón, escribieron con hondo sentido de lo real; así Rafael Delgado (1853-1914) que implantó definitivamente el cuento realista con gran apego a costumbres, tradiciones y personajes del ambiente rural y cuyo estilo debe no poco a su "amadísimo" José María de Pereda (1833-1906); como también su amigo José López Portillo y Rojas (1850-1923), pintor de escenas regionales y de temas campesinos.

Othón veneró y trató de seguir, por sobre todos, a Miguel de Cervantes Saavedra en el *Quijote* y en las *Novelas ejemplares*, así como a José María de Pereda quien, a su vez, quiso siempre acercarse a Cervantes. Pereda, intérprete del realismo regional al tomar de su tierra el paisaje y los tipos con sus costumbres y lenguaje, mereció el afecto admirado de Othón, como así lo expresa en una carta de 1905: "Insigne novelista a quien no sólo admiro, sino que lo amo y por este motivo quiero darle una pequeña y pobre manifestación de mi afecto" el obsequio de un ejemplar de *Poemas rústicos (Epistolario, loc.cit p . 100)*.

El propio Othón certifica el realismo de sus cuentos cuando así lo confiesa tanto en sus cartas como dentro de los mismos relatos. "Le dije que (*Vida montaraz*) es un trozo de autobiografía" (*Epistolario, loc.cit. p 77*). " Viví (en la sierra de Corona) completamente solo noventa y tres días... Las impresiones de entonces y la descripción de aquella vida es lo que constituye el trabajo (*Vida montaraz*) que estoy haciendo. Está en forma de diario y adornada, naturalmente, con episodios imaginados y algunos ciertos ". He aquí, al descubierto, el secreto de la técnica narrativa de Othón: parte de la realidad y "adorna" luego con la ficción.

En el cuento *Una fiesta casera*, afirma: " Nada he puesto en ella de

mi cosecha, pues todo pasó real y como lo digo". En *El montero Espinosa*: " De boca del montero mismo escuché la narración de los sucesos que referidos tengo". Por esta razón, algunos cuentos están escritos en primera persona y, en otros, el mismo narrador interviene, si no como protagonista, sí como personaje importante del relato.

En *El Padre Alegría* confiesa: " Verídica historia que anda de boca en boca del pueblo y que ha pasado de generación en generación, de abuelo a nieto y de viejas ayas a chiquillos llorones y desvelados, hasta llegar a los oídos del autor, el cual la hace pasar a los de sus lectores".

Así pone en práctica su credo estético expresado en el proemio de *Poemas rústicos* : "El artista ha de ser sincero hasta la ingenuidad. No debemos expresar nada que no hayamos visto; nada sentido o pensado a través de ajenos temperamentos; pues si tal hacemos, ya no será nuestro espíritu quien hable y sentiremos a los demás engañándonos a nosotros mismos".

Cuadros de costumbres

Gracias a la fiel observación de la realidad y a la vibración de su alma ante hechos y tipos, Othón dejó, en algunos cuentos, una imagen lograda de la cultura popular de su tiempo y región. Sus cuadros de costumbres, a que fueron tan aficionados los escritores hispanoamericanos del siglo XIX, nos muestran, después de un siglo, cómo una familia de clase media celebraba una fiesta casera, cómo sus moradores adornaban las casas modestas, cómo se celebraba una boda de campesinos y aún cómo era la ciudad de San Luis Potosí en 1879.

Othón la describe con breves rasgos en *El Padre Alegría*, tal como era en este año en que escribió el cuento, ponderando "las nuevas plazas que anteriormente ocupaban los cementerios, dos bellos jardines, la magnífica Calzada de Guadalupe, el alegre paseo de la Alameda, el hermoso edificio del Instituto (Científico y Literario), la Catedral, el doble o triple número de edificios y calles" en comparación al San Luis Potosí de 1814 -año en que se desarrolla el cuento-, " el empedrado de las calles y el alumbrado que entonces no había ". Si alguien que vivió en aquel 1814, resucitara en éste de 1879, "estoy muy seguro -escribe candorosamente Othón- de que se creería transportado a París".

A través del personaje, el padre Alegría, "nos lleva al cuadro de costumbres", comenta Emma Susana Speratti Piñero (loc.cit. p. 9). Othón refleja cómo eran los "bailecitos de medio pelo" que gradúa de cursis y ordinarios. La música desafinada. El minué, la contradanza y las cuadri-

llas. el vino que degeneraba en sillas que se rompían, gritos, vasos y botellas quebrados, cantos y golpes, la salita envuelta en humo, todos fumaban, escaseaba la luz, cuatro o cinco velas de cebo alumbraban aquella Torre de Babel. Así se festejaba el bautismo del octavo hijo del sacristán. (Las cosas no han variado mucho desde entonces, excepto el número de hijos).

Una fiesta casera. Tal como el título lo indica, todo el cuento es un fiel y gracioso cuadro de costumbres donde Othón nos pinta -porque es una pintura naif-, la forma de celebrar un festejo en la casa de una familia de clase media: lo adornos de la sala abigarrados y cursis -"lo cursi es la belleza fallida", definía Eugenio d'Ors; la comida de platillos típicos, el regreso a la sala para la tertulia amenizada con sabrosas pláticas, bailes y cantos. Y la alusión a la tradición mexicana y potosina de levantar altares el día de la Virgen de los Dolores.

Según Luis Leal, "no podemos dejar de observar que la narración sigue paso a paso el cuadro costumbrista *Un castellano viejo* de Mariano José de Larra (1809 -1837); en ambos se da principio con una invitación a comer para celebrar el cumpleaños; tanto en Larra como en Othón, aparece el niño malcriado que hace de las suyas a la hora de la comida; y en fin, hasta en la descripción de la comida, muy española la una, muy mexicana la otra, hay semejanza. Circunstancia que no quita el mérito del cuadro de Othón, ya que se trata de un relato en que campean tanto el humorismo como la fina observación de las costumbres mexicanas del pueblo chico" ("*Los cuentos de Manuel José Othón*", p. 11). Estimo que más bien se trata de coincidencias que de influencias, tanto más que el propio Othón advierte que "cumpliendo mi promesa, hago al lector esta fiel narración, asegurándole que nada he puesto en ella de mi cosecha, pues todo pasó tal y como lo digo ". Nunca fue el escritorio, sino las propias vivencias y experiencias, la verdadera fuente de los relatos de Othón.

El montero Espinosa recoge la bella estampa de una boda de campesinos a partir de la fotografía a colores de la casa que el novio, Amador Espinosa, ha preparado en el cerro para cuando se case con Paula.

El día de la boda, amaneció la novia con enaguas de lanilla morada, camisola blanca y rebozo de seda e hilo; mientras que el novio estrenaba calzoneras de gamuza, camisa de manta buena, gorra alemana, sarape rojo de listas amarillas y zapatos claveteados de altos tacones.

Del templo de la villa, los nuevos esposos regresaron, a galope de caballo, hasta la hacienda que estalló en gritos y cohetes de bienvenida. Luego el fandango en la enramada, en cuyo fondo se alzaba "el tálamo" -dos gradas altas para que ahí se sentaran la novia y la madrina-; la música, el cantador, los bailarines zapateando sobre la tierra suelta, el alcohol abundante, la sabrosa comida de asado y picadillo.

Gracias a esta fresca página, podemos reconstruir -y gozar-, cómo eran las bodas en el campo hace más de un siglo. Cuentos costumbristas, donde se casa la fantasía con la historia doméstica, anónima y cotidiana.

No menos importante es la atención que presta el narrador, sobre todo en los llamados "cuentos de espantos", a las diversas formas de superstición que practicaban y sobrecogían el alma ignorante y crédula del campesino ante lo extraño y maravilloso.

Othón procede en dos tiempos. Presenta primero el hecho supersticioso al que vive aferrada la gente del campo; pero, en seguida, en una actitud desmitificadora, descubre la superchería como una hábil lección para rescatarla de la esclavitud de antiguas y tercas creencias.

De brujerías y apariciones, "el poeta don Manuel José Othón, un insigne folklorista de la región potosina, nos da testimonio en sus cuentos y narraciones", escribe Rubén M. Campos. "Nos contaba que cierta vez compareció ante una bruja a quien había sido recomendado como persona formal y amante de experimentar sensaciones de cábala y de officiar en el culto del cabrío, y que ella lo condujo al interior de su humilde cabaña... y allí le enseñó las cosas más disímbolas y extraordinarias: esqueletos humanos, estampas de santos vueltos contra la pared, oraciones de entredicho, colas de zorrillo, dientes de jabalí, yerbas extrañas, cirios anaranjados, espolones de gallo, crucifijos boca abajo; y en lo más secreto de la cabaña, que era dormitorio y cocina, muñecos pinchados con púas de biznaga o con alfileres... El poeta le pidió a la

vieja que le hiciera concurrir al aquelarre donde ella iba todos los sábados por la noche. Ella lo citó al toque de ánimas para el sábado próximo; y una vez allí, después de exorcismos y de invocaciones de la bruja al espíritu de Lucífogo, le untó el cuerpo de aceite y de grasas misteriosas..., la vieja le dijo presentándole un brebaje turbio en una taza: Ahora bébase este remedio para imos.

- Eso sí que no, dijo Othón riendo de buena gana y, cogiendo su ropa bajo el brazo para correr a bañarse al río próximo a la casa, y purificarse de las grasas lubricantes de que estaba embadurnado. Con lo cual se privó del placer de asistir al aquelarre que su fantasía maravillosa hubiera creado" (*El folklore literario de México*. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1929, p. 52).

Escenarios

¿ Dónde se desarrollan los cuentos de Othón ?

1 - *El Padre Alegría*: en la ciudad de San Luis Potosí, el año de 1814.

2 - *Una fiesta casera*: la casa habitación de un modesto burócrata, seguramente ubicada en la ciudad de San Luis Potosí por la alusión a la antigua costumbre potosina de levantar "los altares de Dolores".

3 - *El exclaustro*: un pueblo viejo de casas plomizas y musgosas.

4 - *Un Nocturno de Chopin*: un villorrio o pequeño poblado, cercano a un pueblo.

5 - *El Ultimo Trovador*: una iglesia gótica en ruinas de "morisca ciudad" española.

6 - *La nochebuena del labriego*: una hacienda, probablemente del estado de San Luis Potosí, ya que los labriegos comen quelites y nopales.

7 - *El pastor Corydón*: una hacienda en la zona árida del Estado de San Luis Potosí por su vegetación de magueyes, órganos, nopaleras, huisaches, mexquites y garambullos.

8 - *El montero Espinosa*: primero una hacienda en la zona árida del Estado de San Luis Potosí, ya que se alude a su producción de tunas y aguamiel, " las nopaleras que ostentaban sus pencas verdes coronadas de tunas relampagueantes al sol como globos de granate", y el potosino rebozo de seda e hilo que lució la novia en su boda; luego el escenario cambia al paisaje exuberante de El Espinazo del Diablo, perteneciente al

municipio de Tamasopo, S.L.P.

9 - *Encuentro pavoroso* : una caminata de noche por el trópico.

10 - *Coro de brujas* : una hacienda del Estado de San Luis Potosí por la alusión a la nopalera.

11 - *El nahual*: una caminata por la montaña.

Como puede observarse, Othón prefiere los escenarios reales, excepto la fantasía de *El Ultimo Trovador*; así como los escenarios rurales, los pueblos anónimos, los diminutos poblados, las haciendas con sus labores y engaños, el campo infinito y soledoso con sus palpitaciones de hermosura y sus pávidas sorpresas. El único cuento "urbano" es *El Padre Alegria*, ubicado en San Luis Potosí, cuando era un verdadero pueblo.

Personajes

El escritor mismo, Manuel José Othón, es uno de los protagonistas de varios cuentos suyos y, a tal punto, que suprimiéndolo a él como testigo y actor, se desvanecería el relato.

Fuera de los personajes de *Un Nocturno de Chopin* provenientes de la clase alta del dinero, la fama y la cultura -un notable pianista alemán y su esposa-, pianista también, donde Othón incide en el frecuentado tema del personaje incomprendido y del amor imposible, todos los demás surgen del alma del pueblo, hijos del barro nativo, afiliados al colectivo municipal y espeso de "los de abajo": un burócrata gris, dos exclaustrados - el padre Alegría, animoso como su apodo, y el cura viejo y desconsolado-; un sacristán sin futuro; un astrólogo rural, don Carpio; una bruja experta curandera, doña Pancha; el pobre viejito repugnante y solitario de *El nahual*; y un coro de campesinos que ama, trabaja y sufre una doble pobreza, la económica por estar sometidos a una estructura de injusticia impuesta por los hacendados; y la pobreza cultural por la sumisión a las fuerzas oscuras de la superstición, dada su crédula ignorancia.

El cuentista trata anecdóticamente a los personajes, como que se muestra más atento a los hechos y a la vida externa, que a la configuración de caracteres y al asomo de la vida interior, tal como lo acostumbraron no pocos narradores contemporáneos del potosino.

El personaje mejor estructurado es, sin duda, el montero Espinosa,

en cuyo espíritu vibra "un matiz bien logrado de combate íntimo", según Speratti Piñero; " tipo de rancharo mexicano, observa Luis Leal, de alma de roble y de carácter recio y vengativo, sabe defender sus derechos, aunque a costa de su vida".

La descripción

Diversos juicios, a veces encontrados, se han formulado acerca de la descripción que Othón utiliza en sus cuentos.

Jesús Zavala: " El paisaje se asocia a la narración. Más todavía, en estos cuentos y novelas cortas lo que da vida a la narración es el paisaje. Sin él, la narración sería un esqueleto descarnado " (*Obras*, 1945, p. LIII).

Manuel Pedro González profesor de literatura hispanoamericana de la universidad de California en los Angeles: " No cabe duda de que Othón era, por definición, un gran poeta de la naturaleza, y la mejor prueba de ello son estos cuentos cuyo interés y valía estética acrecen en la misma proporción en que el autor ha logrado asociar el paisaje a la narración... En *Encuentro pavoroso*, el autor ha sabido encuadrar el encuentro en el grandioso marco de la naturaleza, y la hora, la soledad del lugar, el silencio y la magia del misterio nocturno -todo ello magistralmente evocado-, no sólo realzan y prestigian la narración, sino que logran llevar al ánimo del leyente, esa impresión de sobresalto y de pavor que se experimenta a veces leyendo a Poe" (*Estudios sobre las literaturas hispanoamericanas*, 1951, p. 48-49).

Luis Leal: "Sus descripciones de la naturaleza son directas y veraces" (*Breve historia del cuento mexicano*, p. 77) . "En este cuento -*Encuentro pavoroso*-, como en su mejor poesía, la descripción de la naturaleza es magistral" ... Y más adelante sobre este mismo cuento: "La

descripción de la naturaleza forma parte esencial del relato; el paisaje aquí, como en su poesía, es triste y melancólico" ("Los cuentos de Manuel José Othón", 1948, p. 13 y 15).

Emma Susana Speratti Piñero: "¿Qué valor real puede tener un cuento donde lo principal es la descripción y lo de menos la trabazón de los elementos narrativos? De hecho, debe asegurarse que la descripción de paisajes y cosas parte en Othón de una tendencia natural, le encanta describir. Llevado por su gusto y quizá influido por José María de Pereda, quien muchas veces ahoga la trama con un verdadero torrente descriptivo". Después juzga que el paisaje inserto en *La Noche Buena del labriego* y *El nahual* no añaden cosa a estos cuentos. Sin embargo, reconoce que en *El monterero Espinosa* "el paisaje desempeña una función especial, la de proporcionar la oportunidad de venganza que Espinosa necesita" (*Othón cuentista*, 1958, p. 4).

Antonio Castro Leal: "Si en la naturaleza los paisajes son magníficos y conservan aun en sus momentos más terribles, cierta grandeza y elevación; la vida de las gentes del campo ofrece con frecuencia un triste espectáculo de egoísmo, degradación y miseria" (*Poesías y cuentos*, 1963, p. XVI).

M.M.: "Cuando Alfonso Reyes afirma sobre las poesías de Othón que en ellas el paisaje mexicano está retratado como en ninguna parte..., está diciendo ideas que igualmente podrían aplicarse a los cuentos... Evidentemente la forma, el material y la emoción utilizada son diferentes; pero el hombre que las está creando es el mismo; no tiene necesidad como otros contemporáneos suyos, de desdoblarse, de asumir un papel del poeta y un papel de narrador. El Othón de los *Poemas rústicos* es el mismo creador de las novelas rústicas y de los cuentos de espantos... Tal vez sea exagerada la última frase de Zavala; pero es indiscutible que esa unión de paisaje y tema..., data de una extraña fascinación a los relatos" (*Cuentos de espantos y novelas rústicas*, 1984, p. 7-9).

Después de esta sucesión cronológica de juicios relativos al interés descriptivo que priva en los cuentos de Othón -poeta de los ojos; paisajista por esencia, presencia y potencia,

**"Yo soy la voz que canta en la profunda
soledad de los montes ignorada
que el sol calcina y el turbión inunda" -,**

añadiríamos que no sólo describe el esplendor o la aridez del paisaje, sino que también se acerca a las personas y a las cosas, incluido "el primor de lo vulgar", que diría Ortega y Gasset. Hay que destacar, y no se había destacado anteriormente, los rostros, el friso de rostros de los personajes de sus cuentos, una galería que Othón exhibe como retratista de finos y hábiles pinceles.

El Mexicanismo

Es extraño que el novelista y cuentista Jorge Ferretis (1902-1962), potosino como Othón, haya publicado en el boletín bibliográfico *Letras*, que editaba una librería de la ciudad de México, esta insostenible apreciación: " Una vez hubo un príncipe, señor de la belleza, que se llamó Manuel José Othón. Fue, entre otros, tipo exacto del colono mental; extranjero por aspiración, es decir, por tara mental". Lo que trata de probar con un solo ejemplo: " Cuando hizo un drama, tuvo que situar su escena al otro lado del mar ".

Lo que refutó Lorenzo Turrent Rozas: " La obra y la vida misma del poeta potosino demuestran su mexicanismo. En su colección de novelas cortas, por ejemplo, encontramos diversos cuadros que retratan admirablemente -con propósito que bien puede calificarse de revolucionario-, la superstición y la miseria que privaba en el campo mexicano. Sobre todo en *El Pastor Corydón* está denunciada, con mano maestra, la explotación del campesino en la época de Porfirio Díaz. Hay que leer este relato, si se quiere juzgar el mayor o menor arraigo de Othón, su mayor o menor solidaridad para con el pueblo " (p. 84-5).

A juicio de Jesús Zavala, la originalidad de sus cuentos, "nace del mexicanismo de Othón, y muy principalmente de su manera singular de ver, de oír, de describir y de narrar cuanto hería su imaginación y sus sentidos, así como de su gran corazón, piedad y amor por el pobre y desvalido " (p. LIII).

Mexicanos son los paisajes, tipos, asuntos, problemas; de suerte que el conocimiento de la vida, psicología y costumbres no sólo de los campesinos, sino aún de la clase media -como en *El padre Alegría*, *El exclaustro* y *Una fiesta casera*- son otras tantas manifestaciones del mexicanismo -sin estridencias, ni empalagos, ni externos y fáciles nacionalismos-, que invaden la narrativa de Manuel José Othón.

Lenguaje

Cuatro connotaciones obsérvanse en el lenguaje de estos once cuentos de Othón.

1 - La fidelidad al habla del campesino.

Aunque desafortunadamente el cuentista emplea pocas veces el diálogo, trasmite, así no sea con mayor abundancia, el vocabulario de la gente del campo con la que convivió; por eso no es postiza ni artificiosa. María del Carmen Millán observa cómo "traslada el habla popular en los cuentos de espantos" (p. 239). Valgan algunos ejemplos: "semos amigos de altiro", "los probes", "el respeto", "el susidio" (o susirio, que se oye también, por desasosiego).

Curiosas son las alusiones de "bestias" y "puercos", que el campesino sustituye respectivamente por "los andantes" y "los de vista baja". Jamás dirá "puerco"; el campesino buscará otro eufemismo y no sin hacerlo antes "con el perdón de usted". Y que luego se diga que el labriego es maleducado.

2 - Conservación de mexicanismos usados a finales del siglo XIX; muchos de los cuales no registra el *Diccionario de mexicanismos* de Santamaría, publicado en 1959; lo que supone una riqueza que Othón supo valorar y conservar. Por ejemplo: prinsión (pesadumbre), gual (interjección: por cierto, por Dios), media hanega (término que se usa todavía, pero fusionando las palabras en medianega, un tipo de guitarra), culebra (tromba), teniente (falto de vino), cajonera (otra vez que no ha

desaparecido y que emplean quienes tocan guitarra), fuellerío (conjunto de huellas que deja un animal en su carrera) y otros mexicanismos más que se consignan y explican en el *Comentario*.

3 - Latinismos.

Othón estudió la lengua latina en el seminario Guadalupano Josefino de San Luis Potosí donde estuvo de 1869 a 1875. "Conocedor profundo de los poetas latinos -asegura su amigo José López Portillo y Rojas-, profesábales a todos una admiración sin límites, pero sobre todo a Virgilio" (*Elegía de Manuel José Othón*. México, Imprenta de Ignacio Escalante, 1907).

De Virgilio heredó, según Alfonso Reyes, "la afición del campo, el don de lágrimas y el profundo clamor humano que resuella bajo el campanilleo de los versos." (" Los Poemas Rústicos de Manuel José Othón" en *Obras completas*, México, F.C.E., T.I, 1976, p. 188).

Othón emplea algunas conocidas frases latinas de la liturgia de difuntos en *El Padre Alegría*. Pero sobre todo *El pastor Corydón* está salpicado de versos traídos, muy al caso y graciosamente, de la *Égloga II* de Virgilio, donde aparece el pastor Corydón, tan desdeñado el virgiliano como el othoniano por la amada cruel.

4 - Lenguaje de los taurófilos.

Como la sociedad no es homogénea en cuanto que se compone de multitud de agrupaciones, el lenguaje tampoco puede ser homogeneidad compacta, sino un aglomerado de hablas particulares correspondientes a cada uno de los grupos sociales. (Félix Restrepo. *Diseño de semántica general*, Bogotá, Librería Voluntad, S.A., 1946, p. 205 - 222).

Quienes están ligados a la fiesta de los toros poseen palabras y giros necesarios para designar acciones y objetos propios suyos; lo que nada tiene que ver con la germanía, argot o caló, que es la jerga de los rufianes que entiende sólo su estrecho círculo.

Othón, como buen aficionado a la tauromaquia -diversión entrañablemente potosina-, utilizó con tino y gracia, no pocas expresiones taurinas en *Una fiesta casera*, cuento escrito en 1890, año éste y los inmediatos anteriores y siguientes en que se dieron numerosas corridas y

novilladas en San Luis Potosí. " He abusado de los términos taurinos; porque estando tan en boga, estoy seguro que seré entendido por todos mis lectores".

Otra manifestación de la afición taurina del poeta, es el artículo *Recuerdos de un taurófilo* que dedicó a Othón, Juan V. Torres, experto crítico taurino que, con el seudónimo de Gertrudis, publicaba sus crónicas de toros primero en *El Correo de San Luis* y luego en *El Estandarte* donde apareció este artículo el 20 de mayo de 1892. Ahí , el cronista recuerda a Othón la mejor época del toreo en San Luis Potosí, por lo que la ciudad mereció el nombre de "Sevilla Potosina", y a cuyos momentos culminantes asistiría el autor de *Poemas rústicos*.

5 - Lenguaje según González de Mendoza.

José María González de Mendoza (1893 -1967), conocido más frecuentemente como El Abate Mendoza -novelista, poeta, cuentista, periodista, crítico-, publicó el interesante artículo, aunque con un sí no es de purismo, "Los mexicanismos de Othón" (*El Universal*. México, año XLII, tomo CLXXI, núm. 15,052, 4 de junio de 1958, p. 3 y 24). Artículo que aquí se comenta, ordena y abrevia.

"Sus cuentos y relatos poseen un vivísimo colorido, afirma. Su vocabulario es castizo y no se veda el empleo de voces poco usadas cuando éstas le permiten concretar mejor la idea".

-Galicismos. "Tal cual vez cede al gusto -mal gusto- de su tiempo por los galicismos; y sustituye el relamido vocablo tuberosas al familiar nardo; o pone mistificado en lugar de chasqueado; o convierte el verbo francés relever en el nada eufónico y muy discutible neologismo relievlar con el sentido de dar relieve". Así en *Encuentro pavoroso* como en *El nahual*.

- Barbarismos. " Varias de las palabras puestas en boca de campesinos son barbarismos", como: alabao, decir, haiga, güelve, jijo, riumas, señor, toíto, etc.; o bien, apócopies tales como verdá, usté, soledá, su mercé. Pero estas palabras no pueden ser bárbaras ni extranjerismos, ya que conforman el lenguaje usual del campesino que Othón traslada a su escritura, porque así debe hacerlo. El campesino tiene que hablar como

campesino.

- Mexicanismos. "Buena copia de éstos son voces ya registradas en el *Diccionario de la Lengua Española*, ya forman parte del idioma común a veinte pueblos ". Como: abajeño, calzoneras, campirano, garambullo, guacamole, huarache, jacal, manta, sarape, tecolote, zacatal, metate. Mexicanismos de uso corriente abundan como: pelados, boruquientos, paliacate, traquidazo. La voz tata, equivalente afectivamente a padre o papá, tiene por extensión valor reverencial; los personajes de Othón lo usan tanto con el sentido directo como para dirigirse a personas de edad avanzada, así en *Coro de brujas*.

Escribe un par de veces la palabra baicero (encargado de cuidar diversas pastorías) en *El nahual* y usa vaicero, que es la ortografía correcta, en *El pastor Corydón*. ¿ No será esta diferencia que señala El Abate, descuido de las *Obras* de 1928 y no de Othón ? " Hay jugosos modismos y frases figuradas como esa prudente admiración: No corras porque resbalas. O esta gráfica hipérbole que expresa desasosiego: Ya no tenemos vida. O la otra: Nos alucemos, por nos alumbremos".

- Arcaísmos. " El cuentista pone en labios de sus rústicos personajes, algunos vocablos anticuados que tan gustoso sabor arcaico dan al habla campesina: vide, sospiros, seguros, agora, ansina, calonges" (por canónigos).

- Diminutivos: padrecito, chinito (de pelo rizado), luegoito, nadita, segurito.

- ¿ Deficiencias ? El Abate se muestra un tanto puntilloso al oponerse al uso de "violentamente" para expresar rapidez, a la malformación del plural clubs (en vez de clubes), al "desafortunado neologismo intuitivismo". "Más sorprende ver, bajo la bien cortada pluma de Othón, uno de los disparates más grandes y más generalizados de América, como sustituir umbral por dintel".

Exigencias o intransigencias que no restan interés y valor a este estudio que así culmina: "Más de trescientos vocablos, modos adverbiales, frases coloquiales y modismos típicos es dable espigar en los cuentos y relatos de Othón, cuya obra magnífica es prez de las letras mexicanas".

La prosa

No todos los cuentos están igualmente trabajados en cuanto al cuidado del estilo. La prosa suele ser fluida, castiza y, aun a veces, de subido mérito artístico, según fue su formación, desde la adolescencia, a la luz de los clásicos españoles.

Escribe frases, trozos galanos: "Los matorrales temblaban como nervios de cristal vibrantes y sonoros"; "ojos abiertos como el abismo que traga tinieblas"; "arrugas tan profundas que semejan cuchilladas"; "los ojos, dos gotas de agua sucia"; "el oro del sol se decoloraba en cobres profundos y apagados"; "el licor de oro y nieve chorreaba con alegre halaraca en los vasos"; "las secas cañas, rojas espadas centelleantes".

En *Encuentro pavoroso*, según Manuel Pedro González, "como en la mejor poesía de Othón, la descripción de la naturaleza es magistral. Algunos pasajes nos hacen recordar los cuadros de rocas de Velasco": "todo era luz y blancura en aquella noche de trópico; los peñascos aparecían semejantes a bloques de plata, y las frondas, los matorrales y la naturaleza misma temblaban como nervios de cristal umbrantes y sonoros" ("Los cuentos de Manuel José Othón", p. 13).

"Narración corta, añade el propio González, pero digna de la fantasía de Edgar Allan Poe, y aun es posible que la lectura del gran poeta norteamericano le haya sugerido la idea de este cuento y algunos aspec-

tos del titulado *Coro de brujas*" (p. 48).

Estos ejemplos, y otros más, prueban el cuidado de la forma, lejos del rebuscamiento y la solemnidad ampulosa, y más bien cerca del tono gracioso y festivo, al que recurre en diversas ocasiones. *Una fiesta casera* es ejemplo del humorismo de buena ley y de regocijada sátira; así como *Coro de brujas*, de fina y deliciosa gracia. Othón solía entretener su conversación con oportunas salidas humorísticas: "Eran como los huevos del carnaval, comenta Luis G. Urbina; al romperse en la cabeza del agredido, echaban agua de olor".

Ciertamente la narrativa de José María de Pereda, gozó de la predilección de Othón; lo que acaso se manifieste así en la invasión descriptiva en demérito de la trama del cuento; como en la minuciosidad morosa para describir.

Pero reservó para Cervantes su mayor veneración; lo tomó por guía y maestro en *Don Quijote* -"eterno breviario de la risa"- y en las *Novelas ejemplares*.

Manuel Pedro González nota, en lo general, que el espíritu cervantino está como diluido en la narrativa de Othón: "el humorismo sano y regocijado, su don de observación, su ausencia de malicia, su bondad y nobleza de corazón, la tendencia narrativa", todo lo cual encontró "eco atinado en la obra de Othón como cuentista". Pasando de lo general a lo particular, González establece una serie de parecidos concretos en el estilo, como las formas de construcción, la elipsis y las transposiciones verbales, además del realismo de los retratos, la fuerza expresiva y el poder sintético. Así se advierte sin esfuerzo, "La estrecha filiación artística" de Othón respecto de Cervantes (p. 52-54).

Jesús Zavala, a su vez, lo confirma: "Es indiscutible que la prosa de Othón exhale el perfume de los jardines de Cervantes" (Obras, p. LIII). A lo que responde Emma Susana Speratti Piñero -maestra argentina que residió un tiempo en San Luis Potosí-, en su estudio no ciertamente simpatizante del Othón cuentista: "Sólo es indiscutible que Othón había leído y leía a Cervantes y que de él tomó ingenuamente ciertas fórmulas que eran tan sólo una burla del estilo pomposo de las novelas de caballe-

rías: esas inversiones violentas y frecuentísimas, esos molestos términos de enlace, que nos suenan hoy a falsas galas literarias y que tanto envejecen su prosa" (p. 4).

Breve y ponderado el juicio de Antonio Castro Leal: " Othón proviene de la sana tradición clásica y no hay duda que, en este género (narrativo), su principal maestro fue el autor del *Quijote* y las *Novelas ejemplares* " (p. XVII).

De su devoción cervantina, nos hablan sus poemas *A Cervantes y Don Quijote y Dulcinea*, ambos de 1883, así como *Después de leer don Quijote*, soneto en colaboración de 1884; además de *El último capítulo*, pieza teatral en un acto y en prosa que evoca los sufrimientos con que Cervantes escribió el capítulo final de *Don Quijote*, según revela sus conocimientos cervantinos, así mengüe la espontaneidad del lenguaje por ceñirse Othón al de su personaje.

Esta obra fue representada en el Teatro de la Paz de San Luis Potosí, el 9 de octubre de 1905, dentro de los galanos festejos con que la ciudad conmemoró el tercer centenario de *Don Quijote*, ya que el gobernador del Estado, José María Espinosa y Cuevas, decíase descendiente de Cervantes.

En otro lugar, Othón asienta su propósito de estudiar las figuras femeninas de la obra de Cervantes.

Huellas autobiográficas

Gracias a los cuentos, podemos asomarnos un poco al alma de Othón, rastrear sus aspiraciones y aficiones, seguir algunas huellas autobiográficas. A veces, un cuento entero parece una página de su diario. Los hechos referidos en el *Coro de brujas*, advierte, acaecieron en aquella vieja hacienda "donde yo desempeñaba, hace tiempo, funciones de orden judicial".

Así nos enteramos de su "manía deambulatoria", sus paseos a caballo "para sacudir el fastidio", el disfrutar él solo la hermosura del paisaje, la melancolía que le inspira el campo; "mi distracción favorita que es la caza" (*El exclaustrado*), pues "yo soy tenacísimo e infatigable cuando de montería se trata" (*El nahual*); el amor por "la lectura de mis libros favoritos que nunca me abandonan" (*El exclaustrado*), el gusto por la música clásica y por la ópera en cuyas vaguedades "hay dolores escondidos que sollozan" (*El exclaustrado* y *Un Nocturno de Chopin*).

Sus músicos predilectos, aquí evocados, fueron Beethoven, Chopin, Wagner, Shumann, Mendelsshon, Tchaikowsky, Meyerber, Weber, Verdi.

Más íntima es la confesión que, en una época de positivismo, pone Othón en labios del pastor Corydón y que refleja, clara y segura, su posición de católico fervoroso: "Creía en la Providencia Divina con fe ciega, como la fe del carbonero que es acaso la que más complace a Dios; porque es la fe de los humildes, de los mansos y sencillos de corazón y de los pobres de espíritu".

Recordemos su soneto *A Augusto Comte* en que anatemiza su filosofía positivista; soneto publicado por vez primera en *La Esmeralda* (San Luis Potosí, 4 de diciembre de 1881) y recogido posteriormente en el libro *Nuevas poesías* de 1883.

Corroborar Alfonso Reyes: "Cuando alguien hacía burla de sus creencias religiosas, él afectaba no escuchar y seguía creyendo. No quería explicar ni discutir su fe" (*Obras completas*. T. I. México, F.C.E., 1976, p. 188).

De su afición por la fiesta de los toros, se dijo ya.

Relación de cuentos y poesía

Luis Leal afirma que "existe, hasta cierto punto, un desarrollo paralelo entre la poesía y la prosa del Othón" ("Los cuentos de Manuel José Othón, en *Armas y letras*, Monterrey, Nuevo León, abril-junio de 1958, p. 7).

En efecto, en algunos cuentos pueden barruntarse antecedentes y explicaciones de sus poesías, y aun reflejos y consecuentes. Estos textos narrativos preludian o posludian composiciones líricas, conforme puede verse en este elenco:

Voz interna	- El exclaustro.
Lobreguez	- El exclaustro.
Noche rústica de Walpurgis	- Coro de brujas, El nahual.
Pastoral	- El pastor Corydón.

Todo un interesante juego de vasos comunicantes.

La denuncia social

En tres cuentos - *La Nochebuena del labriego*, *El Pastor Corydón* y *El montero Espinosa*-, Othón denuncia las condiciones de miseria y de opresión en que vivían los campesinos de su tiempo, guiado por su sentido de justicia y de piedad y amor con que miró al desvalido.

"Además de excursionar con frecuencia por nuestros bosques y campos, escribe Jesús Zavala, desempeñó durante varios años el cargo de juez de primera instancia en varios lugares del Estado de San Luis Potosí y, por lo mismo, tuvo oportunidad de conocer y tratar a los moradores de nuestros campos" (*Obras completas*, loc.cit. p. LIV).

No pudieron ser más dramáticas las condiciones de vida del campesino que sufrió constantemente la opresión de hacendados, amos o patronos todopoderosos, según lo refieren estos cuentos.

No eran dueños de lo que sembraban, les pagaban no con moneda sino en especie -un pedazo de manta para vestirse-, les prestaban dinero con increíbles réditos, no comían sino yerbas del campo -nopales, quelites, mazorcas inmaduras-; las campesinas casaderas padecían los ultrajes de los "infelices déspotas" y si alguien osaba quejarse a la autoridad, ésta vivía coludida y comprada por los ricos hacendados.

Tal es la dolorosa ironía de *La Nochebuena del labriego*, la noche de gozo en que los encarcelan por referir los sufrimientos que padecen por la crueldad de unos amos que prefieren alimentar a las bestias que a

sus labriegos pacientes y fieles.

Trágico final del pastor Corydón, abandonado por la esposa a causa de su pobreza; paralítico por comer, acosado por el hambre, alguna fruta venenosa. En el momento de ahorcarse, suenan a lo lejos las campanas " alzándose como la oración de los pobres, los humildes y los desgraciados que piden al cielo ilumine las sombras de la miseria, de la ignorancia y de la abyección a que están irremediabilmente condenados. ¿Irremediabilmente?" ... El poeta abre una interrogación, un camino a la esperanza de que un día habrá de cambiar la noche de los campesinos y sobrevenga su redención.

Inusitada y valiente la denuncia de los ricos injustos. Como inusitada y valiente la defensa de los pobres oprimidos. Por tal motivo, pueden considerarse estos cuentos de Othón como antecesores de la "novela de la revolución " en su línea de preocupación social, tal como la pre-revolucionaria *Mala yerba* que Mariano Azuela (1873-1952) publicaría en 1909.

Ahí retrata los sistemas de explotación de los hacendados convertidos en dueños de vidas, honras y posesiones de los peones hasta extremos inhumanos; con lo que Azuela planteó una situación insostenible entre dos clases sociales -ya advertidas por Othón quince años antes-, que debía buscar su solución en 1910 con la alborada de la Revolución Mexicana.

Los mejores cuentos

Si Othón emerge como el gran poeta de la naturaleza, mercedor del sitio honorífico que goza en nuestras letras, en cambio el cuento, y mucho menos el drama, alcanzaron de su ingenio todo el desarrollo que pudo darles, así pueda salvarse algún acierto dramático y varios cuentos que han sido valorados y publicados varias veces. ¿ Cuáles son sus mejores relatos según los críticos ?

Según Bernardo Ortiz de Montellano (1926): los que publicó con el nombre de "cuentos de espantos" en *El Mundo Ilustrado* de 1903: *Encuentro pavoroso*, *Coro de brujas* y *El nahual*.

Lorenzo Turrent Rozas (1945): " *El nahual*, esa pequeña obra maestra que aporta a la literatura universal "

Miguel Bustos Cerecedo (1945): *El montero Espinosa* y *El nahual*: " estas dos obritas, verdaderas demostraciones de su talento de cuentista, merecen ir junto con lo mejor de su poesía ".

Luis Leal (1948): *El pastor Corydón* y *El montero Espinosa*, " los mejores cuentos salidos de su pluma"; y su autor, "uno de los mejores cuentistas de su generación ".

Manuel Pedro González (1951): *Encuentro pavoroso*, " narración digna de la fantasía de Edgar Allan Poe ".

Emma Susana Speratti Piñero (1958): "De sus cuentos quizá únicamente *El montero Espinosa* adquiere, en la estructura, una categoría

más elevada ".

María del Carmen Millán (1963) : los tres "cuentos de espantos", manifiestan "el arraigo que tienen ciertas tradiciones en el alma del pueblo".

M.M. (1984): *El nahual*, "cuento tan excelente y perfecto".

Añadamos el nombre de los cuentos que se han publicado después de la muerte de Othón en antologías o publicaciones periódicas, como una nueva comprobación que, como cuentista, no se ha olvidado del todo.

Encuentro pavoroso publicado dos veces, en la *Antología* de Ortiz de Montellano (1926) y por Manuel González Ramírez en el periódico *Novedades* (México, 26 de diciembre de 1948).

El nahual publicado por Miguel Bustos Cerecedo (1945) y por José Mancisidor (1946).

El montero Espinosa, por Miguel Bustos Cerecedo (1945).

El pastor Corydón, por José Mancisidor (1946).

La Nochebuena del labriego, en la revista *Ábside* (México, abril-junio de 1958) y publicado al año siguiente por Alfonso Junco en su libro *Othón en mi recuerdo*.

Antonio Castro Leal eligió para su antología *Poesía y cuentos* (1963): *Encuentro pavoroso*, *Coro de brujas*, *El nahual*, *El montero Espinosa*, *El pastor Corydón* y *El exclaustrado*.

Con estos datos, tal vez esquemáticos, podemos seguir la trayectoria crítica de los cuentos de Othón, tan relegados a planos secundarios que, a decir de M. M., "resulta sorprendente que se le cite y se lo valúe entre los escritores que a finales del siglo XIX y primeros años del XX fijaron definitivamente, al margen del modernismo, los caracteres de lo que podría pensarse como una narrativa mexicana".

Gratitud efusiva al licenciado Rafael Montejano y Aguiñaga, biógrafo de Othón, de la Academia Mexicana de la Historia; y al doctor

Sergio López Mena, humanista, investigador, maestro de la Universidad Nacional Autónoma de México, por su entendida y generosa ayuda.

Joaquín Antonio Peñalosa

Bibliografía directa

Bustos Cerecedo, Miguel. Prólogo a *Poemas y cuentos* (de Manuel José Othón). México, Secretaría de Educación Pública, Biblioteca Enciclopédica Popular, núm. 39, 1945, p. VIII - XXVII

Carballo, Emmanuel. *Historia de las letras mexicanas en el siglo XIX*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara/ Xalli, 1991, p. 97.

Castro Leal, Antonio. Selección, estudio y notas a *Manuel José Othón. Poesía y cuentos*. México, Editorial Porrúa, S.A., 1a. ed. en "Colección de Escritores Mexicanos", 1963.

González de Mendoza, J.M.:

- "La prosa de Othón". (*El Universal*, México, 5 de diciembre de 1956).

- "Los mexicanismos de Othón" (*El Universal*, México, 4 de junio de 1958).

González, Manuel Pedro. "Algunas influencias perceptibles en la obra de Manuel José Othón". *Estudios sobre literatos hispanoamericanos*, México, Cuadernos Americanos, 1951, p. 15 - 75).

Leal, Luis:

- *Breve historia del cuento mexicano*. México, Ediciones Andrea Manuales Studium, 1956, p. 77

- "Los cuentos de Manuel José Othón " (en la revista *Armas y Letras*, Monterrey, 2a. época, abril-junio 1958, p. 7-19).

Mancisidor, José. *Cuentos mexicanos del siglo XIX*. México, Edit.

Nueva España, S.A., Colección Atenea, 1946.

Millán, María del Carmen. *Literatura mexicana*, México, Editorial Esfinge, 1963, p. 239.

M.M. "presentación" a los *Cuentos de espantos y novelas rústicas de Manuel José Othón*. México, Premiá Editores, S.A., Instituto Nacional de Bellas Artes. La Matraca, segunda serie, núm. 17, 1984.

Montejano y Aguiñaga, Rafael. *Lo que escribió Manuel José Othón*, Bibliografía esencial, San Luis Potosí, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 1959.

Ortiz de Montellano, Bernardo. *Antología de cuentos mexicanos*. Madrid, Editorial Saturnino Calleja, S.A. 1926, p. 69-81.

Peñalosa, Joaquín Antonio:

- *Manuel José Othón, novelista olvidado*. San Luis Potosí, "con el perfil de *Estilo*", 1952, separata de *Estilo*, octubre-diciembre 1951.

- "Para las obras completas de Manuel José Othón" (en la revista *Ábside*, México, año XII, núm. 3, julio-septiembre de 1948, p. 257-283; aquí se habla de *Cantos de la montaña*).

- *Poesía completa* (de Manuel José Othón). Recopilación, prólogo y notas. México, la ed. Editorial Jus, 1974 ; 2a. ed. México, Edit. Jus, 1992.

- *Poemas rústicos* (de Manuel José Othón) Edición, introducción y notas. Universidad Veracruzana, Clásicos mexicanos, núm. 3, 1990.

Novo, Salvador. *Obras* (de Manuel José Othón), 2 vlms. México, Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, 1928. Tomo I, contiene Poesía; tomo II, teatro y prosa.

Speratti Piñero Emma Susana:

"Othón cuentista" en la revista *Cuadrante*, y en separata. Universidad Autónoma de San Luis Potosí, San Luis Potosí, Año VI, no. 2, verano-otoño 1958, p. 147-176.

Turrent, Rozas Lorenzo:

"Manuel José Othón, ¿colono mental?" en *Manuel José Othón, poemas y cuentos*. Selección y prólogo de Miguel Bustos Cerecedo. México, Secretaría de Educación Pública, Biblioteca Enciclopédica Po-

pular, no. 39, 1945, p. 84-87.

Udick, Bernice:

- "Bibliografía de Manuel José Othón" en *Revista Iberoamericana*, México, vol. IX, no. 22, octubre de 1946, p. 351-378.

- "Adiciones a la bibliografía de Manuel José Othón" en *Ábside*, México, 1951, p. 279-294.

Zavala, Jesús:

- "Manuel José Othón, su vida y obra", prólogo a las *Obras Completas*. México, Editorial Nueva España, S.A., Colección Atenea, 1945, p. LIII.

- *Manuel José Othón. Epistolario*. Glosas, esquemas, índices y notas. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1946.

COMENTARIO DE LOS CUENTOS

El padre Alegría

Publicación. Othón escribió de su puño y letra, este cuento de costumbres que dejó inacabado en el cuaderno que llamó *Cantos de la montaña* de 1879. Muerto Othón, el cuaderno quedó en manos de su amigo y compañero Lic. Primo Feliciano Velázquez, abogados, académicos, y escritores ambos. Con autorización de Velázquez, publiqué *El Padre Alegría* en la revista *Letras Potosinas* (San Luis Potosí, año XVI, no. 127, enero-mayo de 1958, p. 24 -27).

Argumento. *El Padre Alegría* fue el primer cuento que Othón escribió, cuyo escenario es la ciudad de San Luis Potosí. Una ciudad que Othón elogia por su belleza en comparación con el pueblo que fue en 1814; "en 65 años, se ha ennoblecido con jardines, plazas, edificios y paseos".

El padre Alegría, protagonista del relato, es un franciscano secularizado -posteriormente aparecerá otro "exclaustrado" en el cuento que lleva tal nombre. De genio vivo, chispeante y decidor, estimado por el pueblo, asiste a la fiesta con que su sacristán celebra el bautismo de su octavo hijo. Interesante conocer cómo eran los bailes "de medio pelo" de la época y cómo acostumbraba la ronda vigilar a la ciudad. De regreso a su casa, bajo la oscuridad y la lluvia de la noche, el padre Alegría advirtió una casa iluminada en cuya sala se topó con un cadáver pobremente amortajado y solitario. Se propuso regresar al día siguiente para socorrer a la familia y reconvenirla por dejar solo al difunto. Así

termina el largo fragmento.

Del antiguo mapa de San Luis Potosí. Othón señala diversos sitios de la antigua ciudad. La Calle de los Burros es hoy la primera de Allende. La Plazuela del Carmen ocupaba lo que actualmente forma el atrio del templo del Carmen. La Huerta del Carmen, formada por los carmelitas, corresponde a la Alameda. La Plazuela de la Alfalfa fue primero una huerta de alfalfa, después la Plazuela situada entre el espacio que hoy ocupan las calles de Constitución y Parrodi, Rayón y Comonfort; la Plazuela desapareció cuando la familia Hernández Soberón, por 1888, la convirtió en casas habitación.

Vocabulario. Traducción de las frases latinas: Oh Dios, ven en mi auxilio. Nuestro auxilio está en el nombre del Señor. Dale, Señor el descanso eterno.

Non bona: cosas no buenas.

Flebotomiano: sangrador, perito en el arte de sangrar.

Godorrio: Santamaría en su *Diccionario de mexicanismos*, apunta: bodorrio, baile, fiesta ruidosa.

Melcocha: dulce fabricado con tuna sin quitar las semillas.

El último trovador

El título mismo de este cuento es ya un homenaje al dramaturgo y poeta español José Zorrilla (1817-1893) cuya popularidad fue inmensa, y enorme su influjo en la producción poética de España y aún de Hispanoamérica. Su pieza teatral *Don Juan Tenorio* de 1844, que fue un éxito entonces, sigue interesando hasta hoy.

Zorrilla estuvo en México de 1855 a 1866. Los escritores de la época le brindaron, junto con su admiración y amistad, banquetes y poemas en su honor. Después de unos recitales en La Habana, regresó a México en 1859. Los emperadores Maximiliano y Carlota lo nombraron poeta de cámara y director de un teatro nacional, que no llegó a realizarse; pero Zorrilla estableció uno en Palacio donde estrenó, en 1865, su *Don Juan Tenorio*. En junio de este año, se embarcó en Veracruz de regreso a España. Sobre México, escribió en 1868, *Drama del alma*, sobre la leyenda de los emperadores; así como un capítulo titulado *México y los mexicanos*, inserto en *La flor de los recuerdos* (1855-59).

En esta narración fantástica, Othón finge las exequias de Zorrilla al filo de la media noche, en una iglesia gótica, junto a los arruinados torreones de un castillo. Guillermo Díaz Plaja, en su *Introducción al estudio del romanticismo español* de 1936, señala, entre otros elementos predilectos de los románticos, precisamente la noche, la luna, las ruinas y la naturaleza en libertad, no ordenada por la mano del hombre en maquillados jardines neoclásicos.

Los muertos despiertan de sus tumbas para asistir a la ceremonia. Son reyes y príncipes hispanos, frailes y poetas de remotos siglos aun los personajes de *Don Juan Tenorio* encabezados por doña Inés de Ulloa. Entre los poetas asistentes a las honras fúnebres, Othón señala al Marqués de Santillana, Jorge Manrique y Juan de Mena, "que ayudó a la generación de la rica lengua de Castilla".

Sin caer en la manía de "los fuentistas", de quienes supo dudar y sonreír Dámaso Alonso, este cuento de Othón recuerda *El Panteón del Escorial* de Manuel José Quintana (1788 - 1808) que "bajo ciertos aspectos es de una belleza extraordinaria", según juicio de Menéndez y Pelayo; así como también *El Miserere*, poema romántico y fantástico de Gaspar Núñez de Arce (1834 -1903) que, a su vez, evoca el poema mencionado de Quintana.

Acaso el modelo más inmediato, sea *El Miserere*, la leyenda de Gustavo Adolfo Bécquer (1836 -1870), cuyo argumento es el siguiente. Un romero encuentra en la biblioteca de una vieja abadía, la partitura de un *Miserere* inconcluso, escrito con misteriosas indicaciones. Pide explicaciones a su acompañante, el cual le narra la leyenda fantástica de un músico. Todas las noches de Jueves Santo, se iluminaba prodigiosamente la iglesia en ruinas de un monasterio consumido por las llamas, se reconstruía sin saber cómo y veíase aparecer una procesión de monjes fallecidos que debían estar en el purgatorio y venían a implorar el perdón de sus penas con el canto de un maravilloso *Miserere* (primera palabra del Salmo 50 de la *Biblia*, que es la confesión del pecador arrepentido). Al entonar el versículo "darás gozo y alegría a mi súplica", luces de gloria envolvían el templo y se abría el cielo. Un músico que presenció una vez el espectáculo, quedó desvanecido. Al recobrase, llegó a la abadía donde en vano trató de reproducir aquella música, porque acabó por perder el juicio.

Este cuento fue publicado en *El Tiempo Ilustrado*, México, t.II, núm. 90; 2 de diciembre de 1893, p. 5-6; y dedicado a José G. Rostro (1862 - 1892), que nació en Tierranueva, S.L.P. y murió en la ciudad de San Luis Potosí. Como Othón, fue alumno del Seminario Conciliar y del

Instituto Científico y Literario, y abogado. Colaboró en varios periódicos potosinos. En 1886, fundó la "Sociedad Orozco y Berra" para difundir la literatura y la historia, Sociedad a la que perteneció el propio Othón.

El cuento se publicó por vez primera, con la misma dedicatoria, en *El Estandarte* (San Luis Potosí, el 20 de abril de 1890), tres años antes de la muerte de José Zorrilla. Othón le adelantó las exequias.

Una fiesta casera

¿Anticipo del *Libro de mis recuerdos* que Antonio García Cubas escribió en 1904? Othón nos ofrece una fotografía a colores de cómo se festejaba, a finales del siglo XIX y seguramente en San Luis Potosí, una fiesta de familia de clase media.

Como reacción al idealismo quimérico y extralimitado, se irguió en la literatura, a partir de los últimos decenios de aquel siglo, el realismo, que no fue sino el objetivismo alzado contra el subjetivismo desbordado, la realidad contra la ficción, lo propio de la tierra contra lo ajeno y postizo, los hechos ciertos contra la vaguedad y lo maravilloso del romanticismo.

Othón recrea en este cuento salpicado de buen humor, la verdad contemplada y vivida por el mismo en un vano regionalismo o, si se quiere, en un auténtico folclorismo, en el mejor sentido del término. Tan es así que, al concluir esta casi crónica de una fiesta casera, Othón escribe: "Nada he puesto en ella de mi cosecha, pues todo pasó real y como lo digo". Por eso escribe en primera persona.

El poeta acude al festejo al que lo invita un amigo suyo, burócrata de oficio, hombre de salario mínimo; pero derrochador hasta quedarse endeudado con tal de celebrar la fiesta con demasía.

Pinta la casa con su alegre patio de flora y fauna, entre invernadero y zoológico; así como la sala abigarrada de adornos de todo jaez, desde unas flores de lienzo y un descompuesto reloj de cu-cú hasta unas imá-

genes en barro de Pío IX y Benito Juárez, y una enorme estampa de San Miguel Arcángel, "asegúrame un miembro de la familia que fue tomada del original".

El burócrata mostrábase espléndido en levantar el altar, cada viernes consagrado a la Virgen de las Siete Espadas, costumbre tradicional en México y en San Luis Potosí que continúa vigente hasta el día de hoy. " Desde muchos días antes (del Viernes de Dolores), tiene apercebidas macetitas de chí y botellas de kermann llenas de líquidos verdes, amarillos y rojos".

El cuentista potosino Alberto Sustaita (1863-1909) que escribía con el seudónimo de P.K.Dor, escribió un artículo para describir cómo los potosinos de hace un siglo -igual que hoy-, celebraban el Viernes de Dolores: se levantaba el altar en la sala con bella imagen de la Dolorosa, adornada con cortinas, candeleros y flores; los filarmónicos tocaban sus mejores notas; venían los vecinos y familiares a contemplar el altar, mientras los caseros obsequiaban a los visitantes, deliciosas aguas frescas que llamaban "lagrimitas de la Virgen". (A.Sustaita, *Las aguas frescas*, en *El Estandarte*, San Luis Potosí, 19 de marzo de 1891).

Artemio de Valle-Arizpe refiere que Othón, presionado por los visitantes de un altar de Dolores para que dijera algún verso, improvisó esta devota y desafortunada redondilla:

"Macetitas de flores
mi corazón te ofrece.
Virgen de los Dolores,
¿qué te parece?"

(*Anecdotario de Manuel José Othón*. México, Fondo de Cultura Económica, 1958, p. 87).

La secuencia del cuento es lineal y cronológica. Primero, los rigurosos aperitivos en la sala; luego la abundante comida con la minuciosa descripción del mole de guajolote; al final, la tertulia en la sala amenizada con cantos, música de guitarras, baile y champaña.

Othón destaca dos figuras, la del terrible niño malcriado de la casa que, entre otras groserías, unta de mole la cara de Othón; y la de un

joven pedante y presumido que hace gala de su aristocracia en el sencillo ambiente de la fiesta casera.

En cuanto al vocabulario, Pechuga es tequila curado con pechugas de pollo. Turco, un guiso de arroz con carnes picadas. Sendo, mexicanismo con significado de abundante. A escote, expresión hoy poco oída, que vale por la cuenta que toca a cada uno por razón del gasto hecho en común. A propos, locución adverbial francesa: a propósito, al caso. Pollos, pollas: los jóvenes. Othón, buen aficionado a las corridas de toros, utiliza términos taurinos que aplica tanto a su anfitrión, "sacudido de carnes, abanto en las reyertas conyugales, aquerenciado en la Pagaduría del Ejecutivo y bizco del izquierdo"; como a su esposa, "mujer de muchas libras y algo recelosa en su trato, dicen que acude con codicia a los engaños de los donceles que pretenden doblar el testuz del blanco yugo de sus encantadoras hijas". Las cuales, en imagen taurina, son "unas muchachas de muchos pies, buen trapío, nobles y boyantes y de preciosa lámina".

A lo que el propio Othón comenta: "He abusado de los términos taurinos, porque estando tan en boga, estoy seguro que seré entendido por todos mis lectores". El año en que se escribió este cuento, que fue el de 1890, se dieron en San Luis Potosí numerosas y frecuentes corridas de toros y novilladas, como puede verse en el periódico *El Estandarte*.

El cuento fue publicado anónimo en *El Estandarte* (San Luis Potosí, 29 de junio de 1890).

El exclaustro

Othón parte de hechos ciertos para seguir y culminar con ficticios. Si escribe en primera persona, más que por un recurso técnico o estético, es por evocar acontecimientos verdaderos y aun autobiográficos, como son los siguientes.

"Sintiéndome quebrantado en mi salud -pues fue enfermizo los últimos años de su vida-, acudí a tomar unos baños minerales en remoto pueblo". "No escaseaba allí la caza y, siendo mi distracción favorita, solía ir con mucha frecuencia en busca de conejos y codornices". Señala, luego, otra de sus entrañables aficiones, "la lectura de mis libros predilectos que nunca me abandonan"; en este cuento cita a Dante y Esquilo. Tampoco falta la alusión a su gusto por la música clásica y de manera especial por la ópera. Su esposa, Josefa Jiménez, cantaba trozos de ópera, algunas de cuyas partituras aun se conservan. Othón recuerda, entusiasmado, la ópera *Los Hugonotes* de Meyerber, donde el compositor alemán que vivió largo tiempo en París, evoca la lucha de los protestantes franceses contra los católicos y la culminación en la matanza de aquellos en "la noche de San Bartolomé" (24 de agosto de 1572).

Othón, al referirse a esta ópera, utiliza el galicismo "cubrefuego" en lugar de "la queda" y cita unos versos en francés cuya traducción es ésta: " Entrad, habitantes de París, / permaneced encerrados en vuestras casas, / que todo ruido cese, / abandonad estos lugares, / porque he aquí la hora, la hora de la queda".

Poeta de los ojos -y de los oídos-, el narrador se detiene en la descripción del paisaje del pueblo soledoso, el convento en ruinas, el interior del templo y la fisonomía del anciano cura. Lo más logrado del cuento son precisamente estos diversos trozos descriptivos.

El centro de la narración radica en las amargas confesiones que el cura confía al poeta, conforme va recorriendo su vida: su padre perdió la opulenta fortuna, su casamiento con una valiosa mujer que al poco tiempo murió dejándole un hijo, la muerte del pequeño, su ingreso a la Orden de los Capuchinos, su ministerio en el convento de pueblo donde vivió tan plazeramente hasta que las tropas lo convirtieron en cuartel y tuvo que huir del país. Al regreso, se vio en la necesidad de exclaustrarse de la Orden; el obispo que lo recibió, lo envió de nuevo al pueblo y al convento en ruinas.

El final, escrito en dos párrafos melancólicos -todo el cuento respira la melancolía de las narraciones del romanticismo-, concluye con el toque de una campana que lleva grabada la inscripción latina: "Convoco a los vivos, lloro a los muertos, rompo los rayos".

El cuento, que la edición de las *Obras* de 1928 llama ingenuamente "novela corta", es en realidad un esbozo de cuento. Está dedicado a Francisco de Asís Castro (1860-1936), médico y escritor de San Luis Potosí, amigo de Othón desde los años adolescentes y compañero fiel en las tareas culturales que emprendieron siempre unidos.

Un Nocturno de Chopin

Música y amor, he aquí los ingredientes con que Othón construyó uno de sus cuentos de sello romántico.

"Hay en las vaguedades de la música -escribe-, dolores escondidos que sollozan y desesperaciones comprimidas que palpitan". El melómano fiel que siempre fue, recuerda aquí "la soberbia ópera *Otelo* de Verdi", así como la música de Beethoven, Shumann, Mendelssohn, Wagner, Weber y especialmente el primer *Nocturno* de Chopin que "me hace suspirar y gemir en lo más hondo de mi alma", y en torno del cual gira la narración.

El enredo amoroso fluye tan obvio y apasionado como el de no pocos románticos de su hora. El narrador, que escribe en primera persona, se enamora, no más verla, de María Teresa, excelente pianista casada con el señor Schak, notable músico que, a fuerza de tratar de componer una ópera jamás oída, acaba obsesionado en el manicomio y en la tumba. El narrador, que lo había conocido en una tertulia acompañado de la esposa, tocó magistralmente el *Nocturno* que despertó en su corazón una explosión inefable.

Después, al trasladarse el narrador a un pueblo, descubrió que en un villorrio cercano, vivía María Teresa, la viuda del músico. Comenzaron las visitas, las confidencias, los amores semiplatónicos. Luego de una pertinaz insistencia, logró que María Teresa ejecutara el *Nocturno*, mientras el doble enamorado de la mujer y de la música, sollozaba de

"pasión inmensa y profunda" soñando en un matrimonio feliz.

Pero, ay, tantos amores del romanticismo cantando se vienen, llorando se van. María Teresa marchó a Europa para ingresar a un convento dejando al amante una carta: " Nuestro amor es imposible". El narrador regresó a su ciudad enfermo y desolado, "con una terrible fiebre cerebral que estuvo a punto de morir". Música, amor y dolor. El amor impetuoso y doloroso de los románticos. Y cierta languidez e idealismo psicológico que recuerda levemente la *Pepita Jiménez* que Juan Valera escribió en 1874.

Escrito con soltura, el cuento luce una prosa fácil y fluída. Fue publicado en el periódico *El Estandarte* de San Luis Potosí, los días 15, 25, 26 y 27 de agosto de 1891.

La Nochebuena del labriego

Bien hizo Othón en poner por subtítulo de este breve cuento, "boceto real". Boceto, porque apenas es la semilla de un relato. Real, porque el autor fue testigo de la pobreza del campesino y de la explotación del amo, que tal es la entraña de este relato.

Francisco González Guerrero, que encontró este boceto en el diario *El Universal* (México, 6 de enero de 1895), lo cedió a Alfonso Junco, director de la revista *Ábside*, donde lo reprodujo con esta nota introductoria: "Quiero subrayar el sentido de protesta social que late en este cuento. Me recuerda otro magistral, *De autos*, debido a la pluma de don Victoriano Salado Alvarez; escritores los dos que nadie llamaría revolucionarios y que publicaron estas páginas en plena dictadura porfirista" (*Ábside*, México, año XXII, no. 2, abril-junio de 1958, p. 143 - 147). El propio Junco lo reprodujo en su libro *Othón en mi recuerdo* (México, Editorial Jus, Colección "Voces Nuevas", no. 9, 1959, p. 73- 79).

En la primera parte de este boceto, unos labradores platican acerca de la miseria en la que viven a causa de la injusticia opresora de sus patronos. Les quitan lo poco que cosechan. Les dan un pedazo de manta para que se vistan y, si no pagan a tiempo, "la cuenta vale más de lo que uno se come en toda la vida". Les niegan los más pequeños trozos de madera para usarlos como leña. Se alimentan de quelites y nopales; y si alguna comida sobra al amo, prefiere darla a los animales. Si recla-

man, los amedrentan con correrlos de la hacienda.

La segunda parte no es sino el trágico complemento de la explotación. Al salir de la misa de Nochebuena, una escolta aprehende a los campesinos porque roban a los amos -cuando es todo lo contrario-, mientras sus mujeres aterradas los siguen a la cárcel. La Nochebuena de los pobres es la prisión y la opresión.

El cuento vale por la valiente denuncia, por la defensa del campesino, por la acusación de unos patronos violadores de la dignidad de la persona y de sus derechos elementales.

Palabras menos conocidas del texto: molonquito: aztequismo, mazorca de maíz que no llega a cuajar; terno es voto o juramento; echar la "pela" en la hacienda: tomar alguna cosa, cortar, recoger, arrancar, llevarse algo.

El pastor Corydón

Nombre del cuento.

Don Sixto, estudiante destripado del Seminario, que terminó en sacristán de la hacienda San Juan de los Álamos, fue quien puso al pastor Odilón -personaje central del cuento-, el apodo latino de Corydón, así con la y griega del original y no con la i latina de los traductores al español. "Decir versos de los clásicos paganos, especialmente de Virgilio, era la manía de don Sixto, el tema que le servía de bigornia para machacar a todas horas y en cualquier ocasión por inoportuna que pareciese".

Othón estuvo unos seis años, de 1869 a 1875, en el Seminario Conciliar Guadalupano Josefino de San Luis Potosí, donde cursó humanidades y filosofía. "Conocedor profundo de los poetas latinos -asegura su amigo José López Portillo y Rojas-, profesábales a todos una admiración sin límites; pero sobre todo a Virgilio" (Elogio de Manuel José Othón en las *Obras* de 1928, loc. cit. T. I. p. XXVIII). De Virgilio heredó, según Alfonso Reyes, "la afición del campo, el don de lágrimas, el profundo clamor humano que resuella bajo el campanileo de sus versos" ("Los Poemas Rústicos de Manuel José Othón" en *Obras Completas*, T. I. México, F.C.E., 1976, p. 188).

En *Poemas rústicos* precisamente, recuerda la *Égloga* I de Virgilio en la poesía *Matinal* y la *Egloga* IX en el epígrafe inicial del libro. En este cuento evoca la *Égloga* II donde aparece el pastor Corydón que, además del nombre, tiene otras semejanzas con don Odilón, ambos su-

fren el amor no correspondido, el lamento, el desdén y la falta de esperanza de sus vidas.

Las frases latinas que, muy al caso, aplica don Sixto, son las siguientes, que aquí se vierten al español:

- *quorsum tendis?*, ¿a dónde te diriges?

- *inclina hidriam tuam ut bibam*, inclina tu cántaro para que yo beba.

- *vade retro*, retírate (imprecación de Cristo a Satanás, Mc. 8,33).

- *O crudelis Alexa, nihil mea carnina curas?*, oh cruel Aleja, ¿conque no atiendes a mis cantos?. Se trata de una paráfrasis del verso 6 de la *Égloga II*: *O crudelis Alexis, nihil mea carmina curas?*

- *frondosam pastor Corydon ardebat Alexam*, el pastor Corydón ardía por la frondosa Aleja;

- *adsum*, aquí estoy;

- *horribilis pharmaceutria*, horrible encantadora;

- *vocativo caret*, carece de vocativo;

- *pecunia non est mihi*, no tengo dinero;

- *velis nolis*, quieras o no quieras;

- *improbis puer*, muchacho malvado,

- *intempesta nox*, noche desfavorable (por el mal tiempo que impide toda actividad). Es el nombre latino que Othón da al segundo soneto de su poema *Noche rústica de Walpurgis*, escrito en 1897, dos años después del cuento.

Escenario. El cuento se desarrolla en la zona árida del Estado de San Luis Potosí ya que alude a magueyes, órganos, nopaleras, huisaches, mezquites y garambullos, la típica decoración vegetal del altiplano; además de referirse a los "nopales en raja" que comía la gente.

El personaje central es el pastor Corydón en quien todas las calamidades se fundieron: paralítico, deforme, hambriento, solitario, casado con Alejandra que lo abandonó por constantes adulterios; murieron dos de sus hijos, otros dos emigraron, el más pequeño vagabundea por ahí. Aún cuando el paralítico perdonó a su mujer, ésta lo siguió engañando con el arrendador de la hacienda o se dejaba enamorar por Sixto, "el

humanista". Agobiado física y moralmente, se suicidó colgándose de un árbol.

Othón utiliza el diálogo que tan dosificado aparece en otros relatos - o que de plano no aparece-, y aquí se expande con amplitud. Logradísimos los retratos al óleo de los rostros del paralítico, Aleja y don Sixto. Aunque la narración fluye sin cortapisas, Othón aprovecha cualquier ocasión propicia para volver al paisaje, y así describe la tempestad y el amanecer.

Denuncia la pobreza y el olvido con que sobrevive el paralítico, como una consecuencia de "la miseria de los campos, producto de la degradación, el egoísmo sin piedad y los ajenos vicios (adulterio, alcoholismo) que pesan sobre aquella infortunada gente".

Hay una confesión muy elocuente que el autor refiere al pastor Corydón: "Creía en la providencia divina con fe ciega..., con la fe del carbonero que es acaso la que más complace a Dios, porque es la fe de los humildes, de los mansos y sencillos de corazón y de los pobres de espíritu". No fue ésta la única ocasión en que Othón, que jamás discutía de su religión, confesó tener "la fe del carbonero". "Nacido en un hogar católico y abrevado en fuentes de cultura cristiana", escribe Alfonso Junco, "guardó siempre la nativa creencia en medio de los aires positivistas y laicos que, con humo científico, corrían en su época (1858-1906)". ("La entrañable religiosidad" en *Othón en mi recuerdo*. México, Editorial Jus, Colección "Voces nuevas", no. 9, 1959 p. 14).

En cuanto a palabras acaso desconocidas del lector actual, señalaríamos:

- vaciero, el pastor que se ocupaba en cuidar las ovejas no preñadas o era jefe de pastores, como el caporal de los vaqueros;

- gual, es una interjección que quizá provenga de la antigua interjección "guala" que significa: Por cierto, por Dios;

- bigornia es un instrumento de madera o de hierro sobre el cual los curtidores machacaban pieles y los herraderos las piezas que trabajaban.

Othón usa aquí esta palabra para referirse a la afición machacona de don Sixto de disparar, sin ton ni son, latinismos y latinajos. Con este

significado de insistencia, costumbre excesiva o porfía inoportuna, no la registra Francisco Javier Santamaría en su *Diccionario de mexicanismos* de 1959.

- textales, aztequismo de "textli", harina de maíz; porción de masa de maíz que se coge con el filo de la mano, de la orilla del metate, y que se considera suficiente para hacer una tortilla.

- capulincillo tullidor, así llama Othón a esta planta cuyo fruto venenoso comió el pastor Corydón para aplacar el hambre, a sabiendas de que podría producirle parálisis y tal vez la muerte, como lo había visto en el ganado. Se llama también capulincillo o tullidora; su nombre científico es *karwinskia mollis* o *karwinskia Humboldtiana*. El médico potosino Francisco Padrón estudió "la tullidora" en *El médico y el folklore*, San Luis Potosí, Talleres Gráficos de la Editorial Universitaria Potosina, 1956, p. 139-140.

Othón publicó este cuento en *El Mundo Ilustrado*, México, tomo II, núm. 10, 15 de septiembre de 1895, p. 84-87. Reproducido por José Mancisidor en *Cuentos mexicanos del siglo XIX*, México, Edit. Nueva España, S.A., Colección Atenea, 1946.

El montero Espinosa

Como en otros relatos, Othón mezcla aquí la realidad con la fantasía, según escribe al final del cuento: "De boca del montero mismo escuché la narración de los sucesos que referidos tengo".

El escenario es territorio del Estado de San Luis Potosí, ya que no sólo alude a las tunas, los "nopales de taponá" y el aguamiel; sino, además, describe El Espinazo del Diablo, perteneciente al municipio de Tamasopo, con violentas barrancas y el terreno quebrado y peligroso al borde del abismo. El Ferrocarril de Tampico -inaugurado el 16 de abril de 1890- que sube la pendiente bordeando precipicios, alcanza los mil metros de altura en la estación Canoas (Octaviano Cabrera Ipiña, *San Luis Potosí y su territorio*. San Luis Potosí, 1962, p.269 - 264).

El protagonista es Amador Espinosa, un mozo de 22 años, que trabaja en la hacienda Rincón de Lobos cuidando el enorme potrero donde pastan las reses y la caballada; cada semana, baja a la casa de la hacienda a rendir cuentas y recibir órdenes del amo.

No en vano su nombre es Amador. Luego de enamorarse de Paula, "muchacha frondosa y frescachona", que trabaja de criada con el amo, llega el día feliz y trágico de los desposorios. Othón pinta deliciosamente la boda, con "el primor de lo vulgar" que diría Ortega y Gasset, retrato feliz de las bodas de los campesinos de hace un siglo. La misa de velación, la fiesta bajo la enramada, la comida de asado y picadillo, los cantadores y bailadores, la novia y su madrina en "el tálamo" o tapanco

presidiendo el fandango.

Un amigo se acerca al montero: El amo forzó a tu mujer. Dime la verdad o te mato; ante la ira del recién casado, Paula, sincera y valiente, confiesa a su marido que el amo le prometió casarla con él, con Amador, si accedía a sus deseos, o lo enviaba a remotas tierras. Paula prefirió la violación del amo a perder al montero. El cual, comprensivo, perdonó a su mujer; pero, vengativo, surgió en su corazón el odio al amo.

La venganza llega cuando el amo le pide que lo acompañe por la sierra, por los cantiles cortados a pico de El Espinazo del Diablo. (Othón, entre tanto, se recrea pintando la "horrorizante grandeza" del paisaje). El montero clava ferozmente una penca en el anca del caballo del amo, que rueda despeñado hasta el fondo del abismo. Sin duda que la gente pensará que la muerte del amo había sido un accidente; sólo que dos hombres que arreaban unos bueyes presenciaron de lejos la tragedia con todos sus pormenores. Encarcelado y juzgado, el montero calla ante los jueces el verdadero motivo que lo impulsó al crimen.

Othón ha creado dos almas paralelas que, en medio de sus desgracias, conservan un fondo de nobleza. En cambio, no pudo pintar con mayor repugnancia al amo, "infame déspota" que vejaba a los sirvientes, los maltrataba como animales, les arrebatava sus mujeres y, como se trataba de una persona rica y "decente", las autoridades desoían las quejas de los campesinos oprimidos. Las desgracias que padecen Amador y Paula no son sino consecuencia de la opresión del amo. La defensa del campesino y la denuncia de amos, hacendados y autoridades al servicio de los ricos, tal es el mensaje social de Othón.

Trátase de un cuento bien llevado que se lee con gusto y con interés; los personajes definidos y contrastados; la narración sorpresiva por los inesperados sucesos; la descripción del paisaje en la que Othón se pinta solo, así como la descripción de cuadros de costumbres, que, por añadidura, son valiosos testimonios históricos.

En cuanto al vocabulario, aparecen expresiones propias del habla de la gente del campo, como así debe ser, aunque con uso moderado (semos amigos de altiro, los probes, el respeuto, etc.). Como lo desig-

nan los campesinos, "andantes" son las bestias del campo y por no decir "puercos", surge el eufemismo de "los de la vista baja". Guaparra es el machete del campo. Clarión es la trompeta corta que también se conoce por claro. Media hanega, hoy se dice "medianega", es la guitarra quinta de cuerdas dobles, que también llaman simplemente quinta. Yoga es una honda, palabra que todavía se usa hoy con este significado, en la cultura náhuatl y tenec de la Huasteca Potosina. Cajonear la guitarra: se puede golpear desde el mango hasta la caja acústica con el pulgar o la palma de la mano, según convenga, para dar tiempos, redobles o remates.

Se ignora la fecha en que Othón escribió o publicó este cuento. Reproducido por Miguel Bustos Cerecedo en *Manuel José Othón, Poesmas y cuentos*. México, Secretaría de Educación Pública, Biblioteca Enciclopédica Popular, No. 39, 1945, p. 72- 83.

Encuentro pavoroso

El escenario del cuento es el campo bajo la noche. Escrito en primera persona, acaso pudo ser una experiencia vivida, o por lo menos una conseja oída por Othón.

Aquella noche en el trópico, emprendió una caminata sobre poderosa mula, acompañado por un mozo que regresó luego a la ciudad de donde partieron, para recoger unos importantes papeles; con lo que el protagonista tuvo que hacer el viaje solo. Tres veces se espantó la mula, tal vez advirtió un jaguar, tal vez una serpiente. Pero el movimiento que hacen las bestias en presencia de una serpiente, no tenía nada en común con aquellas muestras de terror de la mula; interesante observación que supone el conocimiento de Othón en los secretos del campo.

De pronto, una figura. Sobre un asno negro, venía a horcajadas un hombre espantable de ojos fríos como un vidrio verde que puso un inconcreto y terrible miedo en la montura y en el jinete.

Prosiguiendo el viaje, asediado aun por el temor, se topó, con unos hombres que descifraron el misterio pavoroso. En rancho vecino, la tarde anterior, ocurrió una riña a mano armada en la que sucumbió uno de los rijosos. El asesino huyó y, para evitarse molestias, la gente puso el cadáver consignado a la autoridad -tal como el viajero lo encontró-, a horcajadas sobre un asno.

Ya de mañana, llegó aterrorizado y casi loco el mozo; también él había sufrido el encuentro pavoroso. "Supersticioso como toda la gente

campesina -comenta Othón-, el mozo creyó que era cosa del otro mundo ", enfermó de inmediato y murió al poco tiempo por el susto.

Con este argumento sencillo y lineal, Othón logró construir un interesante relato de fácil prosa donde luce, además, el paisaje y el estado de ánimo que desencadenó el pavor. Interesa el párrafo, sin duda autobiográfico, con que el relato casi comienza: " Yo estoy habituado a la soledad de los campos, en las montañas, en los bosques y en las llanuras. He pasado muchas noches en una choza, debajo de un árbol, de un peñasco o a la intemperie absolutamente, sin más compañía que la de mis pensamientos".

En 1902, Othón proyecta la publicación de tres cuentos -los cuentos de espantos: *Encuentro pavoroso*, *Coro de brujas* y *El nahual*- en el periódico que dirigía su amigo, el licenciado Rafael Reyes Spíndola, tal como lo expresa en carta a Juan B. Delgado, del 30 de julio de ese año: "En *El Mundo Ilustrado* saldrán próximamente tres cuentos míos de los que he enviado ya dos, y por el correo de hoy enviaré el tercero. Son una serie" (Manuel José Othón. *Epistolario*, glosas, esquema, índice y notas de Jesús Zavala. México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1946, p. 61).

Lo cierto es que estos cuentos se publicaron en 1903 y los tres dedicados, con devoto afecto, al licenciado José López Portillo y Rojas (1850-1923), "mi querido Pepe". Nacido en Guadalajara, su fama de escritor descansa en su producción novelesca y en el cuento; ejerció la docencia y la política.

En carta a Juan B. Delgado, del 12 de marzo de 1903, Othón escribía: "Le encargo muy particularmente la corrección de las pruebas; si encuentra repeticiones u otros defectos, quítelos; pues los *cuentos de espantos* los escribí a vuela pluma y apenas pude corregirlos. Que no se vaya a olvidar la dedicatoria a Pepe López Portillo" (*Epistolario*, loc.cit. p. 80).

Othón dedicó *Poemas rústicos* "A la ciudad de Guadalajara"; ahí nacieron su esposa y sus grandes amigos, López Portillo y Rojas, Manuel Puga y Acal y el general Bernardo Reyes, su generoso mecenas. A

su vez, López Portillo y Rojas consagró al poeta el bello *Elogio a Manuel José Othón* (México, Imprenta de Ignacio Escalante, 1907; y en las *Obras* de Othón de 1928, loc.cit. Tomo I, p. XV - XLI). Reprodujeron este cuento, Bernardo Ortiz de Montellano en *Antología de cuentos mexicanos* (Madrid, Editorial Saturnino Calleja, S.A. 1926, p.69-81); y Manuel González Ramírez en su sección "Antología del cuento mexicano" del periódico *Novedades* (México, año XIX, no. 3281, 26 de diciembre de 1948).

Othón lo publicó en *El Mundo Ilustrado* (México, 28 de abril de 1903). De los tres "cuentos de espantos", existen los originales en la Biblioteca de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí.

Coro de brujas

Otra vez el escenario campestre, la hacienda Noria del Aguila, cuya dueña, doña Pancha, es hábil curandera de cualquier enfermedad, mediante palabras y prácticas extrañas, la saliva, el huevo de gallina prieta y todo ello mezclado con oraciones de la fe católica. Su administrador, don Carpio, anda en los mismos pasos, sólo que como astrólogo adivinando tiempos, lluvias, cosechas; en caso de fallarle los pronósticos, entierra el *Catecismo del más antiguo Galván* junto con oraciones a San Antonio Abad y a San Isidro Labrador.

Ante el pánico que se apoderó de los campesinos al descolgarse de las nubes una tromba, la curandera y el astrólogo, armados de cuchillos, dispararon estocadas y bendiciones sobre el peligro celeste que se resolvió en descomunal aguacero.

Entre bromas y veras, Othón nos descubre el submundo de las fuerzas misteriosas y ocultas -brujas, demonios, aparecidos, hechiceros, amuletos- que con tanta frecuencia sojuzgaron el alma y la vida del campesino de ayer y que, aún ahora, no han desaparecido del todo. Sin proponerse un fin moralizante, Othón lo consigue al desenmascarar lo que hay en el fondo de las supersticiones.

Tal es el caso central del relato. Apenas anochece, don Carpio percibía una voz extraña que lo llamaba por su nombre con mezcla de carcajadas y maldiciones entre un aleteo como de aves monstruosas. El fenómeno se repetía cada noche con más horrible estrépito que los

aquelarres de la noche de Walpurgis.

Othón publicó en 1897, el poema *Noche rústica de Walpurgis* que consta de 22 sonetos y después incluyó en sus *Poemas rústicos*. Walpurgis es el nombre de una montaña de Brocken -que es la cima más elevada del Harz, Alemania, en cuya cumbre, según leyenda de la Edad Media, el día primero de mayo las brujas se reunían con el diablo en conciliábulo. Goethe inmortalizó esta noche en su *Fausto*, que ha dado también origen a otras muchas obras literarias y artísticas.

En carta del 12 de marzo de 1903 a Juan B. Delgado, Othón le suplica: "Rectifique la ortografía de la palabra Brooken, que va en el cuento. Es el nombre de una montaña del Harz donde, según la leyenda alemana -vea el *Fausto* de Goethe-, se celebraban los aquelarres en la noche de Santa Walpurgis" (*Epistolario*, loc.cit. p. 81).

El narrador del *Coro de brujas* -que escribe en primera y en tercera persona-, había averiguado que don Carpio había dejado los amores de una moza, cuya madre era hechicera, por los de otra a quien ya había ofrecido matrimonio.

- ¿Luego continúan las brujas viniendo?, preguntó el poeta.

- Sí, señor, no hay noche de Dios que esas condenadas no vengan y hasta he tenido que recurrir a tata Prisco. Un viejo descomulgado, único capaz de repeler brujas y demonios que resisten hasta el agua bendita y a los exorcismos del señor cura; porque tiene un pedacito de la reata con que se ahorcó Judas Iscariote.

- Voy a ver si yo puedo hacer algo por usted.

Llegada la noche, comenzó el coro de brujas. Othón empuñó la carabina, llevó consigo "un fragmento de la cruz en que murió San Dimas el buen ladrón" y, atravesando la casa, llegó al corral acompañado del aterrorizado don Carpio. Luego de matar a dos pájaros con certeros tiros, descubrieron entre la nopalera a la ex-novia y a la ex-suegra de don Carpio, contra quienes éste descargó su cólera a cintarazos. Las brujas eran sencillamente unos pájaros y unas mujeres.

Vocabulario:

- *in capite*: frase latina, a la cabeza;

- culebra: "así llamaban las trombas en lenguaje rústico", aclara el propio Othón;

- amonestaciones o proclamas matrimoniales para realizar las investigaciones que deben preceder al matrimonio;

- prinson: vulgarismo mexicano por pesadumbre, melancolía;

- susidio, dicese también susirio: inquietud, sobresalto, angustia, desasosiego, aflicción;

- teniente: falta de oído, Othón se hacía el sordo;

- guimbalet: palanca con que se da juego al émbolo de la bomba.

Pérdida del cuento. Othón envió *Coro de brujas* para su publicación en *El Mundo Ilustrado*; pero se extravió y, para colmo, no tenía copia. Así escribe a Juan B. Delgado en carta del 17 de agosto de 1902: " Si el cuento no aparece, tendré que escribirlo, y no el mismo, sino otro; pues tocó la maldita casualidad de que yo, que jamás me da por el humorismo, estaba en circunstancias tales que naturalmente me brotó el cuento en un estilo fácil y humorista. Tendría, para repetirlo, que ponerme en el mismo estado de ánimo, lo cual es casi imposible. Así es que para completar la serie, si el perdido no aparece, escribiré otro completamente distinto". (*Epistolario*, loc. cit. p. 65). La serie, a que se refiere Othón, es el conjunto de los tres "cuentos de espantos".

Meses adelante, en carta al mismo Delgado, del 12 de marzo de 1903, añade: " Por fin pude rehacer el malhadado cuento que se perdió. No puede usted imaginarse el trabajo que me costó; pues cometí la imprevisión de abandonar las cuartillas del borrador y se dispersaron; de manera que sólo ateniéndome a mi memoria y a los brevísimos apuntes que tengo en mi cartera, emprendí la obra de escribirlo de nuevo ". (*Epistolario*, loc.cit. p. 79).

En la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, existen dos manuscritos de este cuento; uno, incompleto. *Coro de brujas* fue publicado en *El Mundo Ilustrado* (México, 3 y 10 de mayo de 1903).

El Nahual

Título del cuento. Nahual o nagual, del náhuatl "nahualli" que significa brujo. " Fue el espanto de los campesinos de la Nueva España; la imaginación lo representa bajo figuras espantosas y extravagantes. Ya era un viejo transformado en horrible animal. Ya un anciano de ojos escoriados y sin pestañas, de rostro despellejado y sonrisa diabólica, cubierto el cuerpo con plumas. Los primitivos nahuales fueron sacerdotes idólatras que, rebeldes a la nueva religión, trataron de conservar las creencias que habían conservado de sus mayores" (Luis González Obregón, *México viejo. Epoca colonial*. México, 1940).

A su vez, Virginia R. de Mendoza afirma que el nahual fue la creencia supersticiosa de origen precortesiano, según la cual se atribuye el poder con que una persona adquiere la forma del animal que le sea afin. ("El nahualismo en el folklore mexicano" en *Anuario de la Sociedad Folklórica de México*. México, VIII, 1951, p. 123-137).

"El nahual era un indio brujo y hechicero que se suponía ser viejo, desaliñado y de grandes ojos colorados que solía transformarse en perro lanudo" (Luis Cabrera. *Diccionario de aztequismos*. México, Ediciones Oasis, S.A., 1974, p. 97).

Othón trató el tema del nahual y de las brujas en 3 de los 22 sonetos de la *Noche rústica de Walpurgis* de 1897: *Intermezzo*, *Las brujas* y *Los nahuales*. Esta "sinfonía dramática", como la llamó el propio poeta, evoca las sombras pavorosas, voces y clamores lúgubres, fuegos fatuos, alari-

dos de animales, coros y aquelarres de brujas y esos hechiceros misteriosos que son los nahuales, toda la mitología regional creada por la imaginación del campesino. De la poesía, pasó el tema al cuento.

El cuento, escrito en primera persona, el relato refiere una aventura cierta o supuesta de Othón -con la superstición al fondo, que tan bien conocía-, cuando marchó a la montaña a cazar venados. "Yo soy tenacísimo e infatigable cuando de montería se trata y no le doy punta hasta que logro derribar siquiera una pieza de las que me propongo perseguir". Confesión autobiográfica.

Mientras contemplaba el campo -"el campo es triste, inmensamente triste", lo dijo el poeta en prosa y verso-, vio cómo de un jacal cercano, un coyote traía en el hocico una gallina negra. Cuando Othón quiso dispararle, el animal torció el rumbo y escapó. En vano lo persiguió a caballo y, buscándolo a pie, se topó con un viejo repugnante entre andrajos nauseabundos. (La descripción tiene la mejor tinta negra para retratar a un nahual).

- ¿Dónde está el coyote que brincó por aquí?

- No lo he visto, padrecito.

Al rodar unas piedras de la cerca, se movió el sombrero del viejo como si lo impulsara una fuerza oculta; una gallina prieta salió aleteando aturdida.

Como en los dos cuentos "de espantos" anteriores a éste, tras la presencia de lo maravilloso, sigue la explicación clarificadora.

Othón se dirigió al jacal de donde el coyote había robado la gallina. Llamó a las dueñas con el saludo "sacramental" de entonces:

- Ave María.

- En gracia concebida.

Las mujeres le contaron que todos los días, el coyote hurtaba una gallina o "con perdón de su mercé, un puerquito". Así las cosas, Othón invitó a unos hombres a perseguir el coyote siguiendo sus huellas. ¿Cómo reaccionaron los campesinos?

- Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar, y se persignaron. Dicen que por aquí vive un viejo muy malo, tiene pacto con el diablo, se

vuelve coyote o cualquier otro animal. Es nahual.

Tras intensas correrías, no encontraron al coyote. Un año después, un leñador encontró al viejo muerto en una cueva. Quiso rescatarlo de ahí, pero un coyote le impidió el paso como cuidando a su amo. Cuando el leñador logró entrar, el coyote lamía el cadáver con grandes muestras de cariño y dolor. Un viejo enfermo y solitario había explotado la credulidad en nahuales de los ingenuos campesinos con la ayuda de su fiel coyote que le traía de comer. El final del relato evoca cierta ternura de florecillas franciscanas.

El nahual fue publicado en *El Mundo Ilustrado* (México, año X, tomo 1, núms. 20 y 21 del 17 y 24 de mayo de 1903). Reproducido en *Manuel José Othón. Poemas y cuentos*. Selección y prólogo de Miguel Bustos Cerecedo (México, Secretaría de Educación Pública. Biblioteca Enciclopédica Popular, núm. 39, 1945, p. 61 - 71). Reproducido, al año siguiente en *Cuentos mexicanos del siglo XIX*. Selección, prólogo y notas bibliográficas de José Mancisidor (México, Editorial Nueva España, S.A., Colección Atenea, núm. 19, 1946, p. 479 -499).

Vocabulario. El saludo de antaño, que era una invocación y aceptación de esta verdad mariana: Ave María, y su respuesta: En gracia concebida. Tuvo también esta variante: Ave María Purísima, sin pecado concebida, o la antigua "octavilla":

"Poco cristiano sería
el que a esta puerta llegase
y por vergüenza dejase
de decir: Ave, María;
y menos aquél que oyese
esta palabra de vida
no respondiera diciendo:
Sin pecado concebida".

Vocativos respetuosos para dirigirse a persona desconocida o mayor: Su merced, padre o padrecito santo. Fuella: procede de huella con hache aspirada, fenómeno lingüístico que se oye en el campo (la huella que dejaba el coyote); fuellerío: la serie, la cantidad de huellas. Choquezuelas son las rótulas.

Colofón

Manuel José Othón pudo, acaso, afirmar de sus cuentos lo que diría de su obra Jorge Luis Borges: " No escribo para una minoría selecta, que no me importa, ni para ese adulado ente platónico cuyo apodo es las masas. Descreo de ambas abstracciones, tan queridas por los demagogos. Escribo para mí y para mis amigos, y para atenuar el curso del tiempo".

J.A.P.

CUENTOS

El padre Alegría

Tradición Potosina

I

El año de 1814 era San Luis Potosí una población muy distinta de lo que es en la actualidad.

Si alguien de los que la habitaron en aquel tiempo y murieron, luego resucitase y la viese en el que corre, estoy muy seguro de que se creería transportado a París, la capital del mundo moderno, con todos sus grandiosos edificios, sus jardines, sus plazas, sus hoteles, sus templos.

Nuestra capital era un verdadero pueblo; unas cuantas calles desempedradas, torcidas y estrechas; una plaza desmantelada y polvosa y los tradicionales cementerios de los antiguos templos con sus viejos y descascarados muros, sus árboles raquíticos y su aspecto sombrío y triste formaban el conjunto de la pequeña y melancólica población.

Ciertamente que no hemos adelantado gran cosa; pero sin embargo, de entonces acá, la diferencia es extraordinaria. Nuevas plazas hechas en el lugar que ocupaban los cementerios; dos bellos jardines, la magnífica calzada de Guadalupe, el alegre paseo de la Alameda, el hermoso edificio del Instituto, la Catedral, el doble o triple número de edificios y calles, el empedrado de éstas y el alumbrado que entonces no lo había, han venido a cambiar completamente el aspecto de la entonces

triste y desmantelada capital.

Agréguese a esto el pavor y la alarma de sus habitantes a causa de los continuos sobresaltos de la guerra, que hacía cuatro años invadía el país, y se tendrá una idea de la vieja ciudad en cuyo seno nos cupo la dicha de venir a este mundo, no sabemos si para dicha o desdicha nuestra.

Hechos estos pequeños, pero necesarios detalles, pasemos a la narración de nuestra verídica historia que anda en boca del pueblo y que ha pasado de generación en generación, de abuelo a nieto y de viejas ayas a chiquillos llorones y desvelados, hasta llegar a los oídos del autor, el cual la hace pasar a los de sus lectores, si tienen la paciencia y se quieren tomar la molestia de escucharla.

II

Vivía por esos años en San Luis un clérigo muy conocido de todos y apellidado por el pueblo el padre Alegría. No se crea que éste era el nombre de aquel venerable clérigo, quien en otro tiempo fue religioso franciscano y que se había secularizado a causa de la rigidez de la regla establecida por nuestro Seráfico Padre. No, aquel padre se llamaba Francisco Romboso, y en el convento había sido conocido con el nombre de Fray Francisco del Sagrado Corazón.

El apodo de Alegría le vino sin duda por tener un genio muy vivo, chispeante y decidor, ser amigo de fiestas y godornios, visitar mucho a sus amigos, jugar con ellos al tresillo o al tute y no excusarse cuando le ofrecían alguna copilla del sabroso vino extraído de nuestros magueyes, que era el único que se acostumbraba, pues tenía probadas perfectamente todas sus propiedades higiénicas y sabía que era un licor verdaderamente estomacal.

Dicho esto, fácil es comprender por qué el venerable padre no pudo resistir la severa regla del Convento, que tan mal se avenía con su carácter alegre y decidor; y se había secularizado con gran júbilo de los demás hermanos, que, dicho sea de paso, no estaban bien avenidos con las bromas un poco pesadas que continuamente les hacía pasar.

Por lo demás, el padre Alegría era generalmente querido de todos y principalmente de sus hijas de confesión, que en obsequio de la verdad es necesario decir, no le llamaban con tan irrespetuoso mote, sino con el cariñosísimo nombre de "el padre Paquito".

Para ellas aquel varón era un santo, y se escandalizaban, santiguándose, cuando oían contar alguna cosilla "non bona" de su immaculado padre espiritual.

No vaya a creerse, sin embargo, que el padre Alegría faltaba a sus obligaciones, nada de eso. Decía misa en la Parroquia a las siete de la mañana (salvo que estuviera desvelado, porque entonces la decía tarde o no la decía), rezaba el oficio divino no sabemos si completo, confesaba, auxiliaba a los enfermos cuando se le llamaba y salía algunas veces en la procesión del Santo Entierro.

Generalmente después de comer, lo cual hacía a las mil maravillas, dormía dos y hasta tres horas de siesta. Concluida ésta, tomaba chocolate con abundancia de bollos y salía luego a dar un paseo por las calles. Iba a la tienda de Don.....en la cual se reunían varios individuos a hablar de las audaces hazañas de Calleja o de los insurgentes, y daban su opinión sobre el atentado atroz que se hacía en la persona del Rey Nuestro Señor, queriendo sacudir la blanda cadena de su no insoportable tiranía. Por las noches iba el padre Alegría a casa de Don Próspero Fragallas, licenciado de gran abdomen y de extraordinaria verbosidad, en cuya sala se juntaban Don Lucas Argüelles y Don Cruz Torreja a jugar a la consabida y tradicional partida de tresillo.

Nos falta solamente hacer el retrato de nuestro protagonista. Era un hombrecillo regordete de baja estatura, cabeza grande, frente pequeña, ojos vivos y redondos, labios gruesos y color moreno tirando al de la melcocha. Su andar era ligero y el timbre de su voz gravemente almibarado. Ya hemos dicho que su conversación era chispeante y divertida.

III

La vida del venerable padre transcurría feliz y sin sobresaltos ni cuidados de ninguna naturaleza.

Una mañana del mes de diciembre, fría y nublada como casi todas las de invierno, el padre Alegría fue a dar misa a la Parroquia; acabada la cual y después de tributar gracias a Dios, se encaminó a una pieza destinada para fumar y otras cosas, no del ministerio sagrado, que estaba contigua a la sacristía.

Allí le esperaba el abundante desayuno, consistente en una enorme jícara de chocolate, un no menos grande púlpito de leche y una soberbia bandeja llena de bollos y rosquillas, no faltando por supuesto un plato que ostentaba orgullosamente una inmensa pirámide de manteca.

El Padre Alegría, después de enjuagarse repetidas veces la boca, se sentó frente a frente de aquel fortificante almuerzo y se dispuso a atacarlo, ni más ni menos como Judas Macabeo se prestaba al ataque contra los enemigos de Israel.

Le acompañaba Don Antonio Jaramillo, sacristán de la Parroquia, de quien era gran amigo nuestro reverendo sacerdote.

❁ -¿Qué tal, Padre? ¿Cómo va esa salud? preguntó solícitamente Jaramillo.

-Bien, perfectamente bien; yo ando como una máquina de reloj -contestó el padre Paquito- hablando apenas lo que permitía el gran cargamento de bollos, chocolate y leche que había introducido en la ya despoblada boca.

-Lo celebro. Así podrá su paternidad concurrir gustoso a una fiestecilla que tengo en mi casa esta noche.

-Que me place -dijo el clérigo poniendo los ojos aún más redondos y chispeantes de lo que los tenía. ¿Y a honras de?.....

-Es el bautizo de mi octavo hijo -dijo el sacristán.

-¡Hombre!, a ese paso va a convertir su casa en un arca de Noé. Lo digo por el familión.

-¿Qué quiere usted? Cuando uno no tiene otra cosa que hacer...

-¿Y en qué consiste esa fiestecilla?

-Nada, cualquier cosa. Un bailecito así, modesto, por supuesto inocente como todas las fiestas de los cristianos.

-Ah, sí, sí, por supuesto. Pues cuente usted conmigo -dijo el padre

dando el último sorbo de chocolate y sepultando en su abdomen la última empanada que quedaba en la bandeja. - A mí me agradan sobremanera esas honestas diversiones. -¿Qué quiere usted? -añadió raspando estrepitosamente y arrojando una inmensa flema que con gran estruendo fue a caer sobre una silla adhiriéndose fuertemente a uno de sus barrotes. -¿Qué quiere usted? Cuando uno es viejo, disfruta viendo disfrutar a los demás. Con que hasta la noche.

Y después de encender un cigarro y de embozarse en el manteo, salió de la Parroquia y se dirigió a su casa pensando en la agradable noche que le esperaba.

IV

Llegó a su casa. La mañana siguió fría, muy fría y nublada. El cielo cubierto de una capa plomiza y espesa. Comenzó a desprender sobre la tierra una ligera y menudísima lluvia.

El padre Alegría encerrado en su habitación, reducido cuarto con ventana a la calle, una mesa de pino sobre la cual había un crucifijo, varios libros y una charola de naranjas, un sillón de baqueta y una cama de madera con tres sillas de tule. Una vez instalado en ella, cerró la ventana dejando sólo abierta la parte superior, tomó el breviario y empezó a rezar el oficio divino de ese día: "Deus in adiutorium meum intende... adiutorium nostrum in nomine Domini". Murmuraba entre dientes, cuando la puerta se abrió y penetró la señora Casilda, ama del venerable Romboso, matrona de cuarenta años, alta, fornida, morena, de mejillas abultadas y rojas, dientes blanquísimos y parejos, labios gruesos, nariz roma, ojos negros, y cejas y cabello espesos.

Al verla entrar el padre frunció el entrecejo, se paró, cerró el breviario y lo dejó sobre la mesa.

-Casilda, le dijo, ¿Sabes que el sacristán bautiza hoy al nuevo individuo de su numerosa prole?

-Sí, contestó el ama. Me lo dijo Juanillo, el mónago de la parroquia ¡Ay!, añadió echando un suspiro. Eso de tener familia...

El padre Alegría se inmutó ligeramente.

-Eso de tener familia -continuó la venerable matrona- da mucho quehacer a los que pueden tenerla, pero más aún a los que no pueden.

El Padre sintió un ligero estremecimiento que dominó aparentemente y aparentando sangre fría, repuso:

-¡Bah! Eso no vale nada, por cualquier cosa te apuras. Cuando se llegue el caso que tú temes tanto, yo lo arreglaré todo. Más me interesa a mí que a tí. Y agregó después de un instante en que procuraba engañar a su propia conciencia, apartando de su imaginación aquello que lo mortificaba.

-Vete.

El ama, después de dejar sobre la mesa un plato de empanadillas y una botella, salió entornando la puerta cuando estuvo fuera de la habitación.

El padre se quedó silencioso, pensativo, con el breviario en la mano, y ya no rezó.

V

Llegó la noche. El frío y la lluvia seguían penetrantes, molestos, haciendo más sombrío, más triste el aspecto de la población, cuyas calles se habían puesto intransitables a causa del lodo y los charcos que había en ellas.

El padre Alegría, luego que oyó sonar las ocho, se envolvió en su manto, se caló el sombrero, empuñó el bastón y salió de su casa, que es necesario decir quedaba por la calle conocida con el nombre de "Los Burros".

A pasos medidos y lentos se encaminó a la Plazuela de la Alfalfa, en la cual quedaba la casa de Jaramillo. Para este efecto tuvo que atravesar toda la ciudad, llenándose de lodo y de agua hasta las rodillas.

Llegó a la casa del sacristán y penetró a la sala del baile en donde fue muy bien recibido. La mayor animación reinaba en aquel recinto. Ya había tenido lugar la ceremonia del bautizo en la parroquia y ya iba a dar principio el bailecito. Era una reunión de confianza. Los que han visto esta clase de fiestas me concederán que no puede haber nada más cursi

que esto. Casi, casi rayano en ordinario. El baile, dice un escritor, es la orgía en pequeño, y es verdad. Aquello no desmentía tal dictado.

La música, bastante desafinada, preludió un minué, que se aprestaron a bailar la hija mayor del sacristán y don Cruz Torreja, el flebotomiano. A esta pieza se sucedió una contradanza, a ésta unas cuadrillas, hasta que al último, cuando el vino había desempeñado un importante papel, se sucedió tal confusión de gritos, música, bailoteo, ruido de sillas que se rompían, copas que se chocaban, vasos y botellas que se quebraban, cantos, golpes, etc., que aquello presentaba un aspecto verdaderamente infernal.

La salita estaba envuelta en un atmósfera de humo. Todos fumaban. La luz escaseaba; cuatro o cinco velas de cebo alumbraban aquella Torre de Babel.

Como se verá por la anterior descripción, aquel sarao no tenía nada de aristocrático. El buen tono no había tenido allí entrada. Era un bailcito de medio pelo. El padre Alegría no pudo resistir aquello, y huyendo del desorden, y más que todo, de la pesada conversación e insoportables expansiones de una hija de confesión que allí estaba, salió huyendo de aquella casa, cansado, aburrido, y más que todo, lleno de ese profundo desaliento que queda en la conciencia cuando sus gritos han sido acallados a la fuerza.

En vano fue instado por sus amigos para que se detuviera. En vano su hija de confesión que era una vieja de sesenta años y flaca, con un gran pescuezo lleno de cuerdas y pellejos, le instó levantando las manos y contoneando su escueta cintura a que se quedara para que oyera una canción con que iba a regalar los oídos de la concurrencia. El padre Alegría estaba resuelto, y se lanzó a la calle.

VI

Una profunda impresión le preocupaba. La oscuridad era profunda. Andando despacio, muy despacio para no caer, y alargando el bastón para saber donde había charcos y no meterse en ellos, el Padre se dirigió a su casa rozando las paredes para ir más seguro y no perder el

tino.

Había andado dos o tres cuadas. La soledad era completa y la lluvia aumentaba. El frío penetró los huesos del Padre, y a su contacto glacial las brumas de su frente fueron desapareciendo. La pesadez que sentía en su cerebro se iba haciendo más ligera a medida que el viento de la noche le refrescaba.

Pero una idea, no sabemos cual, seguía preocupándole profundamente. El pensamiento del padre era un volcán espantoso. La oscuridad era cada vez mayor y la soledad le daba miedo. De repente oyó un rumor lejano. Este crecía, crecía por momentos, ruidos de pasos, de maderas que se chocaban; ceceo de voces, murmullos de una conversación sostenida en la oscuridad.

Al dar vuelta a la calle que de la huerta del Carmen conducía al convento de San Agustín, una docena de hombres envueltos en la oscuridad con largas picas en las manos y un melancólico farolillo que casi no alumbraba se presentó a la espantada vista del padre Alegría, haciéndole parar sorprendido.

Uno de aquellos hombres se acercó a él alumbrándose la cara con el farolillo.

-¿Quién va?, dijo. Y añadió, reconociéndole:

-¡Ah!, ¡si es el padre Paquito!

-El mismo, hijos míos, el mismo, dijo el padre más tranquilizado. Los había reconocido. Era la ronda.

Esta siguió su camino sin preocuparse mucho del encuentro con el sacerdote, sin duda a causa de la frecuencia de tales paseos. El padre siguió también su camino tomando la calle que hoy se llama de la Alameda, con dirección del convento. El encuentro con la ronda le había ahuyentado por completo aquellas sombras molestas y vagas que empezaban a enseñorearse de su imaginación y que le habían hecho abandonar la fiesta.

-¡Bah, bah!, se dijo. Soy un estúpido. ¿Acaso no soy hombre? ¿Soy el primero que?... Es una necedad. Y ya tranquilo hasta pensó volverse a la fiesta del sacristán en donde tomaría una parte más activa; pero el

frío y el sueño le hicieron pensar en su cama y en los goces de la pereza, más aun en una noche como aquella.

Ya completamente tranquilo, siguió adelante hasta llegar a la calle que desemboca de la puerta del convento de San Agustín a la Plazuela del Carmen. Al torcer a mediados de la calle y a mano izquierda, vio la ventana de una casa completamente iluminada, y de la cual salía una gran claridad. Allí había gente en pie indudablemente. ¿Qué podría ser? Un bailecito, una tertulia, cualquier diversión. Los ojos del padre brillaron de satisfacción en la oscuridad, y frotándose las manos, se dijo:

-Pues señores, está escrito que me he de desvelar. Yo huyo de la fiesta y la fiesta me busca. ¿Qué vamos a hacer? Aunque sea un momento. Y puede ser que sea ésta superior a la otra. Sí, sí. No hay duda. La calle es más céntrica, la familia debe ser más acomodada. ¿Y quién vive allí?...No recuerdo. Pues veremos, han de ser conocidos por fuerza.

Y diciendo y haciendo adelantaba hacia la casa. A medida que avanzaba más veía la luz que salía de la ventana. Ésta se proyectaba en la pared de enfrente, pero de un tamaño colosal. La calle estaba completamente negra, y aquel jirón de luz que se escapaba de la ventana no alumbraba mas que el cuadrilátero que abrazaba en la pared.

Llegó a la puerta de la casa, que estaba entornada. Empujó, se abrió la puerta cediendo con facilidad y penetró. A la derecha del zaguán quedaba la puerta de la sala donde salía la luz. Estaba completamente iluminado el pequeño espacio de aquel corredorcito, quedando todo lo demás en la oscuridad.

No había gente en el patio ni se oía ruido; indudablemente estaban en el fresco. El Padre así lo pensó y se dirigió rectamente a la sala...

Esta estaba sola, pero alumbrada; en el suelo y completamente en el centro, el cadáver de un hombre descansaba entre cuatro miserables cabos de vela, pero tan pequeños que las llamas de ellos rozaban con el suelo estirándose sobre él como una lengua roja que lo acariciaba lamiéndolo. La cera derretida corría por los ladrillos que servían de candelero.

Figúrate, lector, la sorpresa del padre Alegría. De la alegría que

esperaba sentir ante el espectáculo de una fiesta al profundo estupor de encontrar aquel cuadro sombrío y tétrico, hay la misma diferencia que entre el amor y el olvido, entre la luz y la sombra, entre la vida y la muerte.

Aquello no tenía nada de particular. Un cadáver que está tendido esperando impasible y frío la hora de ser llevado a la última morada, es una cosa común y corriente que nada tiene de extraño, aunque sí de triste. Pero el padre se sorprendió porque no era aquel el espectáculo que se esperaba, sino otro de índole completamente distinta.

Por esta razón se quedó mudo, helado, frío como el propio cadáver. Sus ojos giraban vertiginosamente en las órbitas y la sangre había dejado de circular al parecer. Pasado el primer momento de estupor, comprendió que aquello nada tenía de particular y acordándose de que era sacerdote, con voz pausada y grave, murmuró un responso terminando:

-Requiem aeternam dona ei, Domine...

Ya se disponía a salir, cuando observó que las velas estaban reducidas a su más simple expresión y que una de ellas ya se había apagado, mientras que las otras pugnaban todavía por alumbrar.

-Vaya, se dijo, han dejado este cadáver solo y las velas se están apagando. ¡Qué ingratitud! Y se dirigió al interior de la casa.

Todo estaba solo, completamente solo. La oscuridad era completa y los pasos del sacerdote retumbaban en el silencio y la soledad. No había muebles, ni animales, ni gente.

-Se han cambiado, dijo el Padre. Pero esto es una indolencia que no tiene nombre. ¡Dejar solo a un desgraciado que se muere cuando debían estarlo velando sus deudos!...

El padre, protestando contra tamaña felonía se dirigió al zaguán, echando una última mirada al cadáver. Un estremecimiento involuntario agitó todo su cuerpo. Pronto se repuso y observó que aquel hombre y su familia debían ser extraordinariamente pobres. El traje que vestía el cadáver así lo indicaba. La compasión vino a albergarse en el alma del padre, se lamentó no traer consigo una moneda para dejarla junto del

cuerpo.

Pero con la intención de volver al otro día a socorrer a aquella pobre familia que acaso quedaba en la orfandad a causa de la suerte de aquel hombre y con el objeto de echarle una reprimenda por su falta de sentimientos, se dirigió el padre a su casa pensando sólo en lo que acababa de ver. Aquel espectáculo le había preocupado profundamente.

Llegó a su habitación, y después de luchar con aquel recuerdo que le quitaba el sueño, pudo más el cansancio y la materia y la figura del muerto se fue borrando, borrando de la imaginación del padre, hasta desaparecer completamente. Entonces se quedó dormido...

1879.

El último trovador

En la muerte de Zorrilla

A José G. Rostro

I

Gimen las campanas con tristeza. Los huecos de la torre abren su boca para lanzar a los aires el sollozo de metal; y en lo más alto la veleta gira rechinando con angustia. Las puertas de la gótica iglesia están de par en par abiertas; se ha roto la enmarañada selva de hojas y flores en el postillo tallada, y ángeles, demonios y endriagos embobados asoman sus inmóviles mascarones por entre los espesos follajes de madera. Un rato pálido del sol moribundo rompe la capa gris de las nubes, yendo a quebrarse en las deslustradas cabezas de los clavos que remachan los barrotes; y los rosetones de cobre, heridos por aquella última luz, semejan ojos que parpadean enrojecidos por el llanto.

Fronteros a la iglesia se empinan los arruinados torreones del castillo. En sus sillares carcomidos arraigan la yedra y el jaramago que trepan hasta las almenas, para sacudir su melena coronada de hojas cenicientas y campánulas moradas. En el hueco que formó un sillar al zafarse, acurrúcase la lechuza, lanzando al espacio su espeluznante chirrido; y una pareja de cigüeñas fabrica su nido sobre el viejo escudo de piedra. La noche cae y la ventana de la torre menos ruinoso no se abre; ni por sus celosías se escapa débil rayo de luz, como en ya idas y nunca

venideras vegadas. La princesa doña Luz no saldrá a oír al enamorado requiebro del amante misterioso, pero ni éste vendrá a rondar la desmoronada barbacana, porque oye voltear la esquila que sigue gimiendo en el campanario, como viuda desconsolada en la desierta alcoba. El rey Egica no estará tampoco de espionaje acechando al incógnito rival que le arrebató el amor de su sobrina, porque ha oído los preludios del órgano, como los primeros hipidos de un sollozo. Reyes de armas y escuderos no cruzan por las prolongadas galerías, ni hacen retumbar las bóvedas con el descansar de los montantes y el arrastrar de las espuelas en el pavimento. Han escuchado rechinar la veleta con angustia en el viejo campanario del convento. Rey y castellana, alcaide y trovador, halconeros y pajes y nobles y pecheros, todos tienen que ir a la iglesia. La princesa doña Luz no abrirá esta noche su ventana.

II

Desde la torre de atalaya el vigía contempla una muchedumbre que se dirige al vetusto convento. El río, como gigantesco reptil se arrastra retorciéndose y gruñendo. En la ribera opuesta la vegetación se despliega lujosamente; y más allá se alzan las torres y minaretes de morisca ciudad. Bajo verde bóveda de naranjos en flor se desliza una multitud de galanes y doncellas, con su correspondiente séquito de pajes, rodrigones y dueñas. Por otra explanada descende distinto grupo que forman prelados y calonges, frailes y teólogos, coronistas y demás homes sabidores, a quienes acompañan un marqués trovador y dos fijosdalgo, también versados en la misteriosa ciencia del gay saber.

Atracan a la orilla barcas de todas formas; y las tripulan remeros de diversos tiempos y naciones. El condotiero luce su camisa azul, y el gondolero se reclina indolente sobre la retorcida proa de su embarcación. Empuñan también los remos otros hombres que muestran en su tostada faz huellas ardorosas del espléndido sol hispano y agrúpanse sin confundirse, los navegantes del Darro y del Genil, del Duero y del Piedra, del Tajo y del Guadalquivir. Todos ofrecen a los que de la ciudad descenden pasaje franco y cómodo. Hínchense los barcos, y la estela

que dejan al cruzar la líquida anchura, es tan luminosa como las constelaciones que salpican el cielo en las noches espléndidas de octubre.

Ya han cruzado el río y desembarcado en la árida ribera donde se levantan convento y fortaleza. Todos penetran en el abandonado templo; pero a la puerta quédase una multitud que no puede llegar hasta el recinto sagrado, porque los que la forman coronan sus cabezas con el turbante de Mahoma o llevan en sus manos el amarillento pergamino que contiene los versículos del Talmud. En el dintel, y reclinados sobre los postes de cantería, contemplan con dolorida faz la majestuosa ceremonia que en el interior ha comenzado, Hassán y Ben-Hagatín.

Álzase en medio de la iglesia un túmulo cubierto de paños negros. Sobre él descansa, dormido al parecer, venerable anciano. Corona su cabeza el laurel de oro que los Genios de la Alhambra fabricaron con arenas del Darro y del Genil. La desmelenada cabellera cae en blancos mechones sobre sus hombros, y la barba sobre su pecho descansa, como blanquísimo haz de hilos plateados. Calza espuela; cubre su cuerpo oscuro jubón de terciopelo, y pende de su cintura el brial de seda envolviendo su muslo hasta las rodillas. La desamparada lira, rotas las cuerdas, duerme como su dueño, para siempre, porque ninguna mano volverá a tañerla.

III

Bajo la anchurosa nave y en torno del túmulo se agrupan los que de distintos pueblos y naciones han venido, como llamados por la trompeta del último día. Hay en aquel recinto reyes y emperadores y pontífices. La corona condal de Castilla ciñe la frente de unos y la mitra episcopal corona algunas consagradas cabezas. Del grupo se desprende para acercarse más al muerto un hombre de baja estatura y altivo continente, limpia la faz de barba y aguileña la nariz bajo los ojos centelleantes. Al andar crujen sus rodillas con ruido de huesos que se chocan. Síguenle hasta cuatro mozos de insolente mirada y gentil apostura. Hay uno más hermoso y provocativo. Los retorcidos gavilanes de su tajante se prenden en una punta de la capa de anchos vuelos; y descansa la siniestra

mano sobre la empuñadura cuajada de brillantes y zafiros y resguardada por cincelado tazón. Lanza de vez en cuando miradas audaces al tupido enverjado del coro, del cual brotan los cantos de las vírgenes como pájaros escapados. Lo mismo hace el segundo, que calza botas hasta los muslos, cubiertos por riquísimas truzas acuchilladas, de oro y azul. Es que han distinguido entre las voces de las monjas el acento misterioso y enamorado de doña Inés de Ulloa y de Margarita la Tornera. El tercero, sobre cuyo pecho brilla la ferrada cota, no se atreve a mirar de frente al viejo Santo Cristo de madera que está pendiente, pálido y ensangrentado, bajo la repisa de piedra que forma el enorme cornizón del coro; es que teme verle otra vez bajar la desclavada mano y oír aquella voz trágica y solemne que hizo erizársele la piel y helársele la sangre en las venas. Juntos están allí, silenciosos y serios, como evocados por un conjuro, D. Juan Tenorio y D. Juan de Alarcón; Diego Martínez, el alferez de los tercios de Flandes, y el capitán Montoya.

Pero ¿quién va a enumerar la muchedumbre que en derredor del túmulo se agrupa? Todos vienen a las exequias del trovador inmortal que nació cuando se pronunció la primera sílaba de fabla castellana y que no morirá aun cuando se pierda en el vacío el último acento del romance. Hoy se despide únicamente de este mundo para ir a habitar a la gloria, donde su asiento estaba apercebido de antemano.

IV

Rompe el órgano en colosales armonías. Sus notas son las mismas que brotaron del despedazado laúd, y el coro de las vírgenes del Señor une su acento a la catarata de sonidos que se desborda de la concertada tubería. Empieza a suspirar el viento entre el follaje y a murmurar los ruidos nocturnos y los sones de la mañana. El eco contesta y las ráfagas gimen entre las cañas. Laméntanse las tórtolas en los sauces; cruje la hojarasca bajo el insecto y el viejo encinar sacude su melena. Fíltrase el arroyo en la escondida gruta, y sobre las piedras verdosas por el musgo caen con ritmo acompasado las gotas de agua como moléculas de cristal fundido. La gárrula esquila del rústico campanario canta a la aurora, y

balan las ovejas que se dirigen a la montaña. Luego sollozan las brisas, ríen las fuentes y zumban las abejas en torno a los panales. Poco a poco se mezclan a las sublimes salmodias voces de niños y oraciones de vírgenes: tiemblan los colibríes sobre las flores, y los grillos cantan entre las hendeduras de las piedras. Murmura el muecín desde lo alto de la mezquita una sura del Corán, y las campanas de la catedral cristiana, locas de contento, lanzan atronadora algarada desde la gótica torre a los espacios. Después va aumentándose el concierto con acentos más graves y solemnes. La bronca gritería de las insurrecciones va tronando lentamente y el estruendo de la batalla ruge sobre el ensangrentado campo. Estalla el volcán con hórridos fragores y la tempestad desencadena su ronca algarada de huracanes. Mézclanse y confúndense los salmos y las alabanzas y las imprecaciones; y el himno gigantesco que empezó por los hosannas del *Te Deum* crece con los sollozos del *Miserere*; adúnanse los hondos lamentos del *De profundis* y acaba reventando con los tremendos cataclismos del *Dies irae*.

Los últimos acentos del órgano y el canto del coro se apagan en la bóveda como un aleteo de palomas que van a posarse temblando en el macizo botarel sobre que descansa la cúpula. El concurso, arrodillado, oye pasar por las naves las postreras notas como un soplo del cielo. después, todo cesó. Prelados y calonges, frailes y teólogos, coronistas y trovadores, reyes y condes y marqueses, ricos homes y pecheros, pajes y rodrigones, se dirigen silenciosos en doble fila por los sombríos claustros al solitario panteón. Cuatro reyes de armas cargan sobre sus hombros el enlutado féretro... y a pocos instantes golpea la azada sobre la tierra, y el eco pasa retumbando profundamente de nave en nave por las solitarias galerías.

V

Ya se ha marchado el acompañamiento que dejó al poeta descansando bajo la losa del sepulcro. Todos van a vivir hasta que el mundo acabe; porque vida inmortal recibieron del que fue ya a sentarse en el asiento de los inmortales. Todos le han abandonado, todos se han ido...

Pero no: frente al sarcófago están de pie, pálidos y mudos, el marqués trovador y los dos fijosdalgo que tan versados están en la ciencia del gay saber. No pueden desamparar al hermano que les nació muchos siglos después de haber ellos existido, y vienen a murmurarle por lo bajo, para arrullar su sueño, las endechas y fablas con que tanto se inspiró durante su viaje por el mundo. ¡Sí! Háblale el primero de aquella hermosa y garrida fembra, como no la hay igual en la frontera, que con el cantarico al hombro y las blondas crenchas a la espalda atravezaba los valles y los huertos por las verdes dehesas de la Finojosa. El segundo canta la melancólica elegía, cuyas coplas tienen el ritmo acompasado de los siglos rodando por la eternidad. Justas y torneos. danzas y festines, galas y paramentos; labios que suspiran desmayando de amor. latidos jadeantes de agitadas jaurías y broncos gritos de guerra; princesas y meninas, reyes e infanzones, palacios y ciudades; todo, todo no ha sido sino devaneo, no ha sido más que verdura de las seras. Entre tanto, el último, más alejado que los otros, se siente orgulloso y grande porque ha oído ale-tear en torno suyo, ya dulcemente como tórtola enamorada, ya con furia y poderoso empuje como águila caudal, o sombría y silenciosamente como cárabo siniestro y traicionero, el coro inmenso y majestuoso de las palabras hijas del idioma, cuyas primeras palpitaciones rítmicas estremecieron sus labios. ¡Es Juan de Mena, que ayudó a la generación de la rica lengua de Castilla!

VI

Suenan las doce en el viejo campanario; silba por tres veces la lechuzca y los lobos ululan en el monte. Por las desiertas naves del panteón se deslizan calladamente cuatro graves varones. Resplandece su faz con una luz desconocida y pálida, y rodea sus frentes blanquísimo y fulgurante nimbo. Tres envuelven sus cuerpos en la negra hopalanda que revela su carácter sagrado, y el postrero arrastra el hábito color de nieve con que a sus siervos reviste la Madre de Dios, cuando a redimir cautivos los envía. Precédeles, con la vara en la derecha mano y apoyada la siniestra en el pomo de la tizona, que pende del claveteado talabarte,

Don Rodrigo del Ronquillo, Alcalde de Casa y Corte, desde Valladolid enviado para guiar a los nocturnos visitantes del panteón, y enseñarles la industria con que él mismo volvió a la vida, desde los dilatados campos de la muerte.

Inclinase profundamente ante ellos; y hablándoles por su nombre, les muestra la recién cerrada huesa con el extremo de su vara.

-Don Pedro, maestro Gabriel, fray Agustín, Señor Lope; aquí le han enterrado. Podéis, a vuestro poderoso conjuro, levantarlo del polvo sepulcral para llevarle con vosotros; y sea Dios con él y con vuestras mercedes.

El mármol del monumento tiene un epitafio que revela al mundo el nombre del último trovador; pero el sarcófago está vacío.

La inscripción dice:

"DON JOSE ZORRILLA".

20 de abril de 1890.

Una fiesta casera

I

No he conocido hombre más alegre que mi buen amigo don Manuel Majaderano. Gasta siempre cuanto gana con el modesto empleo que el Gobierno le ha dado en premio de su sincero entusiasmo en las elecciones populares y su ardiente patriotismo en los clubs independentes. El pequeño salario derróchase en altarcitos de Dolores, para los que tiene apercebidas desde muchos días antes, macetitas de chíá y botellas de kermann llenas de líquidos verdes, amarillos y rojos; en nacimientos el 24 de diciembre, para los que guarda la mejor colección que he conocido hasta ahora, de monigotes, piedrecitas y caracoles, que no hay más que ver; y en cuanto a holgorio, puede presentarse, con pretextos religiosos o patrióticos, durante los trescientos sesenta y cinco días y cerca de seis horas que el año cuenta.

La casa habitación de este buen señor es un verdadero museo zoológico y un verdadero jardín de plantas. En las cincuenta o sesenta jaulas de carrizo que el reducido patio adoman, tienen todas las aves, cuando menos un representante, amén de las demás especies de animales que convierten aquello en una pequeña arca de Noé.

La sala es también una colección de objetos no menos heterogéneos. Espejos cuyo marco está preservado cuidadosamente por crespones verdes y azules, que impiden que las moscas manchen los residuos de oro

que como harapos de perdida grandeza ostentan los carcomidos yesos. Cuadros de canevá representando perros y floreros, bordados aquéllos de estambre verde, y éstos de seda negra, con leyenda al calce: "A mi querido papá (o mamá) el día de su santo!" En una rinconera, un nicho de cristales con medias cañas de hojalata, dentro del cual está un Santo Niño con milagros de plata, adornado de florecitas de lienzo, de borreguitos cojos y de muñequitos de porcelana, que probablemente se encontraron en la degollación de Herodes. Rodean el fanal, canastillos de primorosos abalorios; a los lados charlan dos verdes periquitos de yeso con otros tantos conejitos blancos de la misma substancia; y escuchando esta muda conversación, se alza erguido e insolente un indio comanche, revestido con amarillos y rojos colgajitos de gamuza. En la otra rinconera y haciendo *pendant*, hay un reloj de madera coronado de gótica torre, por una de cuyas ojivas asomaba en otro tiempo, de hora en hora, graciosa palomica diciendo: "cu, cu", pero que ahora no tiene ya manecillas ni palomica, y que sólo conservan en la casa como el gobierno a algunos empleados: por gratitud. En éste, como en el otro lado, hacen la guardia al objeto culminante, tres muñecos de barro retratando a Pío IX, a Juárez y a don Manuel González, acompañados de otras figuritas, de barro también, que representan viejos, cirqueros, leñadores, etc., cuyas cabezas, unidas al cuerpo por una espiral de alambre, se mueven rápida y vertiginosamente a cada golpe que se da en el mueble que los sustenta. Corona el estrado una gran estampa iluminada de San Miguel Arcángel (asegúrame un miembro de la familia, que fue tomada del original: tan antigua es), también con su marco semejante al de los espejos, y a cuyo pie se ostenta el retrato del Jefe del Estado, litografía repartida en un club de elecciones populares o recortada de algún periódico independiente. Cuelgan a los lados pequeñas fotografías de todos los individuos de la familia, de cuyos biseles arrancan grandes plumas de pavo, que forman como una aureola a las dos principales figuras. El mueblaje ha pertenecido a todas las épocas y a todas las circunstancias. A los pies de lo que se empeñan los de la casa en llamar confidente, extiéndese un montón de jarcia pintado churriguerescamente con colo-

res chillantes, entre los que resalta la cochinilla y la "fuchina"; y que ha sido bautizado pomposamente con el presuntuoso nombre de tapete. Otros objetos hay aún, pero no sigo describiendo, por no cansar más la paciencia de los lectores.

II

Acabo de cambiar el acostumbrado saludo con la señora doña Angustias Mantequero de Majaderano, a quien encontré en la puerta en traje de casa todavía, acompañada de sus dos lindos pimpollos, Socorro y Piedad, ataviadas con sus vestidos de los domingos. Doña Angustias, mujer de muchas libras y algo recelosa en su trato, dicen acude con codicia a los engaños de los donceles que pretenden doblar el testuz al blando yugo de sus encantadoras hijas. Son estas muchachas de muchos pies, buen trapío, nobles y boyantes y de preciosa lámina. Cuenta la primera diez y siete primaveras, y es, según mis noticias, infatigable lectora de don Enrique Simués de Marco y doña María del Pilar Pérez Escrich. Ha llegado a tres lustros la segunda y sólo se ocupa en estudiar la manera de parecer a los pollos que la asedian más hermosa de lo que es en realidad, empleando para ello la toalla de Venus y el blanco de Venecia. Morena aquélla, ésta rubia y ambas alegres y bulliciosas, han convertido las ventanas de la casa en panales de riquísima miel, a donde acuden constantemente abejas de levita con faldones recortados y sombreros renovados por duodécima vez.

Fuí conducido a la sala, donde estaban ya muchas personas invitadas como yo, para la fiesta (pues de una fiesta se trata), y tomando asiento entre ellas, entablé conversación sobre asuntos fútiles que, como no interesan al lector, paso por alto.

Saboreando estábamos el primer trago de exquisito Pechuga contenido en copas de diversos tamaños, figuras y colores, colocados sobre la charolilla recientemente restaurada, cuando se presentó el jefe de la familia, mi grande y buen amigo don Manuel Majaderano, cuyos días íbamos, o más bien dicho, empezábamos a celebrar. Es este excelente señor, hombre maduro ya, sacudido de carnes, abanto a las reyertas

conyugales, aquerenciado en la Pagaduría del Ejecutivo y, como señas particulares, bizco del izquierdo (entiéndase del ojo).

Un paréntesis. He abusado de los términos taurinos, porque estando tan en boga, estoy seguro seré entendido por todos mis lectores.

III

El empinar el codo aumentóse con la presencia del dueño de la casa, mientras la hora del yantar llegaba. Doña Angustias, que poco nos había acompañado, pues entraba y salía a cada instante, ocupada a no dudar en las domésticas faenas que la festividad requería, a petición de los concurrentes, fue llamada por su consorte para que nos acompañara a tomar una copita. Accedió la buena señora aunque algo inquieta por volver a marcharse, y cuando hubimos apurado, pidiéndonos por la centésima vez le dispensáramos se retirase, pues en aquel momento tenía en la lumbre un turco y un pollo en grave peligro de quemarse y las criadas no servían para nada.

Salió doña Angustias y en su lugar penetró en la sala, conducido de la mano por la niña mayor de la casa, un nene, fruto postrero de las postreras caricias de aquel matrimonio. Vestía la criaturita de zuavo, y aunque con cara huraña y poca voluntad para saludarnos, fue obligado a llegar hasta mí, ¡horror!, estampando en mis pantalones un enorme pastel, cuyo sabor no le era desconocido, pues había ya hincádole los dientes. Muy a pesar suyo, tuvo que entregar al papá como debida cuelga la codiciada golosina, y quedóse con la boca abierta y los ojos espantados, viéndonos a todos como diciendo: "¡miren qué caso!", esto es, "¡qué injusticia!".

Tan simpático párvulo empezaba a recibir las caricias de una de las visitas, que a la vez le interrogaba por sus generales, cuando por contestación recibió un soberano puntapié, acompañado de su respectivo dengue que a todos nos hizo mucha gracia.

El expresivo procedimiento fuéle reprochado al muchachito muy cariñosamente por el autor de sus días, y nosotros, ante semejante severidad, atenuámosle la falta, atendiendo a la corta edad y a lo remonono

que era el chiquitín.

Corrió luego el niño hacia uno de los pollos de la reunión, quien lo recibió con marcadas muestras de contento, pues era nada menos que el amartelado admirador de las bellezas de Socorro. Empeñóse el bueno del angelito en que su probable cuñado le diera una moneda de diez centavos que, con su respectivo alfiler, llevaba coquetamente prendido en la corbata. No sé si al acceder el galán lo haría con toda voluntad, mas esto fue notado por Socorro, que abandonando su asiento logró arrebatarse al rapazuelo la prenda decimal de que acababa de apoderarse. Quitársela y soltar el bebé unos berridos furibundos, con acompañamiento de mogicones, pellizcos y patadas a diestra y siniestra, fue todo uno. Manuelito, que así se llamaba, el héroe de semejantes hazañas, pedía a grito pelado que le devolvieran su "tlaco"; y el papá, tal vez para dar fin a la escena, amenazó seriamente a Socorro, obligándola a que devolviera al niño la consabida alhajita. Hay que advertir que en la reyerta, moneda y alfiler recobraron su independencia. Al recuperar el pequeño usurpador la prenda de su conquista, solemnizó su triunfo, diciendo a la hermana: ¡fea! "¡ya no te quero!" intercalando estas frases con gestos, sacadas de lengua y ademanes amenazadores con ambos puños.

IV

A eso de las tres de la tarde, doña Angustias, ya en traje de fiesta, nos anunció con voz ronquilla que ya "la sopa estaba en la mesa", frase que sonó, no en los oídos sino en el estómago de los comensales, como música celestial. Nos dirigimos al comedor, que como era pequeño y nosotros muchos, quedamos amontonados, silla con silla y codo con codo, al derredor de tres mesas desiguales en altura, y convertidas en una sola. Comimos la clásica sopa de arroz, con rebanadas de huevo cocido en nauseabundo maridaje con la de pan, adornada ésta de tornachiles en vinagre y bolas de chorizo; vino en seguida un estofado de pollo, que en obsequio de la verdad, súpome a gloria, como "entrées" dos platonos de guacamole y sardinas condimentadas con cebolla pica-

da, queso rayado y piquines encurtidos. La hora solemne se acercaba. Así nos lo decía claramente don Manuel con sus miradas picarescas; expresaban lo mejor los rostros de los comensales, que con frecuencia se volvían hacia la puerta y más elocuentemente aún lo pregonaba doña Angustias, que desde una mesa separada donde servía los platos, con aire triunfante parecía decirnos "¿Conque les ha gustado la comida? Pues esto no es nada; ahora verán ustedes." En senda y vidriada cazuela, apareció por fin humeante y apetitoso el tan deseado manjar. Era un caldo espeso, color bermejo, oscuro, casi negro, en que se incrustaban piernas tersas y largas, encorvados alones y blanquísimas pechugas; la grasa cubría todo con enormes ojos de un naranjado subido; y sobre aquel mar de manteca y chile con arrecifes de miembros "pavunos" ostentábase aromática y amarilla capa de lentejuelas que, como benéfica lluvia, había derramado encima la mano providencial de doña Angustias. Mis lectores habrán comprendido que se trata del gran "platillo nacional" el popular "mole de guajolote" que no encuentro más razón para llamarle poblano, que la que existe en nuestros días para llamar "independientes" a los Congresos. Aquello, al decir de doña Angustias, estaba de chuparse los dedos, y se le hicieron los honores debidos.

Siguióse *incontinenti*, el turco, confirmando por su sabor los temores del ama de la casa; y se terminó la comida con los sabrosísimos chiles rellenos y los tradicionales frijolitos; algunos pedían estos platillos "solteros", otros, sobre todo, las damas, pedían "casamiento"; y como los estómagos estaban ahitos, se retiraron los postres de la mesa. Excuso decir que todo fue rociado super-abundantemente con espumosa cerveza, excepción hecha del "mole" que requería pulque de almendras y plátano; porque allí, como en toda convivialidad, cada platillo tiene sus "ápropos".

Aquí hay un intervalo. No escuché los brindis que se dijeron, porque en el instante que se levantaba el primer comensal empuñando la rebosante copa, llegó Manuelito, que había metido sus manecitas en el platillo nacional y que subiéndose por detrás sobre mi silla, me acarició encantadoramente las mejillas.

-¡Pero niño! dijo el papá, ya verdaderamente amostazado.
 -¡Ahora lo verás! La mamá, dejándose venir desde su mesa:
 -¡Muchacho malcriado! Las hermanas pellizcando los respectivos brazos de aquel bribón.
 -¡Ja, ja, ja, ja! Los comensales, riendo a mandíbula batiente.
 -¡Si no es nada! ¡si no es nada! ¡qué gracioso!
 -Yo, la víctima, con ganas de bailar sobre las costillas de aquel indecente mocozuelo, y levantándome de la mesa para ir a lavarme la cara a una de las habitaciones a donde tuvo a bien conducirme una de las señoritas de la casa.

V

Volvimos a la sala.

Los cerebros todos enardecidos con los brindis, los estómagos satisfechos, pedían jaleo y algazara. Socorro fue la intérprete de este deseo unánime, suplicando a Arturo que cantase una de las canciones de su extenso repertorio. Arturo era un pollo "chinito", buen mozo, el mismo del prendedor; parodiaba en su traje la moda del día, aunque chocando en su cuello la enorme corbata morada que, hecha rosetón, tapaba por completo la pechera de su camisa. Arturo, que "andaba viendo azul" con la morenita de la casa y estaba ufano de su voz y de su habilidad para pulsar la séptima, no se hizo rogar mucho. Apoderóse de una guitarra traída de la vecindad; templóla con ejercitada mano, y después de colocar entre las cuerdas el cigarro que a la sazón fumaba, raspó dos o tres veces para limpiar el gatzate y echando miradas oblicuas y asesinas a su adorado tormento, entonó la siguiente "melodía", volteando, durante la ejecución, sus apasionados ojos en blanco:

"Mujeere, mujeeere, adoración primera,
 De mi existencia enamorada flo....r....e,
 Vengo a ofrecerte mi oblación postreera.
 Sobre la tuuuumbaaaaa, sobre la tuuumba
 del primereee...amo...r...e" "(Morendo)".

No recuerdo el final de la canción, pero Arturo afirmóme que esta-

ba en tono menor y que por eso era tan triste. En aquel pequeño torneo del arte no podía quedar atrás el bello sexo. Por eso doña Margarita, solterona de cuarenta y tantos años aderezada como polla de diez y seis, tan *dilettanti* como Arturo, nos hizo escuchar otra canción que, en opinión de la concurrencia, era muy bonita. Sólo recuerdo el principio que decía así:

"No te apartes de mí ni un momento, ni me niegues la dicha de amarte, etc."

No pude entender el resto, porque, además de que la séptima hacía mucho ruido, la "cantatriz" calderoneaba que era un contento, y hacía un trémulo incesante, que yo achaqué a la mucha cerveza que había tomado (doña Margarita). Oímos "Golondrina"; la "Vida" de Calderón; la balada de "Marina"; "al ver la inmensa llanura del mar".... y otras muchas preciosidades artísticas, que si no lo eran, pasaban por tales en aquellas gargantas inspiradas.

Un pollito de la aristocracia que había allí y que desde el principio de la reunión estaba con toda la gravedad de un inglés, a propósito de música habló algo sobre las celebridades artísticas contemporáneas, que personalmente ha conocido (desde su butaca), y para darnos muestra de ello sacó su linda cartera de piel de Rusia y buscó el retrato de la Patti que dijo traía consigo; y aunque pronto lo encontró, revolvió papeles y más papeles, sin duda alguna para enseñarnos tres o cuatro billetes de banco que detrás del retrato de la artista venían. Hizonos presente, a pesar de que nadie habló palabra sobre su estancia en aquel lugar, que sólo nos acompañaría hasta las siete de la noche, pues a esa hora iba a prepararse para concurrir a la tertulia extraordinaria del Casino, a donde llevaría un frac nuevo confeccionado por Paul Berger, Sucesores, que son sin duda los mejores sastres de la República.

VI

Como entre canción y canción, don Manuel escanciaba y nosotros tomábamos vasitos, y aún vasotes de padre Kermann y de anisete francés, no transcurrió media hora sin que el entusiasmo rayara a grande

altura; y éste creció aún más con la circunstancia siguiente: el pollito me tenía atormentado con una insípida conversación sobre todas las cosas que había visto y que existen en la capital de la República; sobre las tertulias de la "high-life" y con muchas impertinencias más que no recuerdo. Decíame a cada instante:

¿Qué cursi es esto, verdad?

Yo no le contestaba y él seguía hablando por los codos. Acercósenos don Manuel con su bandeja de copitas, ofreciéndonos una: yo tomé y el pollito se excusó, diciendo:

No... mil gracias... yo ya no puedo... mire usted; esta noche tengo que tomar mucho "champagne frappé"... he perdido una apuesta de veinte botellas... y ya ve usted... hoy en el Casino... es preciso pagar... y tomar y necesito reservarme.

Pues por eso no quedará, respondióle don Manuel, sintiendo su amor propio herido; aquí también tomará usted champagne.

Decir esto y abalanzarse sobre su sombrero que entre otros muchos amontonados estaba, debajo de una rinconera, fue todo uno. Corrió a la calle, y después de una media hora volvió triunfante, trayendo en pos un cargador que sustentaba sobre su cabeza una media cesta de espumante vino de la "Viuda" más simpática de todas las viudas. Empezó el destapar de botellas y el zumbar de tapones. El licor de oro y nieve chorreaba con alegre halaraca y carcajadas de placer sobre sendos vasos de vidrio; y hasta sobre algunas tazas de porcelana, pues no había copas *ad hoc*; entonces fue cuando el entusiasmo no tuvo límites. Había quien riera, quien llorara; Arturo tenía ímpetus de abrazar a doña Angustias y de besar a don Manuel. Las niñas querían baile, deseo que por lo bajo comunicaban a los amigos de la casa. Estos determinaron, previo permiso superior, arreglar un bailecito, contribuyendo "a escote" para los gastos. Saqué dos pesos de mi bolsillo cuando llegó mi turno. Se trataba de la música, y el pollo aristocrático saltó luego con que la de don Salomé, (la mejor de la ciudad) no podría tocar, pues iba a hacerlo en el baile del Casino. Resolvióse llamar a la de los "guapos" y todo se terminó a pedir de boca.

Yo, mareado ya con tanto jaleo, y con horrible dolor de cabeza, resolví marcharme, prometiendo volver por la noche, aunque con intenciones de no cumplirlo. El pollito del Casino salió conmigo, pues iba a ponerse su frac de Paul Berger, y ya en la puerta, don Manuel, que me acompañó hasta el umbral, díjome aparte:

Ya ve usted, creo se habrá usted divertido. Mi casa, aunque pobre, es centro de bonitas y alegres reuniones. Usted que es escritor, bien podía hablar de ellas en sus artículos y revistas. Ofrecíle hacerlo; y hoy, cumpliendo mi promesa, hago al lector esta fiel narración, asegurándole que nada he puesto en ella de mi cosecha, pues todo pasó tal y como lo digo.

EPILOGO

Al día siguiente supe que don Manuel Majaderano había vendido tres recibos, descontando otros tantos meses de su sueldo, para hacer la fiesta de sus días: el último de los tales recibos, diólo en un cincuenta por ciento menos de su valor, para comprar el champagne y dar en la cabeza al pollo del Casino, con lo que el buen señor confirmó, a más no poder, que no en vano lleva el apellido de sus mayores.

29 de junio de 1890.

El exclaustro

A Pancho Castro

I

Hace algunos años, sintiéndome quebrantado en mi salud, había ido a tomar los baños minerales de C... pueblo corto situado al fin de las últimas ondulaciones de un ramal de la Sierra Madre, que se extiende al oriente de nuestro país. Contrastaba singularmente con la lujuriosa vegetación y pintoresca vista de las montañas que acababa de atravesar, el aspecto árido y ceniciento del valle en que se alzaba el pueblo. El terreno era quebrado; un arroyo de aguas cenagosas y escasas se arrastraba perezosamente por enmedio de la población, dividiéndola en dos bandas, y apenas el chaparral, de un verde sucio y desteñido, que se extendía al norte, casi a las orillas, quitaba algo la monotonía del color calizo que presentaba el terreno.

Hacia el poniente se alzaban, como verrugas, algunos montículos escuetos del todo, formados por crestas arrugadas y oscuras, salpicadas de un rojo sangriento. Era terreno volcánico y aquellas sinuosidades habían sido formadas por la lava. Los naturales dan a aquellos lugares el significativo nombre de "mal país"; pero de allí precisamente donde tomaban origen los manantiales de agua mineral que tan provechosa era para algunas enfermedades.

Inclinándose al norte a una legua de la población, extendíase una pradera verde y lozana, y árboles corpulentos, en grupos más o menos apretados, formaban un bosque donde había abundantes pastos para las reses y cabras de los vecinos. No escaseaba allí la caza, y siendo mi distracción favorita, solía ir con mucha frecuencia a aquel sitio en busca de conejos y codornices.

En el camino que conducía de aquel sitio al pueblo, e internándose entre unos barbechos abandonados, en los cuales los breñales se habían enseñoreado, se levantaban las ruinas de un viejísimo convento. Sólo quedaban de pie los cuatro muros que formaban la iglesia; las bóvedas del techo habíanse venido abajo en su mayor parte. En el exterior quedaban algunos pilares toscos y macizos, mostrando en sus extremidades el arranque de algún arco del destruído claustro; dos o tres celdas sin techo ostentaban sus claraboyas despostilladas, como bocas que bostezaban de fastidio, y en un ángulo quedaba casi entera la galería que comunicaba con el cementerio. Allí crecían los higuerones y los árboles llamados gigantes. La maleza formaba áspero breñal, y entre las junturas de los sillares arraigaban las hierbas silvestres y medraban espinos y los jaramagos.

Muchas veces me detenía en aquel lugar horas enteras y solía pasar no pocas tardes que pensé dedicar a mis expediciones cinegéticas. La soledad y la tristeza del sitio me atraían; y ahí, sentado sobre un roto capitel o sobre un sillar carcomido, me entregaba a largas meditaciones, no por cierto en consonancia con el espectáculo que a mis ojos tenía. Pensaba en mi familia, en mis amigos ausentes, en el bullicio de la ciudad abandonada años atrás. Otras veces me dedicaba a la lectura de mis libros predilectos, que nunca me abandonaban; y muchas ocasiones interrumpí un canto del "Infierno" o una escena de "La Tempestad" al sentir sobre mi cabeza el aleteo de una lechuza o el chillido agudo de un mochuelo.

Cuando la tarde había descendido del todo, cogía la escopeta, que descansaba apoyada contra el ángulo saliente de un arruinado altar, y emprendía mi marcha hacia la población. El aspecto de ésta no era, por

cierto, distinto del valle donde se alzaba. La mayor parte de las casas manifestaban una vetustez respetable; todas eran plumizas y musgosas; y como casi siempre las calles estaban desiertas y el suelo blanquizco y seco, antojábaseme a veces que atravesaba un inmenso camposanto sembrado de huesos y de enormes mausoleos ordenadamente colocados.

Sí: aquello era un osario. Levantábase en medio de la vasta necrópolis una torre ancha y cuadrada, enegrecida por el musgo que a grandes manchones de un verde oscurísimo y deslustrado salpicaba el cubo y el muro de los dos únicos cuerpos, una cúpula que hace cerca de dos siglos estaba pintada de rojo y que hoy parece salpicada de sangre seca; cuatro tapas cenicientas y descascaradas, rodeando la aplastada mole; y una casa de aspecto miserable y triste uniéndose, pegándose a los muros parroquiales... He aquí la iglesia única del pueblo, casi aislada en el centro de la inmensa plaza desierta.

Ya hacía dos semanas que había instalado mi persona en el altito de una casa situada en la esquina norte de la plaza. Pocas eran mis relaciones. El tendero de abajo solía entretenerme las mañanas en que me apersonaba en su establecimiento para buscar la correspondencia, pues allí era la Oficina de Correos, y eran de verse los paquetes de cartas y periódicos en amigable compañía de las marquetas de queso y jabón, de hases de cohetes y de piezas de manta y estampados.

El maestro de la escuela, que era gran aficionado a la caza, me acompañaba los días de fiesta en mis expediciones y el barbero que me iba a afeitar me ponía al tanto de las crónicas, nada edificantes por cierto, que corrían en el lugar acerca de la vida y milagros de los principales habitantes.

Todas las mañanas, a primera hora, oía la campana de la iglesia que llamaba a misa. Otro toque, que se extendía vibrando por el valle, a mediodía, entre las reverberaciones de un sol ardiente; y por la tarde, cuando regresaba de mis excursiones a la pradera o a las minas, escuchaba dilatarse en el espacio el vibrante son del *Angelus*, que tan melancólico se oye en todas partes, pero más aún en aquel lejano apartamiento. Por último, ya recogido en mi habitación, después de tomar el noc-

turno refrigerio y cuando estaba dedicado a mi lectura o revolviendo planes literarios en mi cabeza, oía monótono y lúgubre el toque de ánimas al que seguía inmediatamente la queda, que en aquellas soledades tan apartadas de la vida moderna, no sólo por el espacio, sino también por el tiempo, más de una vez antojóseme el cubre-fuego lanzado desde la vieja torre de una ciudad del siglo quince.

Entonces, y para que la ilusión fuese completa, corría a un rincón de mi aposento donde estaba encerrada en una caja, a manera de cómoda, la orquesta... sí, señores, la orquesta; y empuñando (pues yo era el director) la batuta, quiero decir, un manubrio, empezaba a dar vueltas y a salir del fondo de aquel mueble, primero un resoplido, luego unas notas graves y desconcertadas, y por último, una serie de sonidos formando una pieza musical y que en el teatro siempre me ha impresionado profundamente: el "Cubre-Fuego" de "Los Hugonotes".

Mas como por la antigüedad del instrumento, las armonías ni daban cabal idea del solemne *morceau*, entonaba yo con voz dramática y grave las palabras del arquero:

*"Rentrez, habitants de Paris,
tenez vous clos en vos logis,
que tout bruit meure!
Quittez ces lieux,
car voici l'heure
l'heure du couvre-feu!"*

Los habitantes de C..... no habían esperado, para recogerse, que yo les dijese era llegada la hora de la queda, pues cuando la campana la señalaba, ya hacía una hora lo menos que todos dormían, con excepción del campanero, mi persona y la ronda cuyas sombras se destacaban por las oscuras y torcidas callejas del poblacho.

Entonces abandonaba el organillo, mueble perteneciente a la dueña de la casa o a sus antepasados, y que me opuse formalmente a que me fuera sacado de aquel aposento, cuando hice mi instalación en él.

II

Una mañana de febrero regresaba yo del baño, cuando oí tañer la campana. Aquel toque me era desconocido y supuse que alguno de los dones del pueblo había muerto y se doblaba por él. Sin embargo, como no me llegó nunca a aguijonear la curiosidad por las cosas del lugar, pronto dejaron mis oídos de percibir el bronce, que no obstante, seguía vibrando con un son acompasado y monótono. Acerté a pasar por enfrente de mis encantadoras ruinas, y por primera vez ocurrióseme la idea de pasar un día entero en el campo, solo y entregado a mis pensamientos o a mis distracciones. Vi atravesar el barbecho a un paisano. Llaméle, y después de cruzar con él algunas palabras, le encargué me llevase del lugarejo un poco de pan, una conserva y un tarro de vino.

A la hora y media tenía en mi poder el modesto desayuno; y poco después, entregado a la lectura de una tragedia de Esquilo, esperaba que cayera la tarde para salir a merodear en pos de alguna liebre que la víspera había visto correr por los cercanos matorrales.

El día declinaba y un aire arrasante y fuerte comenzó a soplar del norte. Considerando que mis pesquisas en busca de las liebres habían de ser inútiles con aquella temperatura, me apercibí a regresar a mis lares. Entonces volvió a vibrar en mi oído el toque de la campana. Ya muy cerca del pueblo ví -cosa inusitada- una entrada de la calle principal que a la plaza conducía, y que todos llevaban o traían la misma dirección de la iglesia. Llegué a su pórtico. El atrio estaba lleno y la curiosidad me hizo penetrar al sagrado recinto.

En el presbiterio, el anciano cura, revestido con una sobrepelliz no muy blanca, daba ceniza a las pobres gentes que con toda devoción se acercaban al barandillo de fierro. Me acordé que era Miércoles de Ceniza y una impresión melancólica y vaga se apoderó de mi espíritu.

Hacía tiempo, mucho tiempo, que no acudía ante un sacerdote a que me recordara la terrible sentencia de que soy polvo y en polvo he de convertirme, poniendo sobre mi frente, al pronunciar las lúgubres y aterradoras palabras, el sello de la muerte, con una cruz de ceniza.

Los recuerdos de mi niñez y de mi adolescencia surgieron súbitamente del fondo de mi pecho. Jamás había penetrado a la pobre iglesia. No había más que un altar, sin adornos, sin grandes cirios, sin colgaduras de colores. Dos grandes ramos de naranjas en flor se sustentaban en otros tantos vasos de barro. En candeleros de madera ardían dos cabos de cera, y en el nicho central un viejo crucifijo, nada artístico por cierto, abría sus brazos redentores para recibir a los hombres contra su pecho ensangrentado.

Una oleada de mística piedad subió desde mi corazón hasta mi garganta. Empujado, arrastrado, llegué hasta la última grada del presbiterio, y caí de rodillas. Ni siquiera me di cuenta de que a mi espalda y suspendida por el portafusil, mi escopeta mostraba sus dos cañones apuntando a las ahumadas bóvedas. El cura se acercó a mí y pronunciando las solemnes palabras del ritual, señaló mi frente con la cruz de polvo.

Yo no conocía al cura. Alguna vez, desde el balconcillo de mi habitación, le había visto cruzar la plaza, a lo lejos, y perderse entre las calles tortuosas del pueblo; pero sus facciones me eran desconocidas. Una cofia negra y un sombrero de anchas alas cubrían su cabeza. Se apoyaba en grueso y nudoso bastón, y siempre le vi inclinado hacia el suelo y andando con paso perezoso y tardo.

Aquella tarde le vi de cerca por primera vez. No llevaba cofia y su ralo cabello caía en mechones blanquísimos sobre sus sienes. Sus párpados abultados escondían unos ojos pequeños y amortiguados. Sus mejillas mostraban tantas arrugas como las mangas de su encarrujada sobrepelliz, y una expresión de hondísima tristeza y de bondad indefinible se retrataban en su semblante.

En cuanto me hubo puesto la ceniza, me levanté y traté de salir del templo, abriéndome paso por entre la multitud que ni por un momento lo desalojaba. Cuando hube llegado a la puerta, el sacristán que había salido por otra parte, me cerró el paso diciéndome:

-El señor cura ruega a usted, si no le es molesto, que le espere un momento en su casa, que está aquí contigua.

Sin contestar palabra, seguí los pasos de aquel hombre y media

hora después, cuando las sombras de la noche se habían extendido por el espacio, me encontraba frente a frente del anciano cura de C..., cubierto con su cofia negra y su sombrero de anchas alas.

-He molestado a usted, me dijo, porque deseaba que personalmente me informara de su salud. Por las personas que le tratan, sé que se encuentra mejor y no muy fastidiado en este desierto.

Había tal bondad en sus palabras y me manifestaba tanto interés, que de la mejor voluntad satisfacía sus preguntas. Entablamos luego larga conversación sobre distintos asuntos. Echábase de ver que el buen viejo tenía necesidad de expansionarse y lo hacía ingenuamente, tratándome con una franqueza tal, que parecía que éramos conocidos, y no sólo conocidos, sino amigos íntimos desde mucho tiempo atrás.

En el cuarto del párroco (que con otra habitación componía toda la casa) la obscuridad se había hecho palpable. Salimos al exterior y nos sentamos en un poyo de piedra. Pregunté al anciano cuánto tiempo hacía que era cura de C....

Veinticinco años me contestó. -Tengo noventa, y aunque el señor obispo ha querido jubilarme o llevarme a la capital de la diócesis, yo lo he rehusado, rogándole me deje morir en este lugar, donde se deslizaron los años tranquilos y verdaderamente felices de mi vida.

-¿Luego es usted de este pueblo? Le pregunté.

-No señor, mi tierra natal se encuentra a muchas, muchas leguas de aquí. No importa cómo se llame. Creo que hasta he olvidado su nombre.... y para mí el mundo se encierra en este valle, cuyo limitado horizonte cortan las elevadas montañas que por todas partes nos rodean.

Un velo sombrío cubrió su faz demacrada y pálida, que hacía aparecer casi lívida la luz mortecina y última del crepúsculo.

Con verdadero asombro le contemplé, y él, adivinando por mi estupefacción, mi curiosidad y mi sorpresa, prosiguió diciendo después de un largo intervalo:

-Comprendo su extrañeza; y aunque usted es todavía joven y, por tanto, apegado a los goces y al bullicio de la vida, sobre todo de la vida actual, no oír con indiferencia la relación de algunos episodios de mi

vida, que le explicarán suficientemente cuál es la causa de mi soledad y mi tristeza.

Nada le dije, pero la más austera atención para escucharle manifesté desde luego, y él continuó:

-Hace setenta y cinco años perdí a mi madre y cuatro después murió mi padre. Mi niñez se deslizó en medio de una posición bastante desahogada, debida a la sociedad que el autor de mis días había formado con un comerciante pariente e íntimo amigo suyo. La mejor armonía reinaba entre ellos; pero una ocasión se vieron amenazados los intereses que el socio de mi padre, que era el dueño del capital, tenía fuera de la negociación, y entonces para salir de sus compromisos y salvar su hacienda... no había otra manera (así lo creyó él) que romper los lazos que por veinte años le habían unido con quien le sirvió lealmente y se sacrificó hasta lo increíble. Mi padre pudo haber reclamado, pero en materia de intereses era delicado hasta la ridiculez, y de la noche a la mañana se vio en la calle y sin recurso alguno, pues él, en su quijotismo, juzgó que todo el mundo pensaría mal acerca de su conducta al ver que un hombre de bien le había separado de sus negocios de una manera tan repentina e inexplicable. Poco después murió mi madre. La miseria nos rodeaba por todas partes. El dolor se enseñoreó de nuestro pobre y desolado hogar... y no pasó un lustro cuando el pobre viejo fue a unirse con la santa compañera de sus escasos placeres y de sus abundantísimas desventuras.

Con inmensos trabajos logré un acomodo que me permitió vivir; mas para ello tuve que abandonar mis estudios. Entonces me enamoré ciegamente de una mujer casta y hermosa. La pasión y la juventud no ven para delante. Me casé y, viendo que el porvenir no sólo me pertenecía a mí, sino a mi esposa y a un hijo que tuvimos al año de nuestro matrimonio, reanudé mis estudios de nuevo. Casi estaba para ganar mi grado de bachiller en leyes, cuando la muerte me arrebató a la triste mujer que con una abnegación infinita compartió mis penalidades y miserias. ¿Para qué referirle lo que sufrí con aquel golpe mortal? Hay dolores que dejan de serlo si se describen.

Con mi hijo de dos años abandoné la tierra en que vi la luz... y en

que vi la sombra de tantas desgracias. Emigré... busqué colocación en otros lugares, pero la guerra se había extendido por todas partes y la miseria era inmensa. Por fin, a fuerza de luchas y humillaciones pude conseguir una plaza de escribiente en un batallón. El salario era poco, pero me bastaba para las necesidades de mi niño y las mías. Aún me parece verlo sentadito en una silla, a la que le amarraba por la cintura para que no se cayera, pues le llevaba siempre conmigo a la oficina del cuartel. No quise nunca abandonarle. Siempre estaba enfermito; jamás lloraba, pero tampoco reía. Apenas algunas veces lograba hacerle sonreír a costa de mis esfuerzos, mas su sonrisa era tan triste, que volvía, al verlo, el rostro, para llorar sin que él observara.

Un día, al darle el desayuno antes de marcharnos a la oficina, se llevó las manecitas a la garganta y dio un grito. Espantado le pregunté: "¿Qué tienes, angelito?" El niño se ahogaba y no podía contestarme. La noche anterior durmió con mucho desasosiego. Le arrojé sobre la cama y corrí por un médico. "Este niño se muere. Tiene crup", dijo el facultativo... y no hubo remedio. Esa misma noche, a las altas horas, horribles convulsiones agitaban su cuerpecito. "¡No te mueras, niño de mis entrañas! ¿Qué haré sin tí, mi único amor, si me abandonas?" gritaba, loco de dolor y retorciéndome de angustia. Pero los gritos se estrellaron contra los helados muros de mi pobre aposento, y pocos momentos después sólo estrechaba un helado cadáver entre mis brazos, más helados aún... ¡Yo no era un padre que pierde a su hijo, era más aún: era una madre desolada!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!

El buen sacerdote escondió la cabeza entre sus manos. Entre las obscuridades de la noche, sólo podía distinguir yo un bulto negro e informe acurrucado, hecho un ovillo, sobre la dura piedra del asiento, y un inmenso sollozo, ese sollozo trágico y solemne de los ancianos, se escapó de su pecho y fue a rodar en el espacio como una ola en que se condensaban todas las angustias y todos los infortunios. Respeté aquel dolor augusto que más de medio siglo después resucitaba completamente vivo, desgarrador y palpitante.

Un momento después, y ya calmado, prosiguió:

-Acosado por tanta desventura, desengañado del mundo, sintiendo un profundo hastío y desprecio por todo lo percedero, tomé la resolución de ir a Dios en el claustro. Estudié Teología, que era lo único que me faltaba, pues todos los estudios previos los había cursado, y tomé el hábito a los 31 años de edad. Me hice capuchino y entonces sentí por primera vez en mi vida una completa y dulce tranquilidad.

El padre provincial me mandó, a los ocho meses de haber profesado y haber recibido las sagradas órdenes, al convento cuyas ruinas habrá usted visto en las afueras de esta población. Este fue mi mayor placer. Me creí doblemente separado del mundo: por mis votos y por el aislamiento del lugar. Había llegado a la plenitud de mi dicha.

Mi deseo único se encerraba en poder servir a Dios y morir en su santo servicio sin que su gracia me abandonara. Muchos años corrieron de este modo; las mortificaciones y trabajos de la orden se me hacían carga ligerísima y ya creía para siempre asegurada la paz de mi alma y de mi cuerpo. Pero no estaba así decretado en los designios del Altísimo. Una tarde, a la hora en que la campana nos llamaba a coro, entró una muchedumbre furiosa al convento. Gritos, blasfemias, amenazas, atronaron el sagrado recinto. Un oficial nos intimó la orden de salir inmediatamente. El convento quedó convertido en cuartel y nosotros emprendimos una peregrinación que duró algunos años y nos hizo sufrir toda clase de vejaciones y penalidades.

Por fin, después de algún tiempo de vida errante y tormentosa, volvimos al país los que de él habíamos emigrado. Ya no podíamos vivir en comunidad y lo hicimos como seglares. Tocóme en suerte someterme a la jurisdicción de este obispado, y el pastor, a quien yo supliqué venir de cura a esta feligresía -pues abrigaba la ilusión de volver a ver mi muy amado convento- me concedió tan señalada merced... y héme aquí buscando refugio entre las tempestades del mundo que de nuevo se habían desencadenado contra mi pobre espíritu.

Pero ya no había convento; había sido incendiado y sólo quedaban de él los ruinosos y ennegrecidos restos que usted ha visto.

Algunas veces suelo encaminar mis pasos a aquellos lugares, sím-

bolo de mi corazón y de mi existencia. Sí: ya, dentro de mí, no hay más que ruinas. Todos los seres que he amado han muerto. ¡Ninguno queda ya! ¡Usted no puede comprender la desolación de un alma que ha estado atada a la vida durante noventa años! ¡Hasta las generaciones de que soy hijo o contemporáneo han desaparecido! Yo también desapareceré en breve, pues ya siento que la misericordia del Señor se ha compadecido de su siervo....

III

El viento soplaba con fuerza, gimiendo entre las rendijas de las puertas, ya cerradas, cuando me dirigí a mi habitación. Al pasar frente a la iglesia, oí el fúnebre canto del tecolote sobre la torre. A lo lejos se perdían las pisadas de la ronda y por una claraboya del templo se escapaba un pálido rayo de luz de la lámpara que ardía en el altar.

Al entrar en mi aposento, me eché vestido sobre la cama. En aquel instante sonaron las ánimas y luego la queda: pero no traje a mi memoria "Los Hugonotes" ni cosa que se les pareciera. Me acordé del gran bardo alemán y del divino verso que sirve de epigrafe a su inmortal canción:

Vivos voco, mortuos plango, fulgura frango.

14 de marzo de 1891.

Un nocturno de Chopin

(Hojas encontradas en un libro de memorias.)

A la Srta. Herlinda Gómez del Campo

I

La última vez que la había visto fue por el invierno de 188... Yo estaba siendo, por pocos días, objeto de la atención pública. Mi libro, publicado recientemente, logró impresionar a los círculos literarios y a los círculos aristocráticos. Cuando me fijé en ella por primera vez, fue en el teatro. Estaba muy pálida y muy hermosa. Su traje era blanco y el escote angular del pecho dejaba entrever un abismo de nieve. En la cabeza llevaba gardenias y tuberosas. Las plumas blancas de su abanico parecían vaporosas exhalaciones de un lago; y entre aquella inmensa vaguedad de blancos, surgía de improviso el contraste fuerte y arrebatador de sus cabellos negros y de sus ojos oscuros y profundos como una conciencia triste.

-Adivino a quién ves tan fijamente -díjome el amigo que tenía al lado-. A María Teresa. Ahí está su marido, cerca y tras ella. Espía a todos los que miran hacia su palco. Es un celoso terrible.

-¿Por qué? -interrogué con interés y curiosidad.

-Porque cree que no le ama.

-Y...¿tiene razón?...

-Psh! Ve tú a averiguar estas cosas. Se casaron hace dos años.

El tenía una posición desahogada. Sus clases de música y la dirección de un conservatorio le daban hasta para mantener lujos. Hace pocos meses heredó una cuantiosa fortuna de un tío alemán que murió en Hamburgo. Su padre era también alemán e hizo educarlo en Europa. El tío que le ha hecho rico era fanático por la música, y, admirador del talento del sobrino, le tomó un cariño profundo. María Teresa lo estima, acaso lo admira; pero tal vez el marido tenga razón: no lo ama. Ahora pretende marcharse con su mujer a Italia, donde hará representar una ópera que ha compuesto y que le tiene vuelto el juicio. Dicen algunos maldicientes que está algo chiflado; y puede ser cierto: el amor, los celos, la riqueza imprevista, el ansia de celebridad y la música... ya ves tú si todos estos son elementos para volverse loco.

La relación de mi amigo me interesaba; pero no pudo continuarla. Se alzó el telón: la orquesta remedaba una tempestad. Allá, en el horizonte, las nubes se amontonaban arremolinadas por el viento. Más acá, las olas alborotadas batían los costados de un buque; gemían las cuerdas de los violines como las jarcias retorcidas o tensas por el huracán. Luego crujía el maderamen en los violoncelos y rechinaba, rugiendo, la cubierta medio despedazada en las profundidades de los contrabajos. Por fin, los metales vibraron resonantes, el coro alzó una plegaria solemne, y de una barca saltó un hombre negro, de pintoresco traje, sobre el que brillaba férrea armadura. Lanzó una nota brillante y aguda como la punta de un cuchillo de oro. Eléctrico estremecimiento recorrió el inmenso salón y por mis espaldas sentí un calosfrío divino. Aquel hombre era Tamagno y el personaje que representaba era Otelo en la soberbia ópera de Verdi.

Durante la audición casi llegué a olvidarme de María Teresa. No obstante, algunas veces dirigí mis miradas hacia su palco. En más de una de estas ocasiones los ojos de ella se encontraron con los míos. El marido no apartaba la vista del escenario: toda el alma tenía puesta en la incomparable obra del maestro.

Al terminar la representación nos situamos mi amigo y yo al pie de la escalera que conducía a los palcos. Ella bajó apoyada en el brazo de

su esposo: ambos me miraron. Yo la seguí con la vista, y a poco andar, una de las gardenias de su tocado desprendióse y cayó. Rápidamente me dirigí a levantarla y la prendí en el ojal, sobre la solapa del frac.

-No corras, porque resbalas -díjome mi amigo sonriendo irónica y maliciosamente.

-¡Bah! es sólo una niñada. Me tendré firme -repliquéle en igual tono; y penetramos en un café.

II

Poco después el Casino Alemán daba una tertulia íntima. Fui introducido por mi amigo, y la primera mujer que se presentó a mis ojos fue María Teresa.

Yo había pensado en ella algunas veces, pero nada me hacía, por entonces, temer una caída. Era casada, seguramente, era también virtuosa, y yo nunca he deseado la fruta del cercado ajeno.

La reunión tenía más bien un objeto artístico que coreográfico. Escuchamos el orfeón de "Jerusalem", la gran sinfonía de Beethoven, la marcha del "Tanhauser". El esposo de María Teresa se sentó al piano y tocó... tocó de una manera arrobadora y extática, el primer "Nocturno de Chopin". Yo no sé una palabra de música; pero las obras del sublime neurótico siempre me han impresionado profundamente. Este nocturno, sobre todo, me hace suspirar y gemir en lo más hondo de mi alma. Hay en las vaguedades de esa música, dolores escondidos que sollozan y desesperaciones comprimidas que palpitan. Chopin es el gran poeta del piano, y el instrumento, cuando exhala sus inspiraciones, transforma las cuerdas en nervios humanos y los sonidos en quejas y gritos escapados de una garganta apretada por el dolor.

El marido de María Teresa interpretaba angustiosamente aquel sollozo vertido en el seno de la noche; ponía todo el corazón en cada yema de sus dedos, y su semblante se transfiguraba, haciendo ver las penas ocultas y calladas que palpitan en el alma del divino polaco.

María Teresa le veía, le veía con una mirada triste y profunda. ¿Qué revelaba su fisonomía?... Acaso más dolor y más ansia que la de su

esposo. Alguna vez sus ojos fulguraban con relampagueos instantáneos. Estaban húmedos y aquella fulguración relampagueante semejaba la del cielo sobre la inmensa negrura de una noche tempestuosa y trágica. No quise que me presentaran con ella ni con él, a pesar de las oficiosas instancias de mis amigos, que supe desoír, y a pesar de mis deseos, que supe vencer. Esta fue la segunda y última vez que ví a María Teresa. Regresé a mi tierra natal; y al cabo de poco tiempo, el recuerdo de aquella mujer y de aquel hombre quedó confundido entre la espesa bruma de tantos otros que sólo de tarde en tarde bullen y se agitan en mi cerebro.

III

Transcurrió más de un año. Yo estaba pasando una temporada en un pueblo pequeño y algo retirado de la ciudad de mi residencia, en una zona donde la vegetación crecía y se desarrollaba poderosamente, y donde las montañas vecinas purificaban el aire con sus emanaciones resinosas. A tres leguas del villorrio había un finca encantadora conocida con el nombre de "La Granja". Supe que dos meses antes el nuevo dueño, la señora de Schak, que hacía pocos días se trasladara a ella, hizo reformar del todo la casa principal, un edificio primoroso y artístico, con vistas al río y a las laderas, y rodeado por deleitosos jardines plantados con flores raras y exquisitas.

Nadie en el pueblo conocía a la señora de Schak, que era viuda, salía poco, vestía siempre de negro, según aseguraban los pocos vecinos que la habían visto, y habitaba en su hacienda solamente con una señorita de compañía. A mí, como a todos los del pueblo, me picaba la curiosidad nuestra misteriosa vecina. Procuraba a toda costa conocerla, y no descansé hasta lograrlo. He aquí cómo la casualidad y mi insistencia me pusieron en comunicación y me hicieron trabar conocimiento de la propietaria de "La Granja".

Una mañana, después del almuerzo, tomé la escopeta y me dirigí rumbo a la hacienda que tanto me llamaba la atención, por lo que me habían dicho acerca de su belleza, y, sobre todo, acerca de su misteriosa

habitadora. Estaba, como he dicho antes, a tres leguas de distancia, que a pie y con las vueltas y revueltas dadas entre la selva, tardé en recorrer unas cinco horas.

La tarde avanzaba y era el tiempo de aguas. Espesos nubarrones entoldaron el cielo, y a poco se desató una furiosa tormenta. Yo estaba, afortunadamente, muy cerca de la casa principal de "La Granja". Sin embargo, el aguacero no me había permitido llegar a ella y me guarecí en la choza de un jornalero. Cuando el chubasco hubo pasado, la noche empezaba a caer. Un arroyo, que marcaba los límites entre el pueblo y la hacienda, estaba crecido, y con gran contentamiento mío, hube de recurrir a la casa en demanda de un caballo para poder regresar a mi morada. Llegué a la casa. Pregunté, haciéndome el desentendido por el dueño de la hacienda. Se me condujo dentro y se me hizo esperar en un gabinete pequeño y elegante.

Ciertamente que ni el edificio ni las dos o tres habitaciones que había recorrido se parecían en nada a los de nuestras haciendas. Figurábame estar en una casa de recreo a orillas de la gran capital. El gabinete en que me encontraba era, como he dicho, muy pequeño; pero el gusto más refinado y una sencillez encantadora reinaban en él. Inmensa ventana rasgaba el muro, abriendo ancho espacio a las armonías, a los colores y a los perfumes del campo. Un magnífico piano de Weber se encontraba abierto frente a la ventana. Los tapices y los muebles eran color gris perla y soberbias aguas fuertes y bajorrelieves de bronce adornaban los muros. Ella llegó. Digo ella, porque al aparecer en el umbral de la puerta, sentí una gran conmoción dentro del pecho. ¡María Teresa! -protesto y juro que ya se había borrado de mi memoria-. Estaba más hermosa que nunca; su espléndida blancura se destacaba en un mar de sombras; su traje y sus cabellos eran negros, muy negros, y sus ojos seguían siendo oscuros y profundos como una conciencia triste.

Al verme, detúvose de improviso, como quien trata de recordar un acontecimiento pasado. Luego avanzó serena y majestuosa. Yo estaba de pie y fascinado.

-Señora, la dije, casualmente he sido conducido ante usted, y no

me pesa. Vivo en el vecino pueblo. Salí a cazar, me cogió el chubasco, fue imposible volver a pie y he venido solicitando un caballo en qué poder regresar; pero por una equivocación de sus criados me he presentado a usted, pues a quien yo deseaba molestar era a su administrador.

-Celebro, caballero, esta oportunidad que me proporciona el gusto de verle en mi casa. Ignoraba que fuésemos vecinos. Ya le conozco -prosiguió después de leve pausa- en otra ocasión, según lo que puedo recordar, nos hemos visto.

-Así es, en efecto, señora. -Y me apresuré a relatar las circunstancias en que la había conocido. María Teresa me trataba con amable y discreta cordialidad. Yo estaba encantado y deseaba prolongar mi visita, pero era preciso retirarme. Se había dado orden de apercibirme el caballo y un mozo me acompañaría. Levantéme, le tendí la mano y solicité su venia para volver a visitarla.

-Es inútil esa solicitud que usted me hace -díjome sonriendo bondadosamente-. ¿No somos vecinos? -agregó, con encantadora ingenuidad-; pues es muy natural: que nos veamos.

Monté a caballo. Entre la obscuridad de la noche me dirigí al pueblo, y desde aquel instante ya no pensé sino en el día de volver a ver a mi nueva y delicada amiga.

IV

No la hice esperar mucho. En la primera entrevista que tuvimos después de aquella tarde, me refirió algunas intimidades de su vida en los últimos meses, dándome de esta manera una muestra de afecto sincero y de amistosa confianza.

-Ha seis meses enviudé -díjome-. Federico mi esposo murió en Milán, trastomado del cerebro, víctima de su peculiar organización, abatido, casi aniquilado por las circunstancias. Innumerables contrariedades tuvo que sufrir; no menores fueron los obstáculos que se opusieron a la realización de sus proyectos. Su ópera no llegó a cantarse; él creía que envidias y otras malas pasiones le rodeaban y hacían imposible su presentación en el mundo del arte. No había tal: su obra era mala; cuan-

do menos, deficiente. Todo lo que le abonaba como ejecutante -pues penetraba en lo más hondo del corazón de los maestros- le faltaba como compositor, y en Italia los músicos, y sobre todo los grandes músicos, son muy exigentes.

Una ocasión se levantó a las altas horas de la noche y se sentó al piano. Tocó uno de los conciertos de Weber, pero con furor, con delirio, poseído del vértigo. Yo desperté con aquel estruendo inusitado, y alarmada, me dirigí al gabinete de Federico. Al verme se levantó, se acercó a mí, me tocó las manos y fijando en mis ojos una mirada intensa y dolorosa, me condujo a un sillón cerca del piano. En seguida preludió los primeros compases del Nocturno número 1 de Chopin. Las cuerdas lloraron. De pronto abandonó el asiento y se lanzó a su alcoba murmurando más y diciendo: "¡Imposible! ¡Imposible!". Yo le ví alejarse y no pude moverme del sillón; pero ya no dormí... al día siguiente llegó el médico, y después de reconocerle, me dijo:

-Valor. Se curará mucho mejor lejos de usted. Hay en su cerebro además de una obsesión por su música, una idea tenaz y sombría que no le hace sufrir menos. Yo no sé cual puede ser, pero la palpo. Es preciso. Estará muy bien atendido, pues yo lo visitaré y recomendaré eficazmente. Si ha de sanar, sólo allí puede ser, no en otra parte, y mucho menos aquí, cerca de usted.

Yo no comprendía, pero algo lúgubre pasó por mi cerebro. El doctor continuó:

-Además, es forzoso. Yo no podría reportar una responsabilidad tan grave. Hoy mismo daré parte, pero pierda usted cuidado. Yo se lo juro, estará mucho mejor allí...

-¿Pero dónde es allí, Dios mío? -interrogué con angustia.

-Hay una casa especial donde se curan estas enfermedades.

-¡El manicomio! -Perdí el sentido, y cuando volví de mi aturdimiento, Federico ya no estaba en mi hogar...

Antes de dos meses murió. Yo no quise permanecer más en Italia y regresé a México, donde viví encerrada y lejos de todo el mundo. Después hice comprar esta finca para alejarme del bullicio y de la vida de las

capitales, que me fastidia y me enoja, y aquí vivo tranquila, hasta donde me es posible, buscando soledad, que ya he encontrado, y olvido, que quizá jamás encontraré.

Una larga pausa siguió a esta confidencia. Nada le dije, pero en mi semblante debió haber leído María Teresa las impresiones que me agitaban.

Aquel había sido casi un desahogo; ¿por qué la segunda vez que nos hablamos quiso derramar en mi pecho parte de sus dolores, aliviándose así de un peso que parecía oprimirla y agobiarla?

V

Repetidas fueron las ocasiones que volvimos a encontrarnos frente a frente. Establecióse entre nosotros una dulce intimidad. Hasta los temores que desde el primer momento de vernos sentí dentro de mí, por más que no me lo quisiera confesar, fueron desapareciendo hasta huir del todo. Sin embargo, había en el fondo de mi corazón un no sé qué indeterminado y vago que algunas veces me alarmaba. Yo no sabía qué podía ser, mas el tiempo y los acontecimientos me lo darían a conocer.

Y es forzoso que insista en este estado de ánimo, porque era parecido, si no idéntico, al de María Teresa. Yo no había sufrido, por entonces, grandes contrariedades ni profundos dolores, habíame acostumbrado a ver la vida como se me presentaba y a recibir los acontecimientos como venían, es decir, estaba revestido de cierto estoicismo que, si no me hacía feliz del todo, al menos me proporcionaba un gran medio para sobrellevar cómodamente la carga de la existencia. Mis pasados dolores, mis tristezas antiguas, si no habían desaparecido del todo, estaban enterradas, pero muy enterradas, bajo una espesa capa de ceniza.

¿Era yo acaso un egoísta? Quién sabe, tal vez sí, y por eso sentía miedo al confesarme cualquiera impresión que creía sentir allá en las hondonadas abruptas y escondidas de mi espíritu. De ahí es que mi carácter, antes fogoso y exaltado, se hubiese convertido, hasta cierto punto, en frío y analizador. Mis obras, más que nada, acusaban este cambio.

En cuanto a María Teresa, encontrábase en un estado semejante.

Ella no había sentido en su espíritu grandes sacudidas, pero sí grandes inquietudes la atormentaron siempre, desde que el botón de su niñez se abrió en explosión de pétalos a la vida ardiente y exuberante de la juventud. Si el terremoto humano no se había verificado en ella, todos los instantes de su vida encontrábase próxima a sufrirlo, y apercebida estaba para ello.

Su matrimonio había sido casual.

Federico se enamoró de ella con locura, con esa ceguedad que viene a convertirse en obsesión cuando las inclinaciones se sienten contrariadas. María Teresa, que pasaba por ser la imagen misma de la frialdad, tenía en las vaguedades de sus sueños y en las incógnitas y misteriosas inquietudes de su alma, una pasión desmesurada por el arte en todas sus manifestaciones; pero la música era el objeto de su más vehemente predilección. Esta fue la válvula de sus deseos comprimidos y no conocidos por ella en mucho tiempo. Federico la arrebató con su inspiración, y muchas veces llegó a creer que aquel culto por el artista era pasión por el hombre. Sin embargo, acostumbrada por su temperamento y por el estado perenne de su espíritu a analizar, caía luego en la cuenta de la diferencia que existe entre la admiración y el amor.

El artista, por su parte, habituado a seguir sus naturales fogosidades, y a no pensar sino sólo a sentir, estrechaba el cerco de sus pretensiones. La importunaba, la asediaba. Sus desesperaciones eran sombrías y alarmantes. A María Teresa halagaba aquella pasión que había inspirado. Sentirse amada tan ardientemente, ser la rival de una musa; ocupar el primer lugar del cerebro de un genio. Y ¿por qué no había de amarlo? A nadie, hasta entonces, había querido; y puesto que amar es el destino de la mujer, ¿a quién mejor que a un hombre de sensibilidad exquisita, de talento claro, de inclinaciones nobles y de espíritu levantado? Federico, además, era hermoso, con hermosura varonil. Su educación había sido esmerada, sus conocimientos eran amplios, su reputación de artista se había extendido por todas partes por donde había pasado... ¿Por qué no amarlo?

Y el matrimonio se verificó. Pero, ¡ay! el desengaño de María Te-

resa fue grande, como su imprevisión. No, no pudo, no logró amar a su marido: todos los esfuerzos fueron inútiles. Sin embargo, no sintió jamás aversión ni repugnancia. Estimaba a su esposo de día en día, pero ni pizca de pasión. El era un caballero y un enamorado.

Bien pronto conoció que en su esposa faltaba algo para él, aquello que soñaba y presentía en sus delirios de adolescente, primero; en sus admiraciones de artista, después. El amor tiene un sublime intuitivismo que es muy difícil engañar; y los tormentos de Federico, en vez de disminuir con la posesión del objeto amado, fueron aumentando, aumentando sin tregua, hasta convertir su corazón en el foco de todos los desalientos y de todos los temores, pues vino a conocer al cabo que la querida mitad de su alma había sufrido el más lamentable de los engaños. Sabía, por lo demás, que a nadie había ella amado, que a nadie amaba; pero esta circunstancia real, en lugar de sosegarle, le atormentaba. ¿Y si alguna vez se abría su corazón al amor?... Ni una queja, ni un reproche salió jamás de sus labios; pero su corazón estaba inquieto, y más que todo, despedazado por el dolor de ver perdidas, hundidas para siempre, las esperanzas, los ensueños de su vida.

Por otra parte, la música le abstraía. Era artista de raza y siempre había adunado, allá en los delirios de su cerebro, su amor a María Teresa y su culto al arte. Cuando sintió el inmenso desfallecimiento ocasionado por el derrumbe de sus esperanzas se acogió a su arte como un refugio; a su arte, que se le presentaba como una playa salvadora en el espantoso y desolador naufragio de sus amores. Sintió que se abrían inmensos horizontes a su genio. Siempre el dolor es quien los abre. Se consagró por entero a la composición. Soñó en la gloria: la gloria para sí... y para ella ¡quién sabe! Acaso al ver su nombre repercutido por cien mil voces y sus obras reproducidas por todas las prensas del mundo culto, ella sentiría abrirse en pétalos de pasión el botón cerrado del sentimiento. Escribió, escribió sin tregua ni descanso, y pasábase las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio frente al piano, como se los pasaba frente a los infolios de los libros de caballería aquel otro pobre loco, soñador y enamorado como él, que ha dado la pauta para todas las

nobles locuras, sublimes insensateces de los hombres. La obra, la grande obra quedó al fin terminada. Faltaba hacerla conocer; pero, ¿cómo lograrlo? No le eran desconocidas las dificultades inmensas que habrían de oponerse a la realización de su proyecto. Hacer representar en México la ópera, no era suficiente. Más extenso teatro, espacio más abierto ambicionaba. Recibir el bautismo del arte en Milán... ¡Oh, que grandeza y qué gloria! pero, volvía a presentarse el problema; ¿cómo lograrlo? Su cerebro, de continuo excitado, buscaba la manera de resolverlo. Trabajaría más aún, no se daría punto de tregua y ahorraría todo lo que pudiera, sin reducir demasiado sus gastos. Y empezó la lucha. La fatiga le agobiaba algunas veces; pero vencido al fin, se levantaba su ánimo más vigoroso y más potente.

Un día sintió el pobre Federico atravesar por su cerebro vagas sombras que le obscurecían, y esto le aterró. Sus nervios, atrofiados, desfallecieron y la fuerza le abandonó por completo. Un grito de desesperación y de rabia se escapó de su garganta. Iba a maldecir, cuando recibió el aviso de la muerte de su tío, y con él la respetable fortuna de que le hacía poseedor a la hora de la muerte.

Federico, que había amado a su tío, como a todos los seres que le rodeaban, porque su corazón siempre abierto al amor, se alegró no obstante. Vio aquella muerte como providencial y recibió aquel tesoro como un feliz augurio para la realización de sus sueños.

Partió a Italia... Lo demás ya me era conocido de antemano. Primero la desesperación más espantosa o tan espantosa al menos como las anteriores; luego el manicomio, y por último, la muerte y aquella gruesa capa de tierra ahogando para siempre en el noble cerebro tantas ilusiones dulces y halagadoras y tantas sublimes locuras. Así acabamos, así acabaremos todos los que mantenemos en la existencia esta ya épica, y más que épica, trágica lucha por el ideal con el destino, que al fin nos vence y que nos hace rodar maltrechos y agonizantes, hasta arrojarnos, desesperados y muertos, sobre la ardiente arena del combate.

VI

Confidencias íntimas fueron éstas que María Teresa depositó en mi corazón durante nuestras frecuentes entrevistas. Una amistad franca y sincera nos fue estrechando poco a poco, hasta hacer que nos consideráramos como hermanos. Al principio no dejaba de haber cierto recelo de parte de ella, cierta timidez de la mía; pero por un fenómeno que no por extraño deja de verificarse algunas veces, la distancia que desconfianzas y temores establecieron entre nosotros se fue acortando, acortando, hasta desaparecer del todo.

Mis visitas menudearon. Ya era para mí una verdadera necesidad comunicarme con aquella mujer. Si cuando la conocí sentía vagas inquietudes dentro de mi alma, éstas, como he dicho antes, huyeron, siendo reemplazadas por el afecto más puro y desinteresado. No por eso dejaba de pensar algunas veces en que la posesión de mi amiga haría mi felicidad, pero al ahondar en su corazón, me creía incapaz de llegar a él por otra puerta que no fuera por la de aquel fraternal cariño que nos profesábamos.

Por lo demás, ella me trataba con franca cordialidad, como a un viejo conocido. Llegué a serle indispensable. Los días que no nos veíamos, estábamos inquietos. Yo, entretanto, recobré mis perdidas fuerzas y trabajaba con ahínco. Siempre que iba a "La Granja" leía a mi encantadora confidente las páginas escritas durante nuestra ausencia. Ella aplaudía y me admiraba ingenuamente. Por su parte, recompensaba mis trabajos haciéndome oír al piano las obras que más me han deleitado siempre. María Teresa tocaba con una delicadeza y una sensibilidad extraordinarias. No era ejecutante, pero sí artista notabilísima. Siempre he preferido lo último: ni gozo ni siento con esa admirable gimnasia de los dedos que parecen hacer una verdadera prestidigitación sobre las ebúrneas teclas. Un arpeggio, un acorde, un sonido sólo arrancado al piano, más con el corazón que con los dedos, valen más para mí que todos los estudios, que todos los ejercicios, que todas las sinfonías ejecutadas con agilidad y destreza suma, pero sin pizca de sensibilidad, y de consiguiente, sin un

átomo de expresión.

De aquí es también que las piezas en que el pensamiento musical está escondido entre una maraña de escalas, acordes, y "fiorituri", como las obras de Thalberg, Gottschalk y otros, me disgustan profundamente. Sobre todo las transcripciones de óperas me atacan los nervios y me hacen odiar en el momento que las oigo, a los audaces profanadores de los grandes poetas de la música. Prefiero la inspiración propia, complicada o sencilla, y Schumann, Beethoven, Mendelsohn y Chopin, son mis adorados pianistas.

María Teresa era de gustos semejantes a los míos. Cuando tocaba, su temperamento nervioso se excitaba extremadamente. Su semblante se transfiguraba, y el fruncimiento de sus cejas y en la agitación de su pecho, se dejaba adivinar desde luego ese divino sufrimiento del artista que se traduce al lenguaje exterior en cantos de pasión o en estremecimientos de angustia sobre el escenario.

Debo confesar aquí que cuando María Teresa se sentaba al piano, dejaba de ser para mí la amiga y confidente y se transformaba en una mujer arrebatadora y peligrosa: una de esas mujeres nacidas para inspirar las grandes pasiones, producir las grandes catástrofes. Ni siquiera veía en ella, como en los remotos sueños de que he hablado, a la dulce compañera que fabricara con su amor la inmortal felicidad de mi existencia. No: la veía como una de esas heroínas de novelas terribles, o como una de las grandes perturbadoras de la historia a quienes se ha amado y debe fatalmente, entregándole amor, vida, honra, todo, a cambio de un solo beso. Hasta me pesaba que no fuese casada todavía para poderla amar con un amor culpable, con una de esas pasiones tremendas que aniquilan y destrozan.

Acaso ella lo comprendía, o cuando menos lo adivinaba con su doble instinto de mujer y de artista, porque muchas ocasiones interrumpía un "scherzo" o una "sonata" para hacerme alguna observación del todo inoportuna en aquel momento. Otras veces se levantaba del piano y me obligaba a salir acompañándola a los jardines o al campo, o bien dejaba de tocar con aquella expresión arrebatadora, sólo por ella cono-

cida, y sus manos pasaban por el teclado como autómatas, produciendo un monótono canto de organillo.

Entonces volvía a ser para mí la dama virtuosa y respetable y la encantadora amiga, en quien me complacía desahogar mis ocultas ansias de gloria y de felicidad.

VII

El gabinete en que generalmente me recibía mi bella amiga, era delicioso. Los ángulos, cortados en chaflán, estaban cubiertos por enormes espejos que se levantaban desde el lambrín hasta el techo. La ventana que daba paso al aire y a la luz, era muy amplia y por ella se descubrían el campo y el horizonte. El jardín que rodeaba la casa, era lo primero que dejaba verse. Apretados rosales y plantas primorosas se ostentaban ansiosa y elegantemente sobre la húmeda tierra, y gentiles trepadoras subían hasta la reja, asomando indiscretas sus perfumadas cabezitas para curiosear lo que pasaba adentro. Más lejos la luminosa arboleda del río columpiaba su verde penacho al manso compás del viento; luego se tendían las laderas muellemente con la indolencia voluptuosa de una virgen indiana, y allá, en las lejanías, se destacaba con vigorosos perfiles la sierra azul, cuyas ondulaciones se teñían de verde mar y violeta, según los matices que el crepúsculo les prestaba.

Concluía el verano y las primeras ráfagas del otoño empezaban a orear, para secarlas, las hojas de los árboles. Una de esas tempestades tardías habíase descolgado por los alrededores de "La Granja". Caía la tarde, y los últimos fragores del trueno iban a perderse zumbando por la ligera cordillera. El cielo estaba plomizo, y algunas gruesas gotas de lluvia azotaban aún el follaje y mojaban la tierra, haciéndola exhalar ese olor penetrante y delicioso de humedad que ensancha los pulmones y hace circular la sangre con ritmo vigoroso y precipitado.

María Teresa y yo nos encontrábamos frente a frente. Ambos, sentados cerca de la ventana, contemplábamos el paisaje. Hacía largo rato que no pronunciábamos una sola palabra. Yo sentía hondas y vagas tristezas sin motivo determinante alguno. María Teresa tenía la mirada per-

dida en esas lontananzas ideales, más lejanas aún que las del horizonte, y alguna vez los encajes crema que adornaban su peinado negro, ondularon suavemente estremecidos por un suspiro que hinchó su seno y fue a perderse confundido con el último aliento de la tarde.

¡Qué hermosa era! Sus ojos, como dos abismos absorbían las sombras de la noche, haciéndose más negros y profundos. Su cabellera, medio recogida y alborotada, caía en crenchas negrísimas sobre su espalda, como una cascada de tinieblas, y el óvalo mate de su rostro tenía una blancura de mármol, al que las postreras tintas del crepúsculo daban una palidez casi lívida.

Tras de nosotros, el gabinete se envolvía en espesas sombras. A nuestra vista los primeros luceros empezaban a titilar y a estremecerse, parpadeando a través de la ruptura de las nubes; y la atmósfera, cargada de ozono, acariciaba nuestros poros, introduciendo en ellos sus oleadas frescas, que caldeaban la sangre.

¿En qué pensaba yo en aquel instante? No podré decirlo a punto fijo. Hay veces en que, como entonces, pasa con vertiginosa rapidez por la memoria todo el panorama de nuestra vida: las embriagueces y vaguedades de la adolescencia, las ansias de la juventud, las ambiciones de la virilidad; los recuerdos, los ensueños, los desencantos, las amarguras. Y todo esto, amalgamándose de improviso en el fondo de nuestro espíritu, viene a formar una cosa inmensa, formidable, indescriptible, que solo puede traducirse con esta palabra: Tristeza.

La última vez que había ido a visitar a María Teresa, cuatro días antes, roguéle con insistencia me hiciera oír el primer "Nocturno de Chopin", aquella misma obra que Federico había ejecutado en el Casino Alemán y que me impresionara tan hondamente. Ella se rehusó, se rehusó de tal manera que no me atrevi a insistir más.

-No quiero tocar ese Nocturno, y le suplico me perdone. Era una de las obras que más amaba Federico: fue la última que le oí tocar aquella horrible noche de que le he hablado a usted. Una ocasión refirióme cierta historia triste y desgarradora de no sé qué infidelidades y desesperaciones que sufrió el gran maestro en uno de sus viajes con Jorge Sand.

"por eso, decía Federico, estos lamentos no son lamentos, son sollozos ahogados que retumban dentro del piano como golpes dados en el interior de un ataúd. Y bien mirado, ¿qué otra cosa es el pecho donde late este pedazo de carne, centro de todas nuestras congojas y nuestras ansias, cuando el infinito dolor del desengaño y la suprema desesperación de la vida vienen a estrujar, a helar, a destruir la noble víscera que queda latiendo insensiblemente como un cadáver galvanizado, bajo la tapa de esta mezquina cavidad que la contiene?"

-Si yo tocara este Nocturno, continuó ella, me parecería que tales sollozos no habrían de brotar de la concertada encordadura. Creería escucharlos, surgiendo de aquel ataúd como golpes secos... Y ahora hay un ataúd verdadero sepultado bajo inmensa capa de tierra... ¡Qué horror! ¡Cómo llegarían a mis oídos, más ahogados y más hondos!....

La extraña nerviosidad de María Teresa se excitó horriblemente, y yo, para distraerla, procuré hacerle olvidar aquello, hablando de otras cosas, lo que no me costó poco trabajo.

Comprendí que ella conocía aquella sombría historia de Chopin de que no quiso darse por enterada. Un remordimiento extraño, pero injusto, atenaceaba cuando traía a su memoria recuerdos de Federico y por eso procuraba alejarlo a toda costa.

La tarde a que me refiero, después de largo silencio en que nos mantuvimos, se levantó María Teresa de su asiento y, sin hablar palabra, se acercó al piano, y empezó a recorrer el teclado indolentemente, preludiando piezas que no seguía, sin fijarse en alguna determinada.

El piano estaba bastante retirado del muro. Yo me levanté igualmente acercándome por detrás del instrumento, apoyéme de bruces sobre la tapa. El callado resplandor de la noche iluminaba apenas la estancia. Veía dibujarse vagamente el contorno de aquel rostro pálido y se adivinaba entre la sombra de la albura mate del marfil sobre el teclado, así como el encaje crema que ondulaba ligeramente en el pecho de María Teresa.

Un deseo terco, un capricho inexplicable, o más bien, un sentimiento de curiosidad -o tal vez de otra naturaleza que no me atrevo a confesar-

por conocer y palpar de frente los ocultos sufrimientos, las misteriosas ansiedades, los secretos dolores de aquella mujer, se levantó de improviso en el fondo de mi pecho e hizo, de una manera igualmente repentina, decirle:

-Toque usted el Nocturno de Chopin.

-No, dijo secamente, sin dejar de recorrer el teclado y moviendo la cabeza a compás.

-Se lo ruego a usted.

- Imposible. Ya le he dicho cuál es el motivo por que rehúso.

-Pero si esa es una niñería. Vea usted: tocándolo una vez, sentirá desvanecerse para siempre esos vanos fantasmas que la perturban. Además, no está usted sola; yo la ayudaré a disipar sus sombrías visiones, y al fin y al cabo, si usted se obstina en acariciarlas acabarán por hacerle un mal grave tanto en la salud como en el espíritu.

-Pero vaya un empeño el de usted...

-Sí; es un empeño. Primero, por la razón que acabo de exponerle; y luego, porque tengo un deseo infinito de oír ese Nocturno, y de oírsele a usted. ¡Si viera usted cómo me lo figuro! Con una sensibilidad tan exquisita como la suya, con una imaginación tan soñadora y un conocimiento tan profundo de lo que encierra el arte en sus honduras, ¿qué no hará usted con ese Nocturno?... Vamos, María, permíteme usted, pero no me lo niegue. Soy su amigo, más que su amigo, su hermano: usted me lo ha dicho: hermano por el corazón, por las inclinaciones, por el arte. Es una prueba de afecto que exijo de usted; de usted que no tiene a quien complacer, porque se ha propuesto alejarse de todos; de usted, tan bondadosa conmigo, que me ha excluido de los ausentes. ¿Será usted tan buena una vez más?...

-¡Pero qué cosas tiene usted! He notado que es muy terco y no cede hasta ver logrados sus caprichos.

-¡Por Dios!...

-Voy a complacerle; pero que sea ésta la última necesidad. Y adivinaba su hechicera sonrisa entre las sombras.

-¡Perdón!... Y me apercibí a encender luces.

-No es necesario: lo sé de memoria, y dejando de recorrer las teclas, quedó un momento como abstraída en la honda meditación evocadora del recuerdo.

Yo cerré los ojos y escondí la cabeza entre los brazos.

VIII

Las primeras notas que se escaparon, débiles y frías, como palomas entumecidas por el rocío de invierno que apenas pueden batir las alas empapadas y rasgar el viento. Una escala descendente bajaba como el relámpago, desde las alturas del gemido más agudo, hasta las profundidades del sollozo. Luego se oyó la queja honda y amarga, como la ola que del mar adentro viene a reventar en las rocas y aristas agudas y afiladas, que la corta como un cuchillo y la hace gemir y retirarse, rota en mil cristales. Y aquella queja desgarradora tenía inflexiones de canto, retorcimientos de grito doloroso y prolongado.

Las manos de María Teresa apenas se movían sobre las teclas. Hubiérase dicho que al contacto de sus dedos estáticos brotaba la armonía humanamente divinizada, como brota el repique eléctrico bajo la suave presión de un solo dedo. Y a medida que el Nocturno avanzaba, crecía la pasión que iba alzándose envuelta en el manto armonioso de las notas, como el de Dante ascendía desde los más estrechos círculos del Infierno hasta los más elevados escalones del Paraíso, envuelto en los efluvios exhalados por el bienaventurado espíritu de Beatriz. Luego el sollozo crecía hasta convertirse en silencioso alarido, ahogado antes de brotar de la comprimida garganta. Y la música desaparecía y huían los acordes y los arpegios y sólo quedaba la queja, la queja lastimera y profunda, como la pavorosa lamentación que arranca el viento helado del norte y las ramas secas del bosque en una larga y triste noche de invierno.

Hubo un instante en que sentí pavor. Algo como un soplo frío recorrió mi espina dorsal desde la nuca. Sentí un erizamiento en todos mis miembros y volví a ocultar la frente que levantara momentos antes. María Teresa parecía no moverse absolutamente; e imaginé que el piano sona-

ba solo a impulsos de no sé que desconocido genio. Y los triples gemían y sollozaban como se gime y se solloza en el hogar desolado cuando de él ha salido para siempre el cuerpo difunto de un ser querido; y allá, en los bajos, el sepulturero o el destino cavaban la fosa, no sé si de un cadáver o de una esperanza.

Y entonces veía yo a Chopin, aterido de frío, solo, triste y enfermo de muerte, en el comfortable gabinete de un "chalet" pintoresco, a la orilla del mar y cercano a la ciudad meridional, donde la vida latía y el vértigo de los sentidos hacía desvanecerse y naufragar tantos corazones. La chimenea chisporroteaba alegremente y la lluvia azotaba los cristales del balcón. En un ángulo del piano esperaba, mudo y silencioso, la mano poderosa que le arrancara cantos y gemidos. Y el pobre tísico se estremecía de ansia y de dolor en su soledad. Acababa de despertar. La calentura le postraba en el lecho todas las tardes, infundiéndole sopor pesadísimo que le abrumaba. Llamó y el criado se presentó, anunciándole que la señora (Jorge Sand) había salido y tal vez volvería tarde. Aquella mujer le veía y le mimaba como a un niño malcriado. Le había sacado de París temerosa de que los rigores de la estación apresuraran el fin funesto ya previsto por los médicos. El se dejaba mimar y querer como de una madre, por aquella mujer a quien desenfrenadamente adoraba... Y la lluvia seguía azotando los vidrios, lenta y monótona, y la chimenea chisporroteando alegremente. Y cerró la noche, y la soledad se prolongaba... Aurora no volvía. Entonces sintió un presentimiento doloroso, y los celos y la desesperación se apoderaron de su alma. El desengaño taladró su pecho con frío puñal, y una ola de llanto subió desde su corazón hasta sus ojos donde fue abrasada, deteniéndose en los párpados convertida en dos gotas de fuego... Entre tanto, la muerte acechaba y sonreía irónicamente viendo acercarse la presa; y el piano producía luego sonatas y nocturnos en que el sublime tísico desahogaba su dolor exhalándolo en armonías divinas...

Y vi después a Federico, también adolorido, desencantado, desesperado. La locura le empujaba hacia el cementerio, y allí la fosa abría, para tragárselo, sus insondables fauces siempre devoradoras y hambrien-

tas siempre... Y luego me veía a mí mismo. El espanto y el horror crisparon mis nervios y ensombrecieron mi alma. ¡Sí! Me dí cuenta clara, palpitante, del estado de mi espíritu. Adoraba frenéticamente a aquella mujer, y una voz misteriosa, un secreto y fatal presentimiento, me decían que aquel amor era imposible. Esto era absurdo: ambos éramos libres... ¡Amarnos! Y ¿por qué no? ¡Cosa fácil! y sin embargo, la voz seguía creciendo, gritándome, aturdiéndome; y el presentimiento se agigantaba hasta convertirse en una mano enorme y formidable que se adelantaba entre la negrura de la noche, para empujarme, separarme de María y arrojarme a la mar sin orillas de los que pierden la esperanza!... El "Nocturno" se iba desvaneciendo. Sus últimas notas pasaron por mis oídos como el soplo vago y melancólico que roza las hojas amarillas en los crepúsculos de noviembre y las dispersa sobre las losas de las sepulturas. Alcé de nuevo la cabeza, pero la noche se había ensombrecido y apenas pude distinguir el rostro pálido de María Teresa. Un suspiro, un suspiro inmenso, se escapó de su pecho con el último gemido del piano y entonces sentí una conmoción extraña, repentina y profunda, producida por una idea que súbitamente cruzó por mi cerebro, alumbrándolo con resplandores de incendio... ¡María Teresa estaba enamorada del muerto, cuya sombra flotaba en aquella estancia, evocado por el conjuro mágico del piano!

Sentí elevarse mi pecho, dilatándose como las olas hinchadas por los nortes en las costas del Golfo, bamboleándome como un ebrio y conteniéndome para no gemir, apartéme del piano y me dirigí a la puerta. No pude llegar. Caí sobre una silla y prorrumpí en sollozos desgarradores y profundos, que en vano procuré contener. ¡Qué intenso, que terrible es el desbordamiento de las supremas circunstancias de nuestra vida!...

Oí el ruido violento y repentino que produjo María Teresa al levantarse del piano. Oí luego sus pasos apresurados sobre la alfombra y alcé los ojos. La luna acababa de aparecer en el Levante, rompiendo el velo de las nubes. Pálida y tristesísima claridad penetraba por la ventana, y a su fulgor mortecino, el óvalo blanco de aquel rostro bello y melancólico

que se aproximaba en la obscuridad... Llegó, llegó hasta mí, y sentí pasar sobre mi cabeza dos manos trémulas y frías, acariciando mis cabellos, luego bajaron resbalando suavemente hasta mis ojos; sintieron la quemadura de lágrimas y se retiraron, retiraron para caer de pronto entre mis manos. Ella se había desplomado al lado mío sobre una silla.

-¡Tú... sólo tú -suspiró una voz junto a mi oído- puedes curarle de este mal extraño y de esta pasión absurda!... ¡Te amaba desde antes... Te amo ahora; pero siento algo como un espectro que se interpone entre los dos y me arrebató mi amor!... ¡Mi amor, que ha sido y es únicamente para tí!

Y aquella encantadora cabeza cayó sobre mi hombro, y sus cabellos rozaron mis mejillas inundándome en una ola ardiente y perfumada.

-¡Mentira! -grité-, nadie es capaz de arrebatarme lo que es mío! ¡Ni la muerte! ¡Ni la muerte!...

Súbito púsose de pie.

-Es una locura, dijo, pero ya está hecho. La veía venir y tenía miedo, pero la ansiaba... Preciso es que te vayas. Vete... No te encargo que pienses en mí, porque es inútil. No dejarás de hacerlo... ¡Ay! Ni yo tampoco. Ahora, adiós!...

-¡María!

-Nada de tonterías. Volverás a verme, pero no mañana. No vengas mañana. No somos chiquillos: es necesario tener formalidad. Ven dentro de tres días. ¡Ni un minuto antes! Dentro de tres días...

Me hablaba cerca, muy cerca. Nuestras manos se estrechaban, nuestro aliento se confundía. Clavé mis ojos sobre los suyos y mis labios se estremecieron con el temblor del beso. Ella titubeó un instante, y al cabo, con dolorosa resolución y una voz salida de allá muy hondo, de allá muy lejos, dijo, como hablando consigo misma:

-¿Y por qué no?... ¡Quién sabe!... ¡Quién sabe de mañana!...

Y juntó sus labios a los míos... El beso estalló, quedo, muy quedo, como temeroso de que lo oyeran las sombras de la noche y lo arrebataran al abismo, envolviéndolo entre sus negros crespones.

IX

Inútil es decir con cuánta ansiedad esperé que transcurriera el plazo que María Teresa me había señalado para volver a verla. Las dos noches que siguieron a aquella memorable, descrita últimamente, pasélas entregado a los más dulces sueños y forjándome los más halagadores proyectos. Divinas embriagueces inundaban mi alma. Sentí que renacía a los años de mi juventud, cuando por primera vez murmuré a los oídos de una mujer : "¡Yo te amo!" temblando de emoción y de cariño; cuando por primera vez sentí sobre mis labios los labios húmedos y tibios de mi primera novia.

Sentíme regenerado, limpio de tantos años de duda, de odios, de egoísmo. Volví a sentir palpar dentro de mi pecho el corazón generoso, noble, desinteresado, que alentaba en mí al salir del colegio y al entrar en el mundo, donde tan presto habrían de perderse aquellos puros sentimientos. Ya soñaba en un hogar futuro, lleno de paz, de luz, de armonías, de perfumes; con flores y risas y cantos y niños rubios gritando y corriendo, como los querubines que revolotean en los frescos del Giotto y de Angélico. Sí: María Teresa sería mi esposa. Habíase abierto dilatado y desconocido horizonte para mi espíritu. Yo era aún bueno, generoso, entusiasta, como en mis primeros años de colegial... ¡Qué pasión tan inmensa y tan profunda!

Había olvidado del todo temores y desconfianzas. Los presentimientos huyeron y me reía de los tales, maldiciendo mi escepticismo; y llegué a despreciar aquellas románticas y desconocidas ansias, sentidas cerca de María Teresa, atribuyéndolas a un contagio de su temperamento neurótico y visionario. Pero ya, ya se curaría también ella; acaso ya se había curado del todo. ¿No era yo su primera pasión? ¿No se veían correspondidos y satisfechos hasta el exceso sus amorosos sentimientos y sus desconocidos deseos?...

Por fin, amaneció el día tan ardientemente deseado. El otoño se anticipaba anunciándose con una de esas mañanas pálidas y frías, en que el cielo deja caer sobre la tierra menuda llovizna que entristece los cam-

pos y opaca la atmósfera.

Almorcé precipitadamente, monté a caballo y me dirigí a "La Granja". No corría, volaba, a pesar de lo resbaladizo del terreno, donde más de una vez estuve a punto de caer. ¡Cuántas ilusiones me iba formando! ¡Cuántas esperanzas se iban abriendo dentro de mi alma, como flores blancas que en la mañana despliegan sus hojitas para recibir las amorosas caricias del céfiro y del rocío!

Ya me figuraba estar al lado de María Teresa, que me esperaba sonriendo apasionada, para hablar de nuestro porvenir y nuestra dicha. ¡Qué hermosa es la vida cuando la felicidad nos cobija con sus transparentes alas de azul y nácar, e infunde en nuestro espíritu el soplo divino que nos eleva al cielo y nos hace amar todo lo que nos rodea, desde la piedra al astro, desde el mísero insecto hasta el hombre nuestro hermano!

Poco más de una hora tardé en recorrer el camino que conducía a "La Granja". Divisé por fin la fachada de aquella mansión deliciosa, que encerraba el tesoro más caro a mi corazón, y una ola de embriagador encanto sentí penetrar en mi interior y circular por todas mis arterias. Llegué, y rápidamente subí la pequeña escalinata del vestibulo. Sin detenerme más que para despojarme del impermeable, atravesé el pasillo que tan conocido me era. Detúveme ante la puerta del encantado gabinete, templo de mis amores y mis dichas.

El corazón quería saltárase del pecho. Iba a torcer el picaporte para abrir la vidriera de visillos gris perla, cuando el administrador de la finca se me presentó cortésmente, diciéndome:

-Hace dos días que partió la señora y me ha dejado esta carta para entregarla a usted este día, en cuanto llegase a "La Granja".

La sorpresa fue grande. No podía comprender ni adivinar lo que aquello significaba, y con el asombro estúpido que se apodera de nosotros cuando nos acontece lo imprevisto, sólo pude interrogar:

-¿Pero, a dónde se ha ido? ¿Qué ha ocasionado ese viaje?...

-Lo ignoro, díjome el empleado. La señora partió hasta la más próxima estación del ferrocarril, que dista de aquí solo cinco leguas. Llegó

mucho antes que los trenes pasaran, y devolvió inmediatamente el carruaje. Esta es la causa por la que no puedo decir a usted hacia dónde se dirigió.

Comprendí que aquel hombre no sabía una palabra más sobre tan extraña partida. Indiquéle que deseaba entrar en el gabinete, y me dejó solo.

Penetré; dejéme caer en el asiento más próximo a la puerta, aquel mismo en que oí las primeras y únicas palabras de amor, que durante tres días no dejaron de sonar en mi corazón y en mi memoria.

Rompí la nema y leí, devorándolos, estos renglones:

"Teodoro: Perdóname, pero es necesario... nuestro amor es imposible; he pensado mucho, he sufrido mucho y he llorado más todavía; la explosión de aquella noche fue inevitable, pero no debió ser. Si nos uniéramos, seríamos muy desgraciados, doblemente desgraciados de lo que somos ahora. No puedo apartar de mi mente el fantasma de Federico. Me amenaza, me suplica, me llora. Es una obsesión, pero imposible despojarse de ella. Parece que estoy poseída; y si cometiéramos la imprudencia de unimos, aquel espectro, interponiéndose entre nosotros, helaría todos nuestros goces, mataría toda nuestra dicha. Hasta me juzgo adúltera... Es un absurdo, pero en vano lucharía por desechar semejantes ideas de mi cerebro. Adiós.- ¡Y para siempre! No me busques, sería inútil. He tomado una resolución inquebrantable. Perdóname y olvida".

No había firma. Dejé caer la cabeza sobre el pecho. De lo que entonces sentí no podría darme cuenta ahora. El desplome de toda una vida entre los abismos de la muerte no puede describirse. Las grandes catástrofes del espíritu son más supremas y trágicas que las que se producirán en los espacios infinitos cuando sobrevenga el aniquilamiento de los mundos.

No sé, no recuerdo cómo pude salir de aquella habitación y de aquella casa ¡cómo desanduve el camino que recorriera tres horas antes, lleno de locas esperanzas y de insensatas ilusiones, ya idas para siempre. Cuando llegué a mi albergue, me desplomé sobre el lecho... y no supe

más de mí...

X

Transcurrió mucho tiempo, meses, años tal vez, pues en aquel horrible lapso consumí muchas vidas en breves instantes. Volvió la conciencia a mi espíritu y el conocimiento a mi razón. Había sufrido una terrible fiebre cerebral y estuve a punto de morir. Un médico y dos amigos más se encontraban a mi cabecera.

-¡Salvado! Fue la primera palabra que pude comprender.

Después de los cuidados y solicitudes del caso, fui recuperando paulatinamente mis fuerzas. Como del seno de brumosa niebla, empezaron a destacarse los recuerdos. Parecían venir de muy lejos... de muy lejos... Lo que me había acontecido, tomaba en mi espíritu la forma de un sueño y no podía aún darme cuenta exacta del todo. Mis amigos, venidos de la ciudad al saber el estado que yo guardaba, hacían esfuerzos por alejar de mi memoria todo recuerdo que me encadenara con el pasado. Por las palabras que se me escaparon durante el delirio, adivinaron la causa de mi enfermedad.

Cuando estuve restablecido, sacáronme del pueblo y me llevaron a mi ciudad natal, de donde me había separado hacia seis meses. Allí procuraron distraerme. Yo aparentaba complacerlos, pero dentro de mi alma había una oquedad sombría, que tal vez sólo pudiera compararse a la del caos, antes de resonar en él la primera palabra creadora...

Estando cierta noche en la casa de una respetable persona, supe que la señora viuda de Schak había marchado para Europa, donde entraría de novicia en un convento, resuelta a profesar a la mayor brevedad posible. Nadie se explicaba el hecho y todos lo comentaban. Yo permanecí indiferente y silencioso, ocultando dentro de mi corazón aquella brevísima historia de amor y de lágrimas, que para desahogo mío he consignado en estas páginas.

Cuando regresé a mi casa, busqué una cartera guardada hace mucho tiempo, y saqué de ella, amarillenta, seca, sin perfume, la gardenia que se desprendiera del tocado de María Teresa la noche en que la cono-

cí y que había yo recogido en el vestíbulo del teatro.

Era la única prenda que guardaba de aquella pasión extraña y tormentosa, y que me unía aún con la mujer de mis amores.

Pero no: ¡el recuerdo, inmortal como el alma que lo abriga, es la prenda segura y firme que me une y unirá hasta el último momento de mi vida, al ser que por un instante formó la más grata esperanza y la más loca ilusión de mi existencia!...

¿Qué sería de mí? No lo sé: pero entre tanto sigo atravesando este inmenso desierto, esperando con ansia ardiente llegar al eterno oasis donde debo descansar para siempre!

27 de agosto de 1891.

La nochebuena del labriego

Boceto real

A Bernabé Bravo

I

Después de navegar por el mar infinitamente azul del cielo, donde como velas dispersas se desvanecieron las pálidas nubes invernales, el sol fue a hundirse tras la cordillera occidental de cuya esmaltada cresta, en el instante de sepultarse el astro, surgieron como fajas de diáfano alabastro envueltas en gases vaporosas las ráfagas del hielo, extendiéndose hacia el cenit por toda la anchura del horizonte transparente y sereno de la tarde.

Un viento delgado y cortante como el filo de un cuchillo soplaba fuertemente, haciendo estremecer las hojas amarillas de los árboles casi secos y desnudos produciendo un ruido crepitante como de huesos que se chocaran entre sí.

La noche caía profunda y azul, salpicada de luceros que titilaban temblando de frío, e iluminando con luz incierta los jacales del rancho, de cuyos fogones apenas se escapaba una humareda vaga e indecisa que no tenía fuerza para elevarse a las alturas, desvaneciéndose presto en el ambiente helado de la atmósfera.

Bajo la seca enramada que a la puerta de un jacal sostienen dos troncos de mezquite, un grupo de seis labradores, sentados en el suelo y

mal envueltos en harapientas frazadas, fuman polvo de tabaco liado en hojas de maíz.

-Tío Bartolo -dice uno de ellos dirigiéndose a un viejo de barba blanca y tez oscura-; ora sí no tenemos ni pa echar una gordita. Hace ya cuatro días que la pasamos con puro quelite. Las dos hanegas que levanté del pedacito aquel del joyo, que fue el único que se dio, me las quitó el cajero de Don Matías que vino de la Villa pa que no le juéramos a esconder nada. ¡Pos ora sí! Le dan a uno cuatro varas de manta podrida pa hacer unos trapos, y porque no les paga en el plazo le echan logros y más logros hasta que la cuenta vale más de lo que uno se come en toa la vida.

-Pos a mí, contestó el viejo, las cinco haneguitas que me tocaban me las mandó quitar el amo por la vaca que se quebró en la milpa y que dijeron que el muchachito le había dado un piedrazo.

-Pero usted comió carne.

-¿Carne? Ni las tripas, que se las echaron a los perros de la casa grande. Y poque fui a reclamar que no fueran tan ingratos, ya mero se me arrancaba con correrme de la hacienda.

-Por lo que es yo -dijo otro-, si no como, bebo, que pa eso estoy en el rancho de vino, y si ustedes no fueran con el soplo, lo que es ora nos echábamos un trago siquiera pa aforrarnos por dentro y espantarnos este frío que ni con qué tapanlo, pos ya dende que tiene la hacienda ese contrato de leña con los gringos, ni unos palitos pa quemar le dan a uno.

-Lo que es eso.... Allá fue la mujer ora en la tarde a juntar unos olotitos a la troje y con ello coció unos corazones de nopal que traje del monte. Pero echa el trago y al que diga.....

Y soltó un terno como una montaña.

El peón del rancho de vino sacó un guaje y quitándole el tapón de hojas de mazorca lo pasó al viejo, quien después de escupir, lo llevó a la boca y por buen rato estuvo tomando puntería a las estrellas. Se limpió con el dorso de la mano y en seguida lo hizo circular entre los demás del corro.

Después que hubieron dado fin con el contenido del guaje, reanu-

daron la conversación.

-Pa qué es más que la verdá. Y me jurté unos molonquitos que se quedaron tirados en la milpa del tanque ora en la tarde que acabaron la pizca; y lo que es los muchachillos tuvieron para una gordita. Apenas salió un cuarterón y semos siete en la casa.

Siguieron las confidencias sobre hurtos verificados en los intereses de la hacienda y con los que, como ellos decían, apenas alcanzaban para engañar el hambre.

Se oyó a lo lejos el primer repique de la misa de gallo, y todos se levantaron dispersándose por distintos senderos. Sólo el que era dueño del jacal donde estaban reunidos los labradores se quedó de pie, mirándolos ir hasta que desapareció el último, tras el recodo de una vereda gris y polvorosa.

Entonces, arrebujándose en su sarape que era nuevo y confortable, se dirigió hacia un grupo de casas altas y blancas que se veía a lo lejos entre la incierta claridad de aquella noche.

II

A la salida de la iglesia donde se acababa de celebrar la misa primera de Navidad, un grupo de hombres con lanzas y machetes se formaba en ala bajo las órdenes de un individuo vestido con chaqueta y pantalón oscuros.

-A ver, agarren ésos; ya los conocen. Tío Bartolo: el administrador ha sabido que usted se anda robando las mazorcas; tú, Luterio, ya te has traído más de diez botijas del rancho de vino; y ustedes cual más, cual menos, todos le echan la pela a la hacienda. Déense presos y caminen.

Se había formado un gran corrillo de gente en derredor de la escolta. Un silencio pavoroso y profundo reinó mientras hablaba el dependiente, y cuando terminó, un murmullo sordo salió de todas las bocas y recorrió el inmenso gentío que estaba como clavado, contemplando aquella escena.

Los desgraciados labriegos no pudieron ni protestar siquiera, mu-

dos por la sorpresa y aterrados por el golpe terrible que recibieran.

-Tú, Francisco -gritó el dependiente al que hacía de jefe de la ronda-, entregas este pliego al presidente municipal de la Villa, juntamente con los presos. Ahora verán lo que es andar queriendo comer sin trabajar.

Y se retiró. Cinco de los que estaban en el corro al principio de este cuadro fueron rodeados por la escolta y echaron a andar en medio de la doble fila de lanzas que brillaban a la pálida y triste claridad de las estrellas.

La noche seguía profunda y helada. El cierzo soplaba mugiendo entre los peñascales de la vecina sierra y se colaba por las rendijas de las malajustadas puertas de los jacales, haciendo tiritar de frío a los desdichados habitantes, sin pan, sin lumbre y sin abrigo.

Un alarido angustioso rompió los aires. Eran las mujeres de los presos que caminaban hacia la Villa en seguimiento de sus esposos o de sus hijos. Las infelices rancheras, con los niños desnudos en los brazos, mal cubiertas con andrajosas enaguas al través de cuyos harapos se veían las carnes desnudas y erizadas, corrían tropezando por alcanzar a los hombres que iban "en cordillera" a la cárcel de la vecina población.

Entre tanto, las callejas del rancho fueron quedando desiertas poco a poco. Cesó todo ruido humano y sólo se oía el gemido del viento entre los nopales, el aullar de los perros dentro de los solares, el canto de los tecolotes sobre la cruz de la capilla o en el tejado de la troje; y como una salmodia triste y ahogada, del fondo de un jacal donde brillaban aún algunos tizones mal apagados, salió una voz quejumbrosa y monótona que canturriaba los primeros versos del alegre villancico que comienza:
¡Esta noche es nochebuena!.....

6 de enero de 1895.

El pastor Corydón

I

Amaneció aquella mañanita húmeda y fresca, como todas las de junio. Don Sixto, el sacristán, abrió la capilla de la hacienda y mandó a un muchacho que se encaramara a la torre para dar el primer repique. Luego introdujo dos mujeres y un hombre con sendas escobas, jergas y rebosante cubeta de agua y empezó la faena de barrer y sacudir. En seguida dirigióse el sacristán a preparar los ornamentos y salió a la puerta de la capilla cargando media docena de candeleros, a los que arrancaba costras de cera con la punta de unas despabiladeras. Cuando hubo terminado, colocó los candeleros en el suelo, sentóse en un poyo de piedra y sacó del bolsillo del roto chaquetín, negro y mugroso, una colilla de puro que chupó entrecerrando los ojos. Ya en la placita de la hacienda circulaban los trabajadores, al hombro los aperos de labranza, y los carretones uncían las yuntas, mientras que las vacas, recién ordeñadas, salían mugiendo de los corrales para dirigirse al monte.

Era el primer día del novenario de San Juan Bautista, patrón de la hacienda, que llevaba ese nombre, y no tardaría el sacerdote que desde Villaurbana, el vecino pueblo, venía a celebrar la misa y a rezar la novena. Poco a poco fue acentuándose el movimiento. Por la puerta de pilares blancos practicada en la cerca que circunda el casco, varias mujeres acercábanse con cántaros al hombro, rumbo a la noria que detrás de la

iglesia rechinaba, arrojando grueso chorro de agua sobre enorme artesón de madera. Todas tenían que pasar frente a la puerta de la sacristía y a todas lanzaba el de la colilla alguna frase, ya en son de requiebro, ya en son de chanza, según era vieja o moza la que se acercaba.

Era don Sixto un estudiante destripado del Seminario, a donde niño aún le había enviado el viejo cura de Villaurbana, pero no logró pasar del primer curso de filosofía, en cuya clase le reprobaron dos años consecutivos. Como no fuera para el caso, retiróle el señor cura toda protección, y el muchacho se quedó a vagabundear por toda la ciudad, hasta que, harto de reveses y miserias, regresó a su pueblo natal, donde, como tenía buenas luces y no mala letra, empleáronle de escribiente en una oficina pública, de la que le corrieron al poco tiempo por su excesiva afición a los alcoholes. Fue en esos tiempos cuando los dueños de San Juan de los Álamos le llamaron para que desempeñara en la hacienda las funciones de maestro de escuela y sacristán, y aunque se moderó un tanto en el uso de las bebidas espirituosas, despertósele en cambio una desenfadada inclinación por el bello sexo. Pedante por naturaleza y afectado en el lenguaje, trajo del colegio buen almacén de términos que gustaba de prodigar, aunque no precisamente por manifestar sus conocimientos, sino más bien porque gozaba, aun repitiéndolos a solas, con las frases rimbombantes y las sentencias en las aulas aprendidas. Decir versos de los clásicos paganos, especialmente de Virgilio, era su manía, el tema que servíale de bigornia para machacar a todas horas y en cualquier ocasión, por inoportuna que pareciese. De lo más estrambótica y ridícula que imaginarse pueda era la estampa que le donó la madre naturaleza, pero no causaba desagrado, sino risa y regocijo al contemplarla. De allí es que, tanto en el colegio como en el pueblo y en la hacienda, era perseguido el ex-seminarista para obligarle a que hablara, no sin que sobre él cayera toda clase de chanzas y de burlas, más pesadas algunas de lo que fuera menester. Tenía la color cetrina y bastante oscura; ancha la faz en los pómulos y aguzada hacia la barba; los ojos pequeños, amarillentos y muy vivos; la boca grande, gruesa, plegada hacia arriba del lado izquierdo y la dentadura desmolada del medio; la poquisima

barba cortada a tijera y el pelo crespo y alborotado. El busto bastante grande, sosteniase sobre dos piernas zambas y pequeñas. De manera tal dotado, solía don Sixto andar como los loros, sacando mucho hacia atrás la rabadilla con el correspondiente apéndice de las posaderas, y éste era el *summum* de su gracia, que siempre hizo estallar una tempestad de risas.

-*Quorsum tendis?* Exclamó levantándose del poyo al acercarse una moza aguadora de no malos bigotes y hasta barba. Te pareces a Rebeca. *Inclina hidriam tuam ut bibam* ¡Eh!... ¡Oye! no te vayas de largo, que me mata tu indiferencia.

Pasó la moza sin hacerle caso y el sacristán se quedó de pie, mirándola, con las manos a la espalda y la colilla casi apagada entre los labios.

-*Horribilis pharmaceutria* dijo después, dirigiéndose a una vieja negra y apergaminada, ¡Maldita chamorróna! ya se que has traficado con tu sobrina, vendiéndola al niño don Pedro Pablo. ¡Carguen los demonios contigo y con todas las de tu estampa!

La vieja se detuvo diciendo:

-¡Pior! ¿Y su dolor cuál es?

-¡Pues cuál será, tía Bruna de mis quererres!

-Si usted no tiene ni en qué cairse muerto. Voy a que no me da dos riales para unas velas que quero prenderle a su santito.

-*Vocativo caret, pecunia non est mihi.*

-Agora! ¿Y eso qué?

-Que yo la quería con toda mi alma y con mi amor le hubiera bastado.

-Gual que sí. Pero dígame, don Sixto, dijo la estantigua con formalidad y disponiéndose a colocar el cántaro en el suelo: siendo uno una probe, ¡qué quiere que haga! cuantimás que fue voluntad de ella y a mí no me gusta forzar a naide ni me ha de castigar Dios porque me meto donde no me importa.

-*Vade retro*, ¡maldita Celestina! ¡y que escrúpulos tiene! Mira: has favor de largarte, porque van a dar el segundo repique. Así era en efecto. El muchacho que estaba en la torre columbró a lo lejos la polvareda

que levantaba el coche del señor cura y azotó desafortadamente las campanas con el badajo. La vieja se marchó, y el sacristán se apercibía a cargar con los candeleros cuando divisó a una mujer alta, fresca y garrida, de anchas caderas y abultado pecho, que también se acercaba junto a la noria. Brilláronle a Don Sixto los ojuelos y adelantándose al encuentro de la que venía, la saludó con este hexámetro:

-O crudelis Alexa, nihil mea carmina curas!

-Usted siempre con sus cosas, contestóle la mujer sonriendo, provocativa y coqueta, y mostrando dos hileras de dientes apretados y blanquísimos, como los granos de una panoja.

-¡Ay Aleja! Me derrito por usted, y usted como un témpano de hielo. Pero ya se ve: unos son los que queremos y otros son los que la logran.

Malicia y muy refinada asomó sus puntas de acero en esta frase y la mujer púsose grave.

-Sí, ya sé, ya sé lo de Margarito.

-¡Ah, qué hombres! ¿Pos quién le dijo?...

-Como si no tuviera ojos; como si no lo hubiera visto salir anoche de la casa...

Trocóse en alarma la seriedad de la mujer, el humanista, al ver el efecto que sus palabras producían, agregó con incisivo acento:

-Sí, ya lo sé todo; y lo malo es que pueden saberlo también en la hacienda, pues ya sabe usted que hay ojos por todas partes.

-¿Deveras lo vido? -dijo la mujer bajando la voz, acercándose al sacristán con interés y mostrándole forzado afecto. -Pos mire: hágame favor de ir a la casa cuando salga de la iglesia, porque quero pedirle un consejo. Ahí viene ya el padrecito...¿Lo aguardo?

-Salúdeme al pastor Corydón. -¡Ande! ya le digo que no le diga ansina.

-Bueno: por allá iré.

Y se separaron. En aquel instante llegaba ya el carruaje cerca de la iglesia. Don Sixto botó la colilla, cargó con los candeleros y penetró en la sacristía. Un sacerdote de cabellos canos y limpia y rugada faz des-

cendió del coche, mientras que las campanas, locas de júbilo, se reían atronando el aire con sus notas, y el sol inundaba en una ola de oro la plaza bordeada de fresnos y los blancos edificios de San Juan de los Álamos.

II

Alejandra, a quien llamaban Aleja en el rancho, regresó de la noria con el cántaro lleno sobre el hombro izquierdo, sostenido del asa por la derecha mano sobre la cabeza cruzada, formando así con el brazo un arco gracioso y provocativo, mientras que el reverso de la otra mano descansaba sobre la cadera teniendo en jarras el correspondiente brazo. Estremecíanse sus formas opulentas a cada paso y su aliento jadeaba apenas, entreabriendo los labios húmedos y rojos como una pitahaya en sazón. Representaba tener treinta años. Era trigueña obscura, como las de su clase, caliente y moreno tono extendíase por su faz tersa y carnosa, cubierta de vello sedoso como la piel de un durazno.

Cruzó la puerta de pilares y tomó por un callejón franqueado de órganos, al través de los cuales veíase en ocasiones el rojo fogón de los jacales, crepitando humeante y oloroso a flor de garambullo. Después de atravesar diversas calles tortuosas y quebradas, se detuvo al final de una limitada por la carretera que se extendía ancha y polvosa, cuyas extremidades se dilataban y perdían ascendiendo y culebreando una por lejanas lomas y bajando la otra por llanuras profundas de entonaciones verdes y amarillentas, que se esfumaban entre los vapores de la mañana.

Alzábase allí la casa de dos jacales compuesta, uno de los cuales presentaba, en la solera de adobes, abierto ventanillo, en donde se veían cajetillas de cigarros y cuarterones de queso. Al llegar la mujer, descansaba un chiquillo de cuatro o cinco años en la puerta de ramas espinosas que abría paso al solar de la casa. Con la panza al aire y los pies descalzos estaba el rapaz y comíase una tortilla; por el suelo yacían esparcidos nopales en raja y frijoles a medio cocer. Verlo la aguadora y lanzar el grito fue todo uno. El chico, asustado, se levantó temblando y dejó caer la tortilla de las manos.

-¡Anda, jijo de tu tata! ¡Ya me juites a tirar la olla de la lumbre!.. ¡Ora lo verás! -exclamó la mujer montada en cólera, y trasponiendo el umbral de palmas y piedras, colocó el cántaro en el suelo y echó a correr tras el muchacho que ya huía despavorido y lanzando desgarradores gritos. Pero no le valió. Alcanzóle la madre y dándole dos bofetadas que le tiñeron en sangre el rostro, arrojóle al suelo y se encaminó murmurando maldiciones y amenazas al centro del solar donde se levantaba el otro jacal de techo agujereado y que amenazaba desplomarse. Lastimero y penetrante quejido salió de allí, inarticulado como el grito de un animal cogido en la trampa, a la vez que el chiquillo corría hacia aquella barraca sollozando.

-¡Paá!... ¡Paá!... ¡Me dio mi maá!... ¡Sangle!

La mujer no le dejó entrar. Empujándole brutalmente le amenazó diciendo:

-¡Bonito estás tú y tu tata!... ¡Cuele de aquí, que ya no tengo aguante con ustedes!

Quedóse fuera el chico moqueando y haciendo pucheros, y penetró la madre en el destartalado jacal. Veíase en el centro el fogón a medio apagar, rodeado de tres piedras sobre las cuales descansaba un puchero negro y ahumado, casi rebosante de bermeja espuma, el metate a un lado estaba cubierto por una batea y, cerca, la olla del nixtamal hundía su base entre las cenizas del rescoldo.

En un ángulo, tristísima figura humana reclinábase contra el muro de otates, casi aplastada sobre las piernas encanijadas y torcidas que le servían de asiento. El hundido pecho pegábase a la espalda y en las palmas de las manos tenía sendas baquetas atadas por medio de correas. Su semblante... ¡Ah! su semblante era la expresión angustiosa del sufrimiento humano elevado a los últimos peldaños del dolor. Hirsuta la canosa barba y crecida, rugada la faz amarillenta y lívida y hundidos los claros ojos que temblaban en el fondo de las cuencas como dos lágrimas enormes. Sobre la frente, bajo el enmarañado greñal de los cabellos, frunciábase el entrecejo con profundísima arruga que subía desde el nacimiento de la nariz hasta el del pelo, y en las extremidades de la boca

acentuábanse fuertemente los pliegues de acérrima dolencia.

Al entrar se quitó Alejandra el rebozo, que arrojó sobre un huacal. Lanzóle el parálítico una mirada de estupidez y azoro tal, que sus ojos asomaron hasta los bordes de las órbitas. Murmuró algunas sílabas que no llegaron a formar palabras y dos lágrimas asomaron a sus párpados, resbalando por las apergaminadas mejillas. Como la mujer no fijara en él la atención, aquel remedo humano procuró moverse, y solamente logró agitar los brazos hacia arriba. Entonces ella sin mirarle:

-¿Quieres almorzar?. -le dijo-; ya voy a moler. Sólo falta que ese condenado haiga tirado toda la olla.

Y sin otra demostración de interés o afecto hacia el enfermo, se inclinó sobre el metate. Tomó el puchero donde se cocía la miserable comida y después de menearle con un palo, escarbó la lumbre y se aparejó a majar con la mano de piedra la masa de maíz sobre el metate. El parálítico, entretanto, había vuelto a su quietud y estupor, entrecerrando los párpados y limpiándose con el dorso de la mano derecha las lágrimas que le mojaban el rostro.

Cantaba la mujer en voz baja a compás de los movimientos que hacía al moler. De rodillas sobre el metate, con los brazos desnudos hasta el hombro y la camisa escotada hasta el nacimiento del seno, aquellas formas exúberas y frescas ondulaban y se estremecían cada vez que subía o bajaba el cilindro de piedra bajo el cual se extendía la masa blanquísima y tersa, aplastada y cortándose en tiras largas que descendían hasta el borde inferior, de donde la molendera las tomaba y hacía los textales que iba colocando sobre la batea, para tortearlos después y cocerlos en el comal.

El tullido se había dormido, al parecer. Afuera ya calentaba la mañana; y el muchacho, trasponiendo la cerca del solar, vagaba por entre los magüeyes y nopales del vecino monte, como un símbolo de la inocencia desamparada, que busca abrigo en la naturaleza salvaje y bravía y sólo encuentra, en vez de brazos cariñosos, ásperas malezas y punzadoras espinas. Alejandra dejó de moler y salió del jacal. Al ruido que produjo en su salida, el enfermo abrió los ojos y quedóse mirando fijamente la

puerta por donde su mujer había desaparecido. Quiso incorporarse, pero sólo alcanzó a echar el cuerpo hacia delante, apoyándolo vigorosamente sobre las palmas de sus manos forradas en baqueta. Reclinóse de nuevo y así permaneció larguísimo tiempo. Los signos vehementes de dolor que antes cubrieran su semblante habían desaparecido, quedando sólo en él la mancha de una tristeza infinita y una desolación abrumadora. Recordaba que cuatro años antes era un hombre como los demás, dueño y señor de sus movimientos y de sus miembros. Dominador de los bosques y de las montañas, bajo la inmensa ola dorada de los días estivales o envuelto en las humedades acariciadoras de las noches azules y profundas, saltaba por entre los peñascales, remontaba las crestas abruptas y se hundía en los abismos vertiginosos con la agilidad misma de las cabras de su rebaño. Allá en las soledades de los montes, olvidábase, o más bien, no se daba cuenta de su condición de siervo y se creía rey de las selvas, imperando sobre los animales que estaban a su cuidado, que lo obedecían a una señal o a un silbido, y que le querían como a un padre, halagándole con sus retozos y lamiéndole con sus lengüecillas ásperas y rojas. Seguía el viejo mastín por todas partes, echábase a sus pies, le acariciaba con la cola y se disparaba ladrando enfurecido al escuchar rumores extraños o al husmear algún peligro. Verdad es que sólo de tarde en tarde veía semejantes suyos: otros pastores o el vaciero; que no disfrutaba del mísero descanso de los días festivos, ni tomaba parte en los tristes regocijos que alguna vez sacuden la brutal monotonía de la vida en el ánimo deprimido del labriego; pero en cambio sentíase independiente, libre, con la libertad de los pájaros silvestres y de las bestias montaraces. Un solo afecto tenía en el corazón, además del cariño de sus padres y su mastín: el amor por su mujer. Solía bajar alguna vez del monte y pasar un día en su casa; o bien la esposa le acompañaba en ocasiones allá en la pastoría, durmiendo con él en la majada. No era fácil tenerla siempre consigo, como hubiera deseado y otros pastores acostumbraban, porque para mantener a los cinco hijos que Dios les había dado, ayudábale ella a trabajar, haciendo la lucha por otra parte, rescatando efectos que iba a vender todas las mañanas a Villaurbana y con

cuyo producto, agregado al real y medio de jornal, satisfacían el hambre con hartura, única aspiración de los infortunados campesinos.

Odilón, o el pastor Corydón, como le llamaba el humanista, era de ánimo apacible y sereno y creía en la providencia divina con fe ciega, como creen todos los hombres de su clase y condición, con la fe del carbonero que es acaso la que más complace a Dios, porque es la fe de los humildes, de los mansos y sencillos de corazón y de los pobres de espíritu; y como jamás tuvo en su vida penalidades ni trabajos, fuera de los de su oficio, que más bien eran para él un goce, no se cansaba de dar gracias a Dios y a todos los santos, a quienes, por lo demás, veía como dioses pequeños, rindiéndoles culto idolátrico y encomendándose a ellos cada vez que se le extraviaba una cabra o el coyote merodeaba por los alrededores de la majada. En su corazón, limpio de todo mal deseo y exento de quiméricas ambiciones, se abrigaba una paz inmensa nunca interrumpida, más que por los estragos de las tempestades en aquellos desiertos selváticos, cuando el cielo apedreaba el ganado con guijarros de hielo; pues entonces la angustia del pastor no tenía colmo, y desesperábase al no poder resguardar sus animales, si la tormenta le cogía en abierto lugar desprovisto de árboles y de cantiles, bajo los cuales pudiera resistir la ira del cielo. Interrumpiase también su calma año por año, cuando el ganado era vendido por los amos y el pastor estaba obligado a conducirlo a Villaurbana, donde veía degollarle sin piedad en el corral de una matanza. Los balidos lastimeros de sus queridos animales le retorcían el corazón y arrancábanle lágrimas amarguísimas. Un odio sólo tuvo en la vida: a cierto pastor de ganado lanar, compañero suyo, que habiendo conducido su ganado al pueblo, pidió plaza entre los matanceros y degolló bárbaramente a sus pobres ovejas.

Por una excepción entre las gentes del campo, Odilón jamás golpeó a su mujer, antes bien tratábala con todo género de miramientos. No debió parecerle aquello miel sobre hojuelas a la esposa, que más de una vez quejóse de la falta de cariño de su marido, pues que, según decía, nunca le daba, aunque en más de una ocasión le sobraban motivos para ello. Alejandra no sólo no correspondía a su hombre con un reflejo de

aquel cariño tan generosamente prodigado: ni siquiera sentía su calor. Casada a los diez y seis años con un esposo de treinta y cinco, cuando llegó a los veinte, desarrolladas sus formas y siendo la mujer más guapa del rancho y con una libertad, además, que otras no tenían, empezó por oír con agrado los requiebros de los rancheros y, sobre todo, los que le dirigían los hombres del cercano pueblo, entre los que se encontraban algunos señores particulares. No cesaba de escuchar insinuaciones provocativas y hasta propuestas halagadoras. Ella tenía temperamento tropical y carencia absoluta de sentido moral, con curiosidades punzadoras por vagar y ver tierras; y acabó por entregarse al cochero de un hacendado rico que vivía casi siempre en Villaurbana y que le propuso llevarla a la ciudad. La pastora, como en el rancho la llamaban resistió, dicho sea en honor suyo, algún tiempo; pero, vencida al fin, se juyó con el hombre, dejando a Corydón la carga de los hijos y la compañía de las cabras.

Más de medio día permaneció el infeliz pastor, cuando lo supo, echado a la sombra de copuda encina, boca abajo, apoyada la frente sobre los cruzados brazos y sin atender a las cabras, que vagaban dispersas por los peñascales y las cuchillas, sin que el negro mastín, el viejo lobo, corriera a atajarlas y volverlas al redil; pues, como su amo, permanecía bajo la misma encina, enroscado y soñoliento, sacudiendo con el rabo los alados insectos del monte que zumbaban en torno suyo, haciéndole agitar las orejas y entreabrir de tarde en tarde los adormidos ojos.

III

Los del pastor quedaron escaldados de tanto llorar. Hizo, después de días, un viaje a Villaurbana para quejarse ante las autoridades, con el fin de que prendieran a la fugitiva, pero no se logró la captura. El intento, por lo demás, del ofendido esposo, no era el de castigar a la adúltera, sino traerla de nuevo a su casa, después de bien amonestada y apercibida por el juez. Regresó, por tanto, Corydón a la hacienda, solo y triste, y volvió a sus cabras y a su antigua vida, pero llevándose consigo al monte cuatro de sus hijos, pues el de pecho quedó en poder de una buena vecina del rancho que le hizo la caridad de criarlo. Allá entre las

salvajes fragosidades de la sierra, el pastor fabricó una choza bien aderezada para sus hijos, donde sirvióles a la vez de padre y de madre, que ambos oficios desempeñaba, incluso el de moler maíz cuando la esposa de un compañero suyo no podía echar la doble tarea de las dos familias. Quedaron, pues, instalados en la pastoría los cuatro chiquillos, el mayor de los cuales no llegaba a los catorce años.

Dos habían corrido desde que la desalmada Aleja abandonara la casa marital, cuando empezaron a llover calamidades sobre el desdichado y sufrido pastor: tres de los chicos se enfermaron de viruelas y murieron dos. Ni ese año ni el anterior cayó gota de agua sobre las sementeras que, por consiguiente, se malograron: murieron de la seca los animales y desarrollóse el hambre y toda clase de miserias, no sólo en San Juan de los Álamos, sino también en el pueblo, en las demás haciendas y rancherías vecinas, hasta abrazar una zona considerable de aquella región. En el resto del país contarse podían los lugares donde lloviera.

Así es que los dueños de los Álamos se vieron obligados a correr gente de la finca por falta de trabajo y carencia de maíz para mantenerlos, pues las anteriores cosechas íntegras fueron enajenadas, y no era cosa de comprar semilla a altísimo precio para dar de comer a hombres que no trabajaban.

Vino, como acontece, la peste tras el hambre. El mayor de los pastorcitos cayó atacado de la fiebre y murió en pocos días. Tocóle igual suerte a la caritativa mujer que criaba al pequeñuelo, quien no tardó en seguir a su segunda y verdadera madre en el eterno viaje. Sólo quedó uno de los cinco para compartir con su padre las penalidades y miserias de aquella vida. A poco andar, la carencia absoluta de alimentos obligó al pastor a desprenderse de su hijo para que mendigara; y así pudo el infortunado niño sobrevivir a sus hermanos.

Corydón no bajaba del cerro. Cierto es que carecía de ganado que cuidar, pero la costumbre y cierto estupor que se apoderó de sus facultades, teníaule siempre remontado en las lóbregas arideces de la sierra, donde los arbustos deshojados y mustios habían tomado un color semejante al de los peñascos. Muchas veces alimentóse el pastor con maguey

y nopal, como los bueyes; y ocasión hubo en que acosó tan horriblemente el hambre, mordiéndole sin piedad las entrañas, que se arrojó furioso sobre una mata de la hierba llamada capulincillo tullidor, que encontró con fruto entre las grietas húmedas de la rocallosa cuenca, donde tiempo atrás gorgoriteaba un manantial.

A puñados arrancó los negros, lustrosos y diminutos esferoides que salpicaban las ramas verdes del arbusto, y con movimientos maxilares de feroz y vertiginosa masticación, trituró entre sus dientes ávidos el dulce fruto, engulléndolo con terrible furia.

Sólo en semejante estado pudo el triste pastor devorar aquel fruto venenoso. Bien sabía él que los huesecillos encerraban en su simiente la parálisis para el incauto que los deglutía después de masticarlos; más de una ocasión tuvo oportunidad de verlo por sus propios ojos en las cabras que le comían y lo inútiles que eran todos los remedios, incluso el de las copiosas sangrías que se les aplicaban. Pero en aquel momento, cuando sintió en el seco paladar los frescos y sabrosos capulines, como estaba poseído de furor famélico, no trató de otra cosa que de aplacar su hambre y hasta olvidó completamente que estaba introduciendo la parálisis y tal vez la muerte en sus entrañas.

Y así sucedió en efecto. No transcurrieron muchas horas sin que sintiera gran debilitamiento y falta de sensación en las piernas; vióse obligado a sentarse, y como había satisfecho su hambre, vencióle el sueño y a poco se durmió en el cerro, echado sobre un peñascal, bajo los quemantes rayos del sol que más y más le aletargaban y contemplando al cerrar los párpados, una sabana llena de ondulaciones, que se desvanecía en la profunda lontananza, como gigantesca mancha gris reverberante y desolada.

Atardecía ya cuando despertó. Sintió hondo desfallecimiento y quiso levantarse, pero no pudo. Después de supremos esfuerzos logró ponerse en pie, agarrándose a la punta de escueta roca que sobresalía del suelo. Probó andar, y sus miembros no le obedecían. A la mano estaba una raíz descuajada que podía servirle de bordón: se inclinó a apoderarse de ella, pero, aun así logró dar dos o tres pasos solamente. Agudísi-

mo dolor en los riñones y en las piernas le obligó a sentarse; entonces comprendió todo el horror de su estado y una angustia infinita se apoderó de su espíritu. La noche caía y el hambre y la sed le agujoneaban. Gritó, y el eco de sus gritos fue a perderse repercutiendo de collado en collado y de barranca en barranca; en la tenebrosa lejanía, dibujó la luna amarillenta y lívida faja sobre el dorso de la cordillera oriental, y surgió del perfil azulado como la faz cadavérica de un espectro que se asomara al borde de su sepulcro. Quedó iluminado el paisaje con fulguraciones de tintes helados y sombríos. Corydón era supersticioso y sintió profundísimo terror que le azotaba los nervios y poníale de punta el cabello, al escuchar los graznidos de la lechuza y el prolongado ulular de los coyotes. El monte, desnudo de frondas, inmenso campo mortuorio semejava, poblado de esqueletos calcáreos y de fantasmas harapientos que sacudían sus innumerables y canijos brazos, como llamando y atrayendo al aterrorizado pastor que, con los ojos desmesuradamente abiertos y fijos en todos los puntos del paisaje, sentía crecer la angustia y el quebranto a cada momento. Así pasó toda la noche, hasta que los pájaros empezaron a trinar y a los lejos el roscier encendió las lejanas profundidades del levante. Oyóse poco después el ladrido de un perro entre la barranca por donde serpenteaba el camino del rancho, y Corydón, ya desfallecido, hizo un esfuerzo poderoso y repitió sus gritos. Otros le contestaron entre la esfumada penumbra del crepúsculo, y la esperanza inundóle el alma en una inmensa ola de consuelo. El horizonte fue aclarándose por instantes; y poco después, a la incierta y pálida claridad del amanecer, dos hombres, precedidos de un perro llevaban casi en vilo el cuerpo desmayado del pastor, en cuya cabeza flotaban los hirsutos cabellos, acariciados por el vientecillo grácil y frío de la madrugada.

IV

En tanto que el infeliz Corydón tantos y tan espantosos tormentos pasaba, Aleja, abandonada ya del cochero, quiso regresar a la hacienda y buscar a su marido, segura de obtener el perdón de su falta.

No fue, en verdad, el arrepentimiento quien le empujó a los brazos

del ultrajado esposo. Aferrada al terruño, sentía hacia él una atracción que sólo sus relaciones con el amante equilibraban reteniéndola a su lado, a pesar del trato brutal que recibía, o seguramente por eso. Pero una vez apartada del adúltero hogar, volvió al propio con la certeza de ser bien recibida. Sabía ya, por otra parte, la enfermedad de Odilón, y esto la ponía al abrigo de cualquier explicación enojosa, y más aun de todo castigo, por merecido y justo que ella en sus leves remordimientos lo juzgase.

Trasladó al esposo a la antigua casa que ocupaba, pues desde el principio de su enfermedad el pastor vivía arrimado con la familia de un amigo. Recogió a su hijo, que vagabundeaba por las calles del pueblo vecino, y con su trabajo personal empezó a subvenir, aunque con estrecheces, a la escasas necesidades de la familia. Guardábale Corydón solamente cierto rencor por el abandono de sus hijos; pero en el fondo la perdonó y sentía que la amaba a pesar de todo. Por lo demás no es de extrañar fenómeno semejante en la gente campesina, pues el adulterio rara vez, y sólo por particular excepción, constituye una ofensa imperdonable y deshonrosa: basta que la culpable se arrepienta acogiéndose de nuevo al techo marital, para que se olvide la injuria y quede borrada toda mancha.

Seguía el pastor cada vez más enfermo. Si al principio lograba andar con grandes dificultades, bien pronto sus piernas perdieron la sensibilidad y se rebelaron contra el movimiento. El tronco del cuerpo estaba vigoroso todavía, aunque afectado de dolores agudos que le recorrian toda la espina dorsal. Al principio pudo acostarse apoyándose sobre las palmas de las manos, que por esa razón le fueron amarradas con una rodaja de baqueta. Fue necesario estar tendido la mayor parte del tiempo, y eso en una sola postura: con la cara y el cuerpo hacia arriba, siempre hacia arriba, contemplando con estáticos ojos el morillo ahumado del caballete y el techo de carrizos a medio tostar y amarillentos.

No tardó, entretanto, Alejandra en volver a sus infidelidades, aunque guardándose de que su marido lo supiera. Fueron sus amantes sucesivamente, un hijo del mayordomo, llamado Juan Isidro, su compadre

de pila; luego Reyes Martínez, el arpero que tocaba en los fandangos y, por último, Margarito, un arrendador de caballos que había en los Álamos. Corydón, sin embargo, no tardó en sospecharlo, por la asiduidad con que estos individuos frecuentaban la casa, con pretexto ya de saludarlo, ya de comprar algunos de los artículos que por el ventanillo de la solera vendía la pastora, la cual poco a poco fue cuidándose menos y llegó, por último, a permanecer días enteros sin entrar sino lo más preciso a la cocina donde habitaba el enfermo, pues pasaba las horas muertas en compañía de sus amantes y otros conocidos, que llegaron a hacer punto de reunión y tertulia la casa del paralítico.

Terrible fue el golpe que éste recibió con estas nuevas ofensas; pero siempre resignado y bueno, concretóse a aconsejar a su esposa, llamándola al buen camino con suaves palabras y amonestaciones cariñosas. "No te vaya a castigar Dios", repetía a cada momento, pero la taimada lo componía todo negando, aunque no con grande energía ni demostrando afán que los hechos que se imputaban tuvieran el menor asomo de certeza.

Fue por ese tiempo cuando en San Juan de los Álamos apareció don Sixto. Al conocer a la pastora señalaronla sus instintos sensuales como a una presa de las más codiciables. Enteróse de la vida y hechos de aquella mujer que le enloquecía. No dejó de compadecer al pastor, a quien, creyendo encontrar cierta semejanza en el nombre que tenía con el personaje de Virgilio y por tener ocupación idéntica, ocurriósele llamarle Corydón, alias que a la esposa no agradaba oír, porque se le figuraba ser cosa mala. Compadecía, pues, el sacristán al pastor, no tanto por los desvíos de Alejandra, cuanto por el estado lastimoso y conmovedor en que le veía; pero así y todo propúsose lograr el fruto prohibido, pareciéndole nada más cosa de tender la mano... y cogerle. Mas sucedió que entonces precisamente el amo, nada menos que el amo mismo, había entrado en aquel cercado ajeno, y el sacristán tuvo que resignarse y esperar mejor ocasión, sin renunciar ni por un momento a sus proyectos y sin dejar de requebrar a la pastora.

Frondosam pastor Corydon ardebat Alexam, declaraba el gentil

latino cada vez que contemplaba al infeliz paralítico fijos los ojos en la infiel esposa; y relamiéndose de gusto, sonriendo con malicia y bailándole los ojillos redondos y picarescos. *Deliciae domini...* -añadía, no sin devorar con una mirada ardiente el busto escultural y soberbio de la *crudelis Alexa*.

Desde entonces, como avezado a semejantes lides, apercibióse a luchar en retirada, ya emboscándose para la sorpresa o bien presentándose de tarde en tarde, manifestando así que aún estaba emparejado para la brega. Aunque dejó de frecuentar el ventanillo de la solera, cuidaba de inquirir lo que pasaba en el interior y de todo estaba al tanto. Fue de esta manera como logró saber que al fin de año no se le cobró al pastor el arrendamiento del piso. También se enteró de que Juan Isidro y Reyes suspendieron los interminables paliques con Alejandra; y observó que ésta dejó de concurrir a la casa grande, al cabo de cierto tiempo, y como se diera a rondar las cercanías del solar vio salir dos o tres veces a Margarito el arrendador, cuando ya la media noche era por filo y los gallos empezaban a cantar.

El paralítico, entretanto, seguía de mal en peor. Su carácter manso y sufrido tuvo serias perturbaciones. Algunas veces estallaba en explosiones de cólera y arrebatos de ira contra su mujer y los marchantes, y esto acabó con la poquísima paciencia de la pastora: si antes le sufría y le cuidaba al menos con algún interés y demostrado afán, desde el momento que en el enfermo operáronse tales cambios, Aleja sintió hacia él una aversión profunda que le hacía tratarle brutalmente.

-Ya no te aguanto-, decía a menudo. Quiera Dios llevarte de una vez pa que me dejes descansar. Y como los accesos del paralítico hiciéranse más frecuentes, ella dio en alejarse de la cocina lo más que pudo, dejando allí solo y abandonado al pobre enfermo, que rehusaba cambiar de sitio a causa del frío que le invadía todos los miembros.

Entonces el pastor Corydón procuró atraerse al hijo, quien encontrando en su padre temura y cariño, no se le apartaba un solo instante. Dio esto ocasión a Alejandra para sospechar que el muchacho iba a enterar al pastor de todo lo que veía o de lo que pasaba en la otra habi-

tación, donde no dejaba de recibir a los parroquianos e hizo extensivo su odio y mala voluntad hacia su hijo, en quien procuraba desahogarse siempre que para hacerlo se presentaba ocasión, aunque fuese por los cabellos traído. El estado de Corydón se agravaba. Apenas podía ya articular palabra y empezaba a manifestar síntomas depresivos, lo cual desesperó más y más a la mujer. En aquel temperamento depravado, sin freno alguno de educación y de moral, desarrollado en un medio de abyección profunda y de ignorancia crasísima, tanto más nociva cuanto que no consistía únicamente en desconocimiento de las cosas, sino en la creencia de que el mal no era tan malo y por ende no lo era el desbordamiento de los instintos animales espoleados por los sentidos; en aquel temperamento de bestia brava desatáronse todas las concupiscencias de la codicia y de la carne. No pensaba ya en otra cosa que en la manera de proporcionarse dinero, y para conseguirlo entregábase a sus amantes, a quienes explotaba con una explotación tan mezquina como puede sufrir la gente de miserable condición y exiguos elementos. El amo, que la había tenido, dejóla al poco tiempo, satisfecho ya y cansado; pero permitióle vender vino y hacer en los días festivos un baile que le producía pequeñas utilidades. Por este motivo Alejandra guardábase mucho de que se supieran sus posteriores extravíos, temerosa de que su protector le retirara las licencias, pues habíale ofrecido no volver a la disipada vida que había vivido anteriormente. Sus instintos y pasiones empero, no le permitieron cumplir lo ofrecido, y contentábase con ocultar las relaciones amorosas de Margarito, quien, temeroso de perder su conveniencia, era por demás discreto.

V

La mañana de aquel día, primera del novenario de San Juan Bautista, Alejandra, apoyados los codos en la cerca de piedra que rodeaba el solar donde se asentaba la casa, tendía la vista por el callejón, flanqueado de órganos, esperando al sacristán. Corydón, dentro de la cocina, encontrábase en momento de lucidez suma, provocado tal vez por el espantoso choque nervioso que sufrió cuando su mujer golpeará tan

atrozmente al chiquillo, cuyos gritos desgarradores llegaron hasta el corazón más que a los oídos del pobre enfermo. La idea de su desamparo heríale tan dolorosamente, que la sentía con toda la intensidad de que su espíritu hiperestesiado era susceptible cuando vibraba en sus potencias exentas aún de la influencia morbosa que el terrible alcaloide, encerrado en la simiente tóxica, había extendido por la mayor parte de su organismo. Cuando vio salir a la esposa de la cocina, trajo a su memoria toda su existencia pasada, su existencia de hombre libre, sano y dichoso, y no pudo contener una explosión de lágrimas.

Y por la torcida calleja acercábase don Sixto, a quien la pastora esperaba ya impaciente. Al verle agitó en el aire la mano derecha, llamándole, mientras poníase la otra sobre los ojos para atajar los rayos del sol que ya comenzaba a abrasar.

-Andele, don Sixto. Cuantisimá que lo estoy aguardando.

-*Adsum*: aquí me tiene usted para darle todos los consejos que me pida, aunque el primero ha de ser el de quererme.

-¡Aquí hombre! Entre, que se está soleando y nos van a ver.

-*Non possum*! nomás vine para decirle que si quiere que le dé consejos me espere a la noche, porque ahorita tengo mucho quehacer, y he dejado a los muchachos solos en la escuela.

-Pos mire: voy a asomarme por el portillo y así dirán que está mercando alguna cosa.

-Ya que se empeña, *velis nolis*, allá voy.

En el ventanillo continuó la conversación. El chiquillo, entre tanto, habíase asomado a la puerta del jacal. Ver a su madre y echar a correr desaforado, fue una cosa misma, no sin oír el acostumbrado y amenazante grito.

-¡Ora lo verás! Si es rete chismoso -agregó dirigiéndose a don Sixto; toíto cuanto mira se lo va contar al tata.

-*Improbis puer*. -Contestó sentenciosamente el domine-, pero vamos al asunto.

-Si nomás le quero decir que no se ande creyendo de cosas. De siguro que ña Miteria, la de aquí enfrente, es la que le dijo...

-No, hija de mis entrañas. Si yo lo ví, yo mismo con estos ojos que se han de comer la tierra.

-No, mire: gual que el hombre Margarito se iba ora en la mañana pa el pueblo y yo tenía que hacerle unos encargos. Pero la verdá es que no me deja ni a sol ni a sombra. ¿Usté qué me aconseja?

-Pues si quieres que te aconseje, es largo lo que tengo que decirte y no hay tiempo porque ya mero dan las doce: espérame a la noche, concluyó el taimado, tuteando a la mujer y lanzándole miradas abrasadoras e irónicas. Comprendía que la fruta estaba a punto de caer del árbol y sentíase fuerte con las armas que la casualidad y su constancia le prestaron.

La cita quedó convenida. El desasosiego de la pastora fue continuo durante el resto del día. De prisa y sin cuidado dio de comer al muchacho y al enfermo; y cuando hubo terminado las faenas domésticas, salió a la calle; entró en tres o cuatro jacales de la vecindad y después de vacilar mucho se dirigió a la plaza de la hacienda; pasó repetidas ocasiones frente a la casa grande, y por último fue a la tienda con pretexto de comprar algunos artículos, pero en realidad lo que deseaba era ver al amo para leer en su semblante si ya estaba enterado de lo que ocurría, y si don Sixto se había desmandado en soltar la sin hueso. En ese punto quedó tranquila del todo y regresó a su casa después de una hora.

Acababa de sonar la de las oraciones, cuando el cielo, encapotado desde por la tarde, empezó a arrojar sobre la tierra torrencial aguacero que convirtió bien pronto el piso de las calles del rancho en charcos pantanosos difíciles de vadear. Los azadones al hombro y el barro hasta las rodillas, iban los campesinos a zanjar el agua a las labores, caminando a través de la obscuridad. La del rancho era profundísima. Solamente hacia el camino real, la luz del ventanillo de Aleja se reflejaba apenas en el agua que corría como un arroyo por el callejón, y lamía los cimientos del jacal grande, después de meterse, inundándola, en la cocina. Por eso hubo que trasladar al enfermo y al chico a la misma habitación que ocupaba la mujer por las noches, que era la tienda. Hechos

montón yacían ambos, padre e hijo, echados en un ángulo sobre un trozo de pellejo a medio curtir y cobijados apenas con harapiento jorongo. Pero sólo el muchacho dormía. Los insomnios eran frecuentes en el paralítico que, apenas con grandes trabajos y muchas intermitencias, lograba dormir algunas horas.

Corría la noche sin que el chaparrón escampara. Asomábase Aleja a la calle por repetidas ocasiones, procurando penetrar con la mirada la espesa lóbreguez del aire. Dos o tres veces sacó la vela para iluminar la calle, y ya se aparejaba a recogerse cuando entre el ruido de la lluvia se destacaron los pasos de una persona que se acercaba chapoteando en el agua. Era el sacristán, que llegó hasta el ventanillo, calado y escurriendo de los pies a la cabeza. Al verle salió la pastora a la puerta del solar, para ayudarle a abrir, y le introdujo al cuarto.

Intempesta nox! -clamó el erudito cuando se encontró al abrigo-. Alárgame una crátera de licor, porque vengo casi tan tullido como Corydón.

De medio cuartillo fue el vaso que de un sorbo metióse don Sixto entre pecho y espalda, y como ya antes hubiéralo catado, según echábase de ver por la animación de su rostro y el brillo de sus ojos, no tardó en sentirse más comunicativo y locuaz; como la dipsomanía le atosigaba, poco tardó en pedir otra crátera que empeñóse en libar a medias, haciendo un dos, según dijo, con aquella mujer que le mareaba, la cual no se hizo del rogar.

El estado sofocante de la atmósfera y el aire cálido y húmedo a un tiempo mismo, incitábánla a la bebida; y como menudearan las libaciones, entablóse entre ambos agitada conversación sobre el asunto apenas desflorado por la mañana. Quería ella saber si el sacristán guardó encerradas en el sepulcro de su despechado corazón las cosas vistas por la noche merced al espionaje o sabidas de fuera, gracias a la indiscreción de las vecinas; y en todo caso, estaba resuelta a obligarle a callar por cualquier medio. Aprovechaba él aquellas armas que le hacían fuerte. Y como el tema de que tratan les absorbía por completo y les incitaba, no tardó mucho tiempo sin que hablaran con tanta libertad y tanto fuego

como si en la punta de un cerro se encontrasen, absolutamente alejados de curiosos oídos y de miradas indiscretas.

Éranlo, por demás, las frases que entre ambos se cruzaban. Aquel mal vivir continuo de la adúltera con varios hombres, después de la primera caída; los detalles y circunstancias que a cada una de las siguientes acompañaran y hasta las relaciones que la habían unido al amo, así como las concesiones y prerrogativas que alcanzara en pago, con todos los demás gajes que de su conducta inmoral obtuviera la culpable; todo, todo salió en aquella conversación incisiva, peligrosa y ardiente que los ya próximos amantes sostenían. El ex-seminarista sacaba aquello a colación con objeto de dominar a la pastora haciéndola ver que de los más pequeños pormenores de su vida estaba al tanto, y en su mano el perderla con una sola palabra dicha a quien pudiera hacerla llegar hasta ciertos oídos, pues si bien la conducta seguida públicamente por Alejandra, podía engañar a muchos, él, don Sixto, con verdadero tesón y suspicacia suma, había esperado acechando, y no en valde, durante tanto tiempo. Ella no se defendía: lo confesaba todo; pero en cambio ofrecía al sacristán ser en lo sucesivo sólo y toda para él.

Hondísimo gemido de angustia brotó del ángulo donde el enfermo descansaba, pero el sacristán y la pastora apenas prestaron atención. Ya la lluvia había cesado. A lo lejos azotaban algunas últimas ráfagas las copas espinosas de los mezquites y las nubes se desbandaban barridas por el viento. Tenue y tristísima claridad rompía los senos del oriente, alumbrando el horizonte con luz amarillenta y fantástica y orlando de oro pálido las postreras nubes que bogaban en el océano plata-gris del cielo. Durante el aguacero, algunos truenos rodaron rimbombando por el espacio y la llamarada lívida y azulosa de los relámpagos penetraba en la habitación de Alejandra por el ventanillo y por la puerta. La menguada vela que sobre un trozo de ladrillo ardía, apagóse al soplo de una racha furiosa y nadie se ocupó en encenderla de nuevo; veía el paralítico, al resplandor de los relámpagos, el grupo formado por su mujer y don Sixto, juntos, casi estrechándose sobre el mismo banco, hablando con ardor y bebiendo en el mismo vaso aquel alcohol que les encendía la

sangre, les ofuscaba la razón y les desataba la lengua. Los tormentos que el desventurado Corydón sufría en aquellos terribles instantes no pueden ser concebidos ni mucho menos descritos. La mofa horrible, la risotada insolente, la afrenta infamante y deshonorosa, clavaban puñales de dolor intensísimo en los más hondos senos de su corazón y allí se juntaba también el padecimiento físico que le atenaceaba, le mordía los músculos y le crucificaba los miembros y todo esto, unido, amalgamado a la desesperación más irritante, hacía de aquel ser extraño y deforme un símbolo vivo y desgarrador de la miseria de los campos, producto de la degradación, el egoísmo sin piedad y los ajenos vicios que pesan sobre aquella infortunada gente. Por dos o tres veces logró el pastor incorporarse sobre los puños, pero volvió a caer desfallecido, pues a la instantánea excitación sucedía la depresión moral que le relajaba los nervios, abrumándole y embruteciéndole. No pudiendo contener más sus angustias y furores, gimió, sollozó, gritó. . . , casi articuló palabras tremendas de maldición y cólera; pero el zumbido del aire las confundía y el trueno las ahogaba, y desdeñábalas la pasión impura sin percibir las siquiera; que en el deliquio brutal de promesas infames, de caricias obscenas y de libaciones nauseabundas, aquellos dos seres bestiales habían olvidado hasta la existencia del torturado enfermo.

La embriaguez venció por último a don Sixto, que rodó del banco en que se sentaba; inclinóse sobre él la pastora y procuró acomodarlo lo mejor que pudo cubriéndole con una manta y reclinándole la cabeza sobre durísima almohada que dijérase estar henchida de guijarros; pero así todo, el humanista comenzó a roncar furiosamente, dormido de modo tal que todas las tempestades del diluvio no alcanzaban a despertarle. Alejandra habíase tendido en el rincón opuesto, cerca del lugar donde su marido y su hijo se amontonaban, y ya comenzaba a querer pardear la mañana, cuando en aquella habitación no había en vela más que un inmenso dolor que se agigantaba por momentos en desgarrado y sangriento corazón que desfallecía.

¡Qué punzada tan aguda la que sintió al enterarse de todo aquel cúmulo de infamias y traiciones! Sentíase solo y abandonado absoluta-

mente; más abandonado aún que cuando vagaba con hambre y sed por los senderos espinosos y agrios peñascales; sin esposa, sin hijos y sin semejantes siquiera. En aquel entonces tenía embotado el sentimiento y la razón ofuscada. La necesidad física fue más poderosa que el abrumamiento moral en que cayera cuando la fuga de su esposa. Pero ahora, cuando se encontraba imposibilitado para moverse y agobiado de dolores, el sentimiento había despertado intensamente, y sólo le consolaba en su amargura hacerse la ilusión de que en el corazón de la perjura quedaba, para calentarle, un resto de calor, siquiera fuera tan débil como el que sentía diariamente junto al fogón, casi apagado de la cocina y que apenas bastaba para desentumecerle los miembros. ¡Qué inocente y sin malicia -pensaba- cuando creyó que en pago de sus viejos servicios y de sus deberes cumplidos, hoy que se encontraba pobre y enfermo, era considerado por sus amos que de balde le daban un rincón donde vivir y esconder sus dolencias, y proporcionaban, además, a su esposa una manera fácil de sustentarle! y ante todo, ¡qué felonía y que ingratitud la de sus antiguos amigos y hasta las de su compadre de pila, que tan falso interés le mostraban cuando iban a visitarlo casi a diario! Ahora ya sabía cuál era el motivo por qué no se separaban de su casa; ahora sabía también de dónde provenía el miserable mendrugo con que sostenía su miserable cuerpo.

Sacudimiento espantoso de rebelión sintió dentro del alma, y como si a él correspondiese la mezquina envoltura de su carne, incorporóse rápidamente, casi con facilidad y sin dolencias; y cual en otro tiempo recién paralizados sus miembros, pudo arrastrarse, sirviéndose de los brazos y las manos. Y apoyándose solamente sobre la región glútea traspasó el umbral del cuarto y se dirigió a la nopalera que había tras el solar: allí llegaba el límite del caserío por ese lado y empezaba el potrero. Ancho y profundo vallado cercábale por todas partes. A rastras, entre el lodo que le salpicaba hasta el pecho, llegó al borde, donde retorcido tronco de huisache extendía sus ramas sobre la profundidad, al mismo nivel de la tierra.

El cielo, despejado en partes, bañábase en las entonaciones aperladas

del alba. Hacia el oriente se aglomeraban las nubes cenicientas y plomizas como enormes humaredas orladas con reflejos de acero. El sol acababa de asomar; pero ni un rayo de luz alcanzó a romper la capa de vapores. El pastor alzó los ojos al cielo buscando la luz; y las nubes se arremolinaron más en aquel instante al soplo de una ráfaga de viento. Desfajóse el ceñidor, atándole en seguida por un cabo a la rama de un árbol más próximo al vallado. Con el otro extremo hizo un lazo corredizo que pasó por el cuello; y arrancando de lo más hondo de sus entrañas un suspiro que era como la condensación de todos los dolores que arrojará de sí, aspiró con fuerza el aire húmedo y fresco de la mañana, como el creyente que aspira los celestiales consuelos después de la confesión: acordóse del Creador con más intensidad que nunca, bendijole en su interior y murmuró en voz baja: "¡Bendito sea Dios que me saca del mundo! Mi señora de la Soledá y las Animas me acompañen."

Con la cara hacia arriba, haciendo palanca de sus brazos y apoyando vigorosamente las palmas de sus manos contra el cenagoso borde del vallado, con empuje feroz echóse hacia adelante y quedó colgado de la rama crujiente y temblorosa, con las piernas torcidas y el cuerpo dislocado, semejante a la figura de esas ranas intoxicadas que aparecen en los tratados de Terapéutica.

Un pálido rayo de sol rompió en un punto la masa de las nubes orientales, en el instante mismo en que el repique de las campanas se oía a lo lejos, alzándose al espacio como la oración de los pobres, humildes y desgraciados, que piden al cielo ilumine las sombras de la miseria, de la ignorancia y de la abyección a que están irremisiblemente condenados...

¿Irremisiblemente ?

Santa María del Río, 1895.

El montero Espinosa

A Enrique Pérez Rubio

I

Amador Espinosa había sido montero en Rincón de Lobos, hacienda situada en la zona oriental de la república. Su padre y su hermano eran malos sirvientes, bastante afectos a la bebida, lo que dio por resultado que los expulsaran de la hacienda. Tres años estuvo la familia del viejo aventurando y corriendo la Ceca y la Meca, hasta que al cabo de ellos murió el padre, y el hermano mayor fue consignado al ejército. Amador regresó a Rincón de Lobos ya mozo y capaz de desempeñar cualquiera de los trabajos del campo. No le quedaba más que su madre, anciana de sesenta y cinco años, y él contaba veintidós. Le pusieron de montero, empleo que su padre había desempeñado la mayor parte de su vida. Tenía a su cargo un enorme potrero de algunas leguas de sierra, circundado por todas partes con cerca de piedra; allí pastaban las reses y la caballada; y él sabía perfectamente cuántos animales eran, conocía sus colores y hasta los distinguía por sus señas particulares. Cada ocho días bajaba a la casa grande a dar la cuenta y a recibir órdenes. En una de tantas de estas ocasiones vio a Paula, muchacha frondosa y frescachona, de ojos negros y profundos, tez bronceada, labios abultados y formas redondas como las de una yegua fina. Se prendó de ella y la enamoró. Por mucho tiempo la moza le estuvo entreteniéndole sin corresponderle,

aunque dándole esperanzas. Llegó a apasionarse con delirio a medida que la otra alargaba el momento de condescender a sus amorosos deseos, que, por lo demás, eran absolutamente honestos.

El amo, un administrador que tenía facultades omnímodas en la hacienda, y mandaba más, y se daba más taco que el mismo dueño, conoció las pretensiones del montero y, entre chanzas y veras, le prometió hacerle la boda si se casaba con Paula. Alentado con esto, redobló Espinosa sus agencias, hasta que logró verse correspondido de la moza.

Sucedió como se lo dijeron: el amo le facilitó treinta pesos sin cargárselos a su cuenta y le fió una cantidad igual en efectos. Resultado; se casaron en la parroquia de la cercana villa, a cuya jurisdicción civil y eclesiástica pertenecía Rincón de Lobos.

¡Cómo recordaba el pobre montero aquellos días que precedieron a la boda y aquel domingo en que se celebró el matrimonio! Alzó una casa a la falda del cerro, donde la cerca tenía una puerta de trancas. Allí vivirían él y su mujer, pues su madre había muerto recientemente. Dos jacales: el cuarto y la cocina, techados de palma; un solar con magueyal y nopalera; un portal de ramas donde se enredaba la hiedra en el otoño y las matas de calabaza con sus flores anaranjadas en el verano; media docena de gallinas, un gallo; dos de la vista baja (con perdón sea dicho) que estaban engordando; su caballo, su silla y su machete... y dentro de la casa nada faltaba: allí estaban el baúl, el metate y las ollas; una manta de ixtle, con zalea encima que servía de cama, y almohada henchida de lana de biznaga; el altar con más de veinte láminas de santos de todos tamaños y colores, mezclados con caricaturas de periódico, anuncios de botica y cromitos de fósforos y cigarros. Aquello daba alegría al cuarto.

Luego, el domingo, el día de la boda.... ¡Con qué encantador deleite lo recordaba! Todos mañanearon para irse a la villa: los novios y los padrinos a caballo; los parientes y los amigos, a pie, habían tomado la delantera para que no les largaran. La iglesia estaba fresca y aseada y durante la misa de velación hubo música. Espinosa no se cansaba de contemplar a su novia, que, con sus enaguas de lanilla morada, su camisa blanca y su rebozo de seda e hilo, estaba tan bonita que no había ojos

con qué verla. El novio estrenó calzoneras de gamuza, camisa de manta buena y gorra alemana. Su sarape era flamante, rojo a listas amarillas, y sus zapatones tenían la suela claveteada con tachuelas de cobre, y unos tacones de a jeme.

¡Con qué alegría salieron de la iglesia y se dirigieron a la hacienda, donde la boda los esperaba! Tomó el montero por la cintura a su esposa y cual si fuera una pluma la puso sobre el caballo; lo mismo hizo con la madrina, y luego, de un solo salto, se encaramó en el potro del amo, que andaba amansando y que ya mero "caiba" a la rienda; al galope recorrieron las seis leguas que los separaban de las casas. Cuando llegaron a la puerta de pilares que daba al casco de la hacienda, una multitud de amigos y conocidos les aguardaban. ¡Cuánto disparo al aire con las "yogas"! ¡Cuánto cohete resonó en la atmósfera y cuánto grito de los compañeros de trabajo, que ya andaban más corridos que escasos, pues para aguantar y ponerse a temple, se habían desayunado con aguardiente! ¡Qué diablos de pelados tan boruquientos, y cómo no le tenían "respeuto" al amo que allí estaba entre ellos esperando también a los novios!

Ya la enramada estaba lista para el fandango; era grande y amplia, con techo de saúz, sostenido por vigas y horquetas de álamo. En el fondo se alzaba el "tálamo" (dos gradas altas donde se sientan la novia y la madrina), a la derecha los bancos para los músicos, que ya templaban el violín y la media hanega; el del clarión echó un registro capaz de reventar tímpanos que no fueran rancheros y el cantador soltó la primera tonada a salud de los desposados.

¡Qué alegría, qué bullicio! El sol estaba ya alto; el día sereno y templado. A lo lejos verdegueaban las milpas, donde las cañas del maíz se mecían suavemente, próximas a soltar la espiga. Más acá se tendía, como una inmensa lámina de plata reverberante, la laguna, blanca y reluciente, a cuyas orillas se abrevaban los bueyes y las vacas. En la cuadrilla, en medio de la cual estaba la boda, humeaban los jacales y dentro se oía el golpear de los trastos, el zis, zis de la masa al ser molida sobre el metate, y las palmadas de las tortilleras, que, con toda precipitación,

echaban las gordas para irse al baile. En todos los solares había movimiento y animación. Los muchachos, medio desnudos, discurrían bajo las nopaleras, que ostentaban sus pencas verdes, coronadas de tunas relampagueantes al sol como globos de granate.

Luego, a mediodía, la muchedumbre llenando el espacio donde se alzaba la enramada y rodeándola por todas partes, y la nube de polvo que hacían los bailadores al zapatear sobre la tierra suelta herida por el sol, flotaba en la atmósfera extendiéndose por el ambiente como una bóveda de oro. Gemían los violines, roncaba la media hanega y el clarión lloraba con su voz penetrante y gangosa, en tanto que el cantador, "cajoneando" sobre la guitarra, lanzaba al aire, en un falsete inverosímil, un ¡ay! largo y melancólico, seguido de una copla "abajeña", apasionada y dolorida como la eterna tristeza de la raza que la creara:

"Sospiro que de aquí dentro
te sales a divertir,
si no consigues tu intento,
güélvete, sospiro, adentro
y no güelvas a salir".

Y el entusiasmo crecía, traducándose en alaridos salvajes como el grito de guerra de los indios, primitivos pobladores de nuestras tierras; y el zapateado redoblaba a compás de los "sones" y las tablas, colocadas en agujeros en el suelo, zumbaban bajo el golpeo continuo y violento de los zapatonos y los huaraches.

Por la tarde, después de la comida, ya repletos los estómagos de asado y picadillo, aumentóse la algarabía, hasta que hubo necesidad de mandar parar la boda, antes que el alcohol manifestara sus efectos por medio de machetazos y pedradas, y antes que la noche viniera a favorecer con sus sombras el desorden que ya comenzaba a acentuarse más de lo que fuera menester.

Las oraciones serían cuando Amador bajó a Paula del "tálamo", para conducirla a la casa marital. Un amigo, que toda la tarde le importunara con sus manifestaciones de afecto, le abrazó de nuevo y lleván-

dole por fuerzas a un corral cercano, insistió en un tema que no cesara de iniciar en voz baja y con aire confidencial y misterioso, al oído del recién casado montero.

-Pa que veas,- le decía tambaleándose, echando el sombrero a media cabeza y escupiendo a cada dos palabras -pa que veas que deveras te estimo y semos amigos de altiro; es que da mucho sentimiento que hagan eso con los probes, porque alcabo somos hombres y Dios se los ha de tomar en cuenta.

-Bueno, amigo, bueno;- contestaba el montero impaciente, procurando desasirse de los brazos de su interlocutor, que le tenía afianzado por los hombros. -Ya me lo contarás otra vez, que se hace noche y de aquí a la casa está "trechecito."

-No -insistió el otro-, si te lo he de decir, que pa eso están los amigos. Todos los amos son lo mesmo; pero es que don Pancho es de los piores.

-Mira: si hablas mal del patrón, te asiguro que ya no la formamos; él será todo lo que tú quieras, pero pa mí es otra cosa.

-Pa tí.. pos pa tí más que pa ninguno. ¡Si lo sabré yo que he estado sirviendo en la casa grande!...

-Y por borracho te corrieron y ora de puro agraviado hablas, -dijo Espinosa con impaciencia y ya bastante mohíno.- Más vale que lo dejes, Toribio, porque si sigues...

Toribio, en efecto, había servido de mozo en la casa principal y lo echaron por inútil y porque de cuando en cuando solía empinar el codo. Resentido por lo que el montero acababa de decirle, cuando en su interior y en su conciencia de borracho creía obrar de buena fe y hacer un servicio; excitado además y nervioso por la bulla de aquel día, se encaró con su víctima, hasta echarse casi juntando rostro con rostro, lanzándole de súbito estas palabras.

-El amo ha gozado a Paula.

El primer impulso fue arrojarle sobre el otro. Llevó la mano al puño de la guaparra que colgada traía; pero repentinamente, como un relámpago, acudió a su mente, que se aclaraba por completo, una idea,

y luego otra, y luego cien, y mil, todas confusas, en tropel, pero ordenándose al punto con rapidez, precisas y razonables. Se hizo la luz en aquel cerebro inculto, pero al mismo tiempo tuvo ánimo y fuerza de voluntad para sobreponerse, porque con la misma lucidez comprendió que debía hacerlo. Se repuso violentamente, y así, dando un empujón al oficioso amigo, logró desasirse diciéndole en aparente calma y mal sofocada cólera.

-¡Anda!... , si no fuera porque estás borracho...

Toribio cayó en tierra y se quedó roncando y rezongando entre dientes, palabras ininteligibles, y el montero se dirigió a donde su mujer y sus parientes lo esperaban teniendo ya los andantes, aparejados para la marcha.

Se había hecho de noche cuando emprendieron la caminata. El arrea-ba las bestias con la boca y ella canturreaba en voz baja una décima de celos de las más incisivas que se habían echado en el fandango, mientras que a lo lejos se escuchaban los últimos alaridos con que los campesinos expresaban los postreros sentimientos de su alegría.

II

Ya en la casa, solos los dos, cuando el silencio augusto de la noche les rodeaba por todas partes, apenas interrumpido en ocasiones por el monótono cantar del grillo, el susurro del viento entre los mezquites y el aullido de algún coyote entre los matorrales de la sierra; una noche de julio tibia y profunda, sin nubes y sin luna, iluminada únicamente por las estrellas y por el relámpago fugitivo que de vez en cuando brillaba allá muy lejos y muy bajo, tras los cerros del valle, en el solar, a mucha distancia de los demás seres humanos, Espinosa, después de soltar los caballos en el potrero, se acercó a su mujer que, sentada en el batiente de la puerta, le esperaba en silencio.

-Entra y prende la vela, porque quiero que nos alucemos- le dijo en tono seco, y ella se apresuró a obedecer. Dentro ya, a la pálida y menguada claridad del sebo, la tomó de los dos brazos y acercándola a la luz "Tú has sido moza de don Pancho" murmuró con voz reconcentrada y

honda. Puso en ella una expresión tan siniestra y en su mirada un resplandor tan sombrío, que Paula, muda de terror, se quedó mirándole fijamente.

-Tú fuiste la moza de don Pancho, -repetió rugiendo, más que modulando: -Dime la verdad, porque te mato.- Y echándose atrás la frazada oprimía la guaparra entre las manos. Paula, temblando, rompió a llorar y fue a caer en un rincón, sentándose en el suelo y cubriéndose la cara con el rebozo.

-Si ya lo sabías, exclamó entre hipo y sollozos, pa qué te casaste.

-No lo sabía hasta hace un rato, eres una felónica, porque te has burlado de mí.

-No fui la moza, te lo juro por esta santa cruz, no fui la moza... sólo una vez... una vez nada más...

Y levantándose del suelo le refirió todo el episodio.

Quedó huérfana a los dieciséis años y la recogió una tía vieja que, vendiendo gordas de horno y de pastor, aguamiel y fruta en la villa los domingos, y haciendo otras luchas por el estilo, se mantenía miserablemente. Al principio ocupó a Paula en moler, mientras iba a buscar los efectos que le servían para su comercio; pero más tarde, creciendo la necesidad y menguando los elementos, le buscó un acomodo en la casa grande, donde la colocó de molendera.

Don Pancho, el administrador, era soltero, de edad madura, colorado y vigoroso y tan apasionado de las mujeres del rancho, y también de las de la villa y las de todas partes, que rara era la vez que no traía entre manos una conquista, y al ver aquella frondosísima hembra, avivados sus deseos, trató inmediatamente de satisfacerlos. Creyó la cosa fácil como que jamás encontró obstáculo que con un poco de dinero y gran cantidad de promesas o amenazas no se hubiera allanado; mas allí se pegó chasco. Al principio valióse de halagos y caricias, pero la moza era arisca y le ponía una cara de todos los demonios. Recurrió después a las dádivas y a las proposiciones más o menos lisonjeras. Ni por esas. Luego entraron las amenazas y hasta pretendió apelar a la fuerza: todo inútil, pues la criada habló de separarse de la casa. Aquello desconcerta-

ba los planes del patrón, que ya estaba verdaderamente encaprichado. Entonces, variando de táctica, le ofreció no volver a importunarla hasta que ella, voluntariamente, accediera a sus amorosas ansias. Esperaba que el tiempo y los buenos modos la vencerían. Por último, fastidiado ya y resuelto a hacer una barbaridad, entró con ella en explicaciones. ¿Por qué no le quería, vamos? Todas las mujeres se entregaban a los gañanes y al primer advenedizo sin sacar maldito el provecho.

A pocas, a ninguna se presentaba una oportunidad tan halagadora y no había que dejarla escapar. Pero ella, la criada, no era de ésas; aunque pobre, no quería ser de todos ni dar motivo para que la trajeran en lenguas; y al fin de cuentas, dijo que deseaba casarse y que sólo que perdiera la esperanza de conseguirlo... tal vez... acaso entonces se echaría a la calle de en medio.

Refirió estas cosas a don Pancho con sinceridad y franqueza. El amo no lo echó en saco roto y se propuso atrapar la ocasión por el único pelo que se ponía a su alcance. Comprometíase a casarla con Espinosa si accedía a sus deseos; pero si rehusaba iba a ver cómo corría al montero de la hacienda y hasta de soldado lo mandaba, o a trabajar a Yucatán, donde la fiebre lo matara y nunca más lo volvería a ver. Y lo mismo haría con todos sus pretendientes, pues no era cosa de dejarse burlar así nomás...

Paula pesó estas razones; y allá en su menguado criterio, dióles todo el valor que en realidad tenían, viendo que, en efecto, no podía hacer nada mejor que ceder con las condiciones propuestas, a las que añadió la de que nadie había de saberlo. Sólo el maldito de Toribio se sonreía socarronamente siempre que encontraba al patrón dirigiendo miradas incendiarias a la molendera: pero ellos jamás lo conocieron.

III

Durante este relato el montero escuchó con atención suma, manifestando en su fisonomía todas las impresiones que le agitaron al oírlo. Amaba a su esposa, y en su imperfecto sentido moral, al enterarse de aquella historia, narrada con ingenuidad y sencillez, sin disminuir con

atenuaciones ni reticencias la gravedad de la falta, otorgó desde luego su perdón a la mujer con quien se había unido para siempre. Natural, naturalísimo fue lo que pasó. ¿Qué había de hacer la infeliz viéndose perseguida, acosada, acorralada con promesas, halagos, dádivas y amenazas? Jamás había sabido él de una mujer que resistiera en situación menos apremiante que la de su amada. De manera que toda su ira y todo su rencor para ella, se cambiaron súbitamente en conmiseración y piedad. No sabía cómo explicarlo, pero así era en efecto. Por lo demás, el odio que sentía por Paula al saber su falta, lo convirtió hacia otro lugar, amontonándolo sobre el que tenía atesorado (esta es la palabra) en el corazón, contra el infame déspota que, no contento con vejar a los sirvientes y tratarlos como animales, les arrebatava sus mujeres, sus hermanas y sus hijas, para saciar la nunca saciable sed abrasadora de su carne.

Sí; don Pancho era el único culpable. Contra él sentía estallar la imponente explosión de su cólera y se revolvió interiormente, sintiendo aumentarse la rabia y el despecho ante la magnitud de su impotencia. ¿Qué había de hacer él, desgraciado y pobre, contra los poderosos, hartos de dinero y elementos, cuando sabía por experiencia propia que jamás fue atendida queja alguna, ni escuchada siquiera, por justa y santa que pareciese, ante las autoridades de la villa, ni ante las del partido, ni ante las de la ciudad?... Y si a lo menos el que había disfrutado las primicias de lo que a él sólo pertenecía, fuera de su clase, un gañán, un jornalero, menos mal, pues entre sí tenían a las mujeres como cosas pertenecientes a la comunidad y no era raro ver que uno tomara lo que otro había dejado, amén de ir a meterse también en el cercado ajeno, sin que hubiese por lo general otras consecuencias que una amonestación del amo o del juez, si la cosa llegaba a mayores, quedando a la postre todos tan conformes como si nada hubiera sucedido. Pero aquí el caso variaba completamente. La ofensa hecha por un señor "decente", aunque no era, dirimida ante los Tribunales ni vengada por medio de los usos expeditivos que para esos casos se guardan, quedaba viva y fresca eternamente y no había poder humano que les hiciese perder el rencor ni

olvidar el agravio.

Amador, en suma, perdonó a su mujer, pero guardó su odio. No se sentía con valor y capacidad para perdonar, aunque se tragaría su rabia, porque así lo hacen los demás, y era necesario ante todo, ganar la "gorda". Por dos o tres meses siguió la vida ordinaria que había tenido antes de su matrimonio: recorrer el monte, cuidar de los animales que se brincaban en los potreros colindantes, buscar los que faltaban y llevar relación exacta de los que nacían o morían, sin faltar los sábados a la hacienda, a donde, como siempre, iba a dar la cuenta y a recibir órdenes. Don Pancho le trataba con más consideraciones que antes, y eso que siempre se las guardó, pues jamás dio motivo para la más ligera reprimenda.

Un sábado en la noche le interrogó el amo sobre el camino que debería seguir para ir a Cañada Verde; estancia de la hacienda que no visitaba desde muchos años atrás y en donde tenía que ventilar algunos asuntos por encargo especial del dueño. Dos veredas conducían a la estancia: ambas se cortaban media legua más allá de la puerta del potrero donde Espinosa vivía. Larga y breñosa era la una, pero no ofrecía peligro alguno, la otra era corta; desnuda de todo matorral aunque estaba fierísima, pues cuando el montero tenía que ir a buscar alguna res perdida por aquel camino, "nomás cerraba los ojos y se encomendaba a Dios".

Don Pancho le advirtió que tenía que acompañarle y le ordenó le aguardase en la puerta del potrero, el lunes después de mediodía.

IV

Era tarde de octubre y empezaba a soplar el norte. El cielo nublado y el aire cortante y frío entristecían la sierra. El montero, con una mula ensillada, esperaba en el solar de su casa a que el amo llegara para acompañarle. Estaba pensativo y serio, y una sombra obscurecía su semblante. Paula estaba en cinta, ya bastante avanzada, y no tenían tres meses de casados.

Llegó don Pancho en compañía de un mozo a quien ordenó se devolviese, puesto que el montero iba a servirle de guía y criado hasta la Cañada Verde, de donde pensaba regresar a la mañana siguiente. Em-

prendieron la marcha: Espinosa por delante, indicando el camino y desembarazándolo con el machete de las malezas y zarzas que impedían el paso. Así anduvieron media legua; y como el frío arreciaba y la tarde caía, al llegar al sitio donde el sendero se dividía en dos veredas, la del "Espinazo del Diablo", muy corta, aunque llena de peligros y la de la "Cuesta Blanca", larga y ondulante, cubierta de matorrales y empinadísima en algunos lugares, don Pancho optó por la primera, aunque su caballo estaba herrado, pues quería llegar cuanto antes y no juzgaba el peligro tan grave como en realidad era.

Allí quedóse el montero atrás, por una circunstancia casual; y cuando ya el amo había penetrado en la terrible vereda, era tarde para tomar la delantera o para hacerle retroceder. Efectivamente, sólo en presencia de peligro semejante, puede comprenderse su magnitud: el terreno es quebradísimo, pues todos son en la bifurcación de los dos senderos, desfiladeros y barrancos escuetos y peligrosos, con cuevas peligrosas y resbaladizas, caminando siempre el viajero por "zig zags" violentos y brutales, al borde de horribles y vertiginosos despeñaderos. Pero allí, en "Espinazo del Diablo", las dificultades acrecen y el peligro arrecia. Acábase la montaña, o más bien dicho, se hunde formando una sima de enorme profundidad, cuyas paredes son cantiles gigantescos que parecen cortados a pico o tajados a golpe de hacha colosal, blandida por las monstruosas manos de un cíclope. Para llegar al otro borde de la sima no hay más que la prolongación de una cuchilla, como tira larga, que forma verdaderamente un espinazo de piedra; por allí va la vereda que en su mayor anchura tiene sólo el espacio suficiente para que quepan las patas de las bestias. Jamás pasa por allí mula ni caballo que no tiemblen ni vacilen, y no dan un paso sin que antes se hayan asegurado por medio del tacto, sentando y retirando alternativamente la pezuña, hasta convencerse, con su admirable instinto, de que está sólido el terreno.

Y aquel camino no tiene más de doscientos metros y se tarda en recorrerlo cerca de media hora. Es tan excesivamente estrecho, que si dos caminantes se encontraran en cualquier punto, ninguno de los dos podría retroceder ni apelar al recurso de desmontarse, pues no hay sitio

para poner el pie, a no ser saliendo por la cabeza o las ancas de la cabalgadura, lo cual es también extremadamente peligroso. Por esta razón, siempre que algún viajero se aventura en aquella senda, conociéndola, la primera providencia que toma es gritar y hacer otras señales, a fin de que, si alguno viene por el lado opuesto, se detenga. Y lo peor es que cuando tiene conocimiento del terrible peligro que se corre, es ya tarde, pues insensiblemente se va caminando sin advertir el precipicio que a ambos lados existe, gracias a la vegetación poderosa que le oculta y crece por los dos bordes del camino. Pero hay un instante en que los árboles y hasta los matorrales desaparecen dejando ver el abismo en toda su horrorizante grandeza. Sólo algunos nopales de "taponas" suelen medrar de trecho en trecho, raquíticos y cenicientos, pues que la peña de la montaña no les da savia suficiente para crecer. Agréguese a esto que hay lajas resbaladizas y casi siempre húmedas, debido a las nieblas que por lo común envuelven a aquellas alturas, y se comprenderá todo el terror que puede sentirse al deslizarse por el llamado camino del "Espinazo del Diablo".

Por allí iban don Pancho y su montero, aquel delante, y éste atrás, guardando la conveniente distancia a fin de que las bestias no se tocaran. Hubo un instante que ante el espantoso riesgo que corrían, el amo, revelando en su voz temblorosa el miedo y la ira que le embargaban, increpó duramente a Espinosa por qué no le había explicado suficientemente qué clase de camino era aquel; mas nadie había tenido la culpa, pues bien se le había dicho que por esa vereda sólo los vaqueros pasaban, y eso cuando tenían grande necesidad de hacerlo.

En el ánimo del montero iba agitándose poco a poco la tempestad. Desde su matrimonio, era la primera vez que se veía a solas con el autor de su afrenta, y precisamente en los momentos en que su odio, si no muerto, amortiguado, volvía a alzarse pujante y terrible, a causa de la revelación que su esposa le hiciera esa mañana. ¡Iba a tener un hijo, un hijo que no era del marido, sino el fruto de la deshonra y de la fuerza! Sí, de la fuerza, porque ella había sucumbido a la fuerza moral. Y el esposo, que amaba a su mujer, y que ya se sentía amado, en aquel instante, creía

que toda la felicidad que hubiera podido alcanzar, que era digno de alcanzar, porque tenía derecho a ello, le fue arrebatada, y arrebatada por un hombre que iba allí cerca, a su alcance, y que ninguna importancia daba a un acto que hundiera a dos seres en la vergüenza y el dolor. Entonces sintió el azote de los celos fustigándole brutalmente el espíritu, aquel espíritu semi-salvaje, donde la naturaleza imperaba como reina y señora, sin que estuviese moderado por la educación y sin las trabas de la conveniencia. El instinto bárbaro fue alzándose en su alma y repentinamente pensó matar, matar, sin que aquella idea le pareciese extraordinaria, antes por el contrario, considerándola como la cosa más natural del mundo. Pero al mismo tiempo, el instinto de la conservación y la libertad, habló en alta voz dentro de él, pues recordó el fin trágico que tuvieron los que, tiempos atrás, asesinaron a un dependiente de la misma hacienda. Pensaba en la manera de ejecutar su venganza sin que llegara a descubrirse, y en aquel mismo instante sintió un goce indecible y salvaje, porque vio tan a la mano una ocasión, como sin duda jamás, jamás volvería a presentársele. Llevaba el machete desnudo desde que tuvo que desembarazar de ramas y maleza la vereda que atrás dejaron; pinchó una penca espinosísima de nopal "tapón" de los que a la orilla del sendero crecían, y castigando con las espuelas la mula en que montaba, se acercó al caballo de don Pancho. Tuvo un momento de vacilación; tendió la mirada por todas partes... El monte estaba desierto y la tarde avanzaba. Sin embargo, le pareció oír un silbido a lo lejos; pero al mismo tiempo una racha de viento pasó zumbando por las gargantas de la sierra y haciendo crujir el follaje de las lejanas arboledas. Fue el viento, el viento sin duda el que silbó... Vacilaba aún en el momento de pasar por uno de los sitios de mayor peligro: la vereda se encogía de una manera inverosímil en un declive muy rápido, al mismo tiempo que de uno y otro lado se ahondaba hasta producir vértigos. Fue cuando don Pancho, trémulo y furioso, le lanzó la imprecación con voz insegura pero terrible.

-¡Grandísimo estúpido!... Sólo los brutos como tú pueden andar por aquí... -Y siguió una andanada de temos irritantes y groseros. En-

tonces sintió Espinosa hacerse la sombra dentro de sí... Clavó ferozmente la penca en el anca del brioso caballo de su amo. El noble bruto sintió repentinamente la punzada de las espinas y encabritándose se disparó desesperadamente, perdiendo el terreno y rodando despeñado hasta el fondo del abismo. Un grito horripilante en que se tradujo la más espantosa expresión de la angustia, desgarró los aires. Por unos segundos, caballo y caballero descendieron vertiginosamente formando un solo grupo, un cuerpo solo, una masa informe y extraña, cual un animal fantástico y monstruoso; luego se desprendió el jinete de la bestia, quedando colgado por el estribo como un siniestro paracaídas, y al fin quedaron ambos separados del todo, cayendo a un mismo tiempo sobre los peñascos del fondo, donde se aplastaron haciéndose pedazos con un ruido indefinible y lúgubre.

¿Qué sintió el montero en aquel instante? No lo recordaba. dándose cuenta apenas de que había seguido andando hasta traspasar la vereda y que llegó al obscurecer a las casas de Cañada Verde, donde dio parte de lo ocurrido. Lo primero con que topó fue con dos hombres que arreaban unos bueyes y le miraban con insistencia. No le hicieron caso ni le contestaron apenas. Siguió adelante hasta llegar al centro de la cuadrilla. Juntó allí gente y provistos de antorchas, de ocote y reatas, fueron a recoger los informes despojos del que había sido árbitro y señor de aquellos lugares. El caballo quedó en la sima.

Al día siguiente, al llegar a Rincón de Lobos con el cadáver, contó Espinosa la desgracia que le había pasado al amo, atribuyéndolo solamente a su terquedad. Los dos hombres que arreaban los bueyes, habían presenciado de lejos la tragedia con todos sus pormenores, pues andaban a la sazón buscando unos animales perdidos. Vino un alcalde de la villa y levantó las primeras diligencias. El montero quiso negar, pero los otros referían el caso con los más mínimos detalles. Además, por una circunstancia terriblemente casual y apenas creíble, el caballo yacía reventado, presentando hacia arriba el anca donde la penca estaba fuerte y profundamente clavada.

En los careos lo confesó todo, pero ocultando el móvil de su cri-

men, atribuyéndolo al rencor antiguo porque don Pancho corrió de la hacienda al padre y a la familia de Espinosa.

A los tres días le llevaron a la ciudad donde fue juzgado.

V

De boca del montero mismo escuché la narración de los sucesos que referidos dejo. La celda en que estábamos era estrechísima. Una cama de palo y una silla a la cabecera; un altar en el fondo, dos cirios apagados y una mesa, en la que había restos de comida en platos de fierro, era todo lo que constituía el menaje de la triste habitación. Cuando Espinosa terminó su largo relato, como si el narrarlo le hubiera costado penosísimo esfuerzo, se echó en la cama cubriéndose el rostro con los brazos, que cruzó sobre la cabeza. Yo guardé silencio y una compasión profunda, una lástima infinita por aquel hombre, arrancaron lágrimas a mis ojos, que procuré ocultar, sin embargo, para no afligir más al infeliz sentenciado.

Todos los esfuerzos para salvarle fueron vanos. El dueño de Rincón de Lobos, que era poderoso, quería que se hiciera un escarmiento, pues ya en otra ocasión había sido asesinado un empleado de la misma hacienda; y si la primera vez los autores del crimen fueron condenados a veinte años de prisión y murieron a balazos en un intento de fuga, ahora era de todo punto necesario imponer un castigo ejemplar. La Ley estaba terminante, pues el asesinato se cometió con las circunstancias que le hacían odioso.

Así lo declaró el juez y el Tribunal Superior lo confirmó en su ejecutoria. No hubo amparo ni indulto, y la terrible sentencia iba a ejecutarse al día siguiente.

El montero, por lo demás, calló ante sus jueces el verdadero motivo que le impulsó a cometer el crimen, y aceptó resignadamente todos los cargos que se le hicieron.

El toque de retreta sonaba en el cuerpo de guardia cuando abandoné la celda del reo, prometiéndole volver a la madrugada, aunque sin ánimo de cumplir mi ofrecimiento. Llegué a mi casa, que no distaba

mucho de la cárcel. En vano procuré dormir en toda la noche, y sólo recuerdo que a las primeras horas de la mañana, cuando la indecisa claridad del alba empezaba a penetrar por el postigo de la ventana y mis ojos se cerraban por fin, cediendo a los impulsos de un sueño agitado, me pareció escuchar a lo lejos una larga detonación que vino a romper la augusta serenidad de una mañana alegre y sonrosada como el risueño despertar de la primavera.

Encuentro pavoroso

Sr. Lic. don José López Portillo y Rojas, a usted mi querido Pepe, consagro la sencillísima narración de estos tres sucesidos, en público testimonio de lo que admiro su elevado talento y su gran corazón, y como una prenda de imperecedero cariño y la profunda simpatía que a usted me ligan.

I

De esto hace ya bastantes años. Encontrábame en una aldea muy antigua de la zona litoral del Golfo. Tenía que regresar a la ciudad de mi residencia y emprender una jornada de muchas leguas. Abril tocaba a su fin y el calor era insoportable, por lo que decidí hacer la caminata de noche, pues de otra manera me exponía a un espasmo o a una insolación. Ocupé la tarde en los preparativos consiguientes, y llegadas las nueve de la noche monté sobre una poderosa mula baya, y, acompañado de un mozo de estribo, atravesé las calles de la villa, encontrándonos, a poco andar, en pleno campo.

La noche era espléndida. Acababa de salir la luna llena, pura y tranquila, envuelta en un azul diáfano, como si estuviera empapada en las olas del Atlántico, de donde surgía. Los bajos de las montañas envolvíanse en el caliginoso vapor del "calmazo", que así llaman a la calina por aquellas tierras. El cielo estaba resplandeciente como si una bóveda de cristal y plata fuera. Desde la salida del pueblo el camino se

marcaba vigorosamente al borde pedregoso y áspero de un acantilado, a cuyo pie, por el lado izquierdo, rodaba el río entre guijas y peñascales, con un rumor a veces como el de un rezo, a veces como el de una carcajada. A la derecha se extendía la muralla movable y verdinegra de un inmenso bosque. De manera que la senda, muy angosta, corría, corría y se prolongaba entre el acantilado del río y la cortina del follaje.

Buen trecho del camino habíamos recorrido, cuando mi acompañante me advirtió haber olvidado un tubo de hojalata que contenía papeles, para mí de la mayor importancia. Le obligué a regresar, lo cual hizo volviendo grupas, y, disparado a carrera tendida, bien pronto se perdió su figura entre la claridad de la noche y el ruido de los cascos entre el murmurio del río y el rumor de los árboles.

Seguí hacia adelante, paso a paso, con objeto de que el mozo me alcanzara en breve tiempo. La brisa que soplabá desde el mar, llegó a refrescar la caliente atmósfera, barriendo los sutiles vapores del "calmazo" y dejando contemplar el paisaje hasta las más profundas lejanías, todo envuelto en la inmensa ola de aquella noche tropical y divina.

Yo estoy habituado a la soledad de los campos, en las montañas, en los bosques y en las llanuras. He pasado muchas noches en una choza, debajo de un árbol, de un peñasco o a la intemperie absolutamente, sin más compañía que la de mis pensamientos. Así es que aquella soledad era para mí muy grata, pues estaba plenamente inundado en la augusta y serena majestad de la naturaleza. Nada de medroso había en torno mío y ningún temor, por consiguiente, me asaltaba. El gozo inefable e inmenso de la contemplación iba penetrando en mi espíritu a la vez que el aire fresco y perfumado de la selva hinchaba mis pulmones. Aún olvidé por completo los asuntos arduos y graves por demás, que ocasionaban aquellos viajes por comarcas casi deshabitadas y salvajes, y hasta olvidé también el mozo que debía regresar y darme alcance. Como caminaba tan despacio, no había recorrido cuatro leguas a pesar de tres horas transcurridas. Media noche era por filo y el lucero brotaba cintilante y radioso tras el vago perfil de la lejána cordillera, blanco, enorme y deslumbrador como otra luna.

Todo era luz y blancura en aquella noche del trópico. Los peñascos aparecían semejantes a bloques de plata, y las frondas, los matorrales y la maleza misma, temblaban como nervios de cristal vibrantes y sonoros. El río era un chorro de claridad y sus espumas relampagueaban como un lampo, heridas por la mirada luminosa que el firmamento incrustaba en ellas, desde su alcázar de diamante.

II

Mi cabalgadura seguía al paso, ya hundiendo los cascos en el polvo de la senda, ya aferrándose sobre las duras piedras del cantil. La mula era mansa y obediente al más ligero estímulo de la rienda o de la espuela. Caminaba, caminaba sin reparo y sin tropiezo, con el cuello flácido y la cabeza inclinada. Prolongábase el sendero más y más, blanqueando a lo lejos y torciéndose, plegándose a las ondulaciones del bosque y los cantiles y a las quebraduras del terreno. Yo me había abstraído tan hondamente en el pasmo contemplativo de la meditación, que estaba ya en ese punto en que a fuerza de pensar, en nada pensamos. Poco a poco una dulce tristeza me envolvía, porque el campo es triste, aun en las horas en que mayor vida rebosa.

De repente levantó mi caballería la cabeza, irguió las orejas, arqueó el cuello y, resoplando por la nariz, dilatado el belfo y los ojos fijos en un punto frontero, intentó detenerse. Rápidamente volví sobre mí, inquiriendo la causa de aquel accidente. Con la vista recorrí toda la extensión que me rodeaba. Estoy acostumbrado a ver larguísimas distancias y la noche no es un obstáculo para que pueda distinguir un objeto lejano sin más claridad que la de las estrellas. Nada extraño descubrieron mis ojos. Castigué a la acémila con el látigo y la espuela, y el animal, resentido al castigo, continuó al instante su camino. Imaginé que habría advertido la presencia de alguna víbora que atravesara el sendero y no dí la menor importancia a aquel tropiezo.

Seguí sin detenerme; pero a medida que avanzaba, el animal mostrábase inquieto y receloso. Pocos minutos transcurrieron, cuando por segunda vez, pero de una manera más acentuada, paróse la mula

olfateando el aire con la nariz hinchada y erectas hacia adelante las desmesuradas orejas. Empecé a inquietarme, pero sin llegar a la alarma. Fustigué vigorosamente a la bestia y obliguéla a tomar de nuevo su andadura. Con más detenimiento y cuidado examiné la senda, el bosque, hasta donde la mirada podía penetrar, y el fondo del barranco por donde el río se deslizaba. Inútil fue también aquella segunda inquisición. Afianzado ya en los estribos, enderecé la marcha, confiado y resuelto, hacia el punto que era el objeto de mi viaje.

Hasta entonces había logrado que la mula obedeciera; mas sobrevino una tercera detención, y entonces el espanto que se apoderó de la cabalgadura, empezó a transmitirse a mis nervios. Ya el azote, la rienda y las espuelas hincadas despiadadamente en los ijares, fueron inútiles.

Con los remos abiertos y queriendo volverse o lanzarse al bosque, la bestia se rebelaba contra todos mis esfuerzos por encaminarla de frente. Entonces, y de improviso, el miedo, un miedo horrible, me invadió. Sentí culebrear el terror por todos mis miembros, pues una idea terrorífica asaltó mi pensamiento, y una angustia indefinible me apretó el corazón como una tenaza férrea. Sí, era indudable; no podía ser otra cosa: ¡El tigre! el sanguinario huésped de las selvas de "tierra caliente" me acechaba sin duda, y yo estaba solo, completamente solo, en el desierto de los campos, pues el ausente no daba señal alguna de su regreso. Grité a grito herido, por una, dos, veinte veces. Ni tan siquiera el eco contestaba a mi voz. En aquel conflicto pensé instantáneamente que debía dominarme, que importaba recobrar mi sangre fría para encontrar un medio cualquiera de salvación.

Con un supremo esfuerzo logré aquietar mi espíritu y calmar la tensión de mis nervios. No llevaba conmigo más armas que un revólver y un cuchillo de monte, inútiles en un combate con el poderoso felino. Las apercibí, sin embargo, para usar de ellas rápidamente y procuré orientarme a fin de seguir el mejor camino, en caso de poder emprender la fuga. Pero de pronto, ya con calma, eché de ver que la mula pugnaba por internarse en el bosque y esto me devolvió completamente el valor perdido, pues en caso de que la fiera me acechara, debía estar precisa-

mente en el bosque, oculta entre las malezas y, en tal caso, el instinto de mi cabalgadura le habría indicado tomar otro sendero. Además en el camino que se extendía ante mí, a una distancia muy larga que se descubriría del todo, no había cosa alguna que semejara jaguar o pantera, que son los dos animales feroces a quienes los naturales de aquellas comarcas dan el nombre de tigre.

Entretanto, la mula se había calmado también un poco, más bien agotada por el miedo y el terrible castigo que yo le seguía imponiendo sin misericordia, que porque hubiera presentido la ausencia del peligro. Este continuaba, pues ni por un momento dejó mi pobre bestia de olfatear el aire, lanzando entrecortados resoplidos. Luego de allí, de la prolongada vereda, venía el peligro. ¿Qué podría ser? La proximidad del hombre no espanta a ninguna clase de andaduras, por más que la presienta desde muy lejos. El movimiento que hacen en presencia de la serpiente no tiene nada de común con aquellas muestras de terror sumo que aún duraban en mi espantado animal, rebelde todavía a continuar la marcha. Confuso y pasmado, buscaba yo cuál podría ser el objeto que en tan pasmoso trance me pusiera, cuando a lo lejos...

III

Allá, de un recodo del camino, surgió de pronto una figura que, aunque avivó de súbito el terror de mi acémila, vino a infundirme un rayo de consuelo, devolviendo del todo la tranquilidad a mi ya fatigado espíritu. Era un animal, al parecer asno o caballo de color negro que la blancura de la noche hacía más negro aún. Sobre él, a horcajadas, sosteníase un hombre vestido de pardo. Estaba el grupo todavía muy lejos para poder apreciar otros detalles; mas desde luego aquello era un hombre y yo no estaba ya solo en el monte. Me ayudaría, sin duda, a salir de aquel conflicto y ambos investigariamos la causa de tan grande susto.

Pero lo extraño, lo inaudito y que para mí no tenía explicación, era que, a medida que se acercaba aquel a quien yo veía como un salvador, mi malhadada cabalgadura más se estremecía e impacientaba por huir.

Sin embargo, transcurrido ya el período álgido, yo podía refrenar aquellos desaforados ímpetus. Soy un jinete medianamente diestro y me impuse al animal casi gobernándolo por completo.

En tanto, el otro jinete iba acercándose, acercándose paso a paso, muy lentamente, como quien no tiene prisa de llegar a parte alguna. Por la andadura conocí que venía montado sobre un asno, al que no estimulaba para que avivara el paso, dejándolo caminar a toda su voluntad y talante.

El lugar donde me encontraba detenido era un sitio más amplio que el resto de la vereda, pues allí precisamente empezaba a ensancharse el camino, en virtud de que los acantilados se iban deprimiendo paulatinamente, formando sobre el río un macizo talud de piedra. Ya mi nocturno compañero estaba cerca y pude distinguir que no traía sombrero y sí solamente un "paliacate" ceñido a la cabeza. Quise adelantarme a su encuentro; espoleé, herí las ancas de la cabalgadura, que resistíase de todo punto, y sólo conseguí acercarla a la vera de la espesura, donde los árboles formaban un claro. En esa posición esperé, siempre con el revólver apercebido, pues no me parecía por demás precaverme.

Cierto malestar, empero, una especie de ansiedad aguda me oprimía el pecho, pues, a pesar de todo, aun de la próxima compañía de aquel viajero, encontrábame en presencia de algo desconocido, de algo raro, y yo presentía que un acontecimiento extraordinario estaba pronto a sacudir mi ánimo hasta en lo más profundo.

Ya sólo unos cuantos pasos nos separaban. Ansioso por dar fin a tan extraña situación, hice un supremo y vigoroso esfuerzo, levanté las riendas, hincé la espuela y sacudí el azote, todo a un tiempo, y la mula se lanzó desesperadamente hacia el perezoso grupo, deteniéndose de improviso a unos tres o cuatro metros de distancia. El negro animal, con esa particularidad de los de su ralea, se acercó afanosamente al mío, hasta quedar frente a frente los dos y yo con el jinete.

Brusco, terrible, hondísimo fue el sacudimiento que estuvo a punto de reventar los más vigorosos resortes de mi organismo. Un solo instante, pero tan rápido como la puñalada o la fulminación del rayo que des-

trozan y aniquilan; un solo instante clavé los ojos en aquella faz que ante mí relievaba sus contornos de un plasticismo brutal y espantable hasta el espasmo del horror. Y en ese instante lúgubre no hubo línea, detalle ni sombra que no se incrustara profundamente en lo más escabroso y recóndito de mi ser.

Era un rostro lívido, cárdeno, al que la inmensa luz lunar prestaba matices azules y verdes, casi fosforescentes. Eran unos ojos abiertos y fijos, fijos, fijos sobre un solo punto invariable, y aquel punto en tal instante eran los míos, más abiertos aún, tan abiertos como el abismo que traga tinieblas y tinieblas sin llenarse jamás. Eran unos ojos que fosforecían, opacos y brillantes a un tiempo mismo, como un vidrio verde. Era una nariz rígida y afilada, semejante al filo de un cuchillo. De sus poros colgaban coágulos sangrientos, detenidos sobre el escaso e hirsuto bigote, que sombreaba labios delgadísimos y apretados.

Eran unas mandíbulas donde la piel se restiraba tersa y manchada de pelos ásperos y tiesos; y del lienzo que ceñía la frente se escapaba hacia arriba un penacho de greñas que el viento de la noche azotaba macabramente.

Debajo de aquel rostro lóbrego y trágico a la vez, un tronco enhiesto y duro dejaba caer los brazos como dos látigos, sobre las piernas dislocadas. Del extremo de aquellos látigos, envueltos en manta gris, surgían dos manos, que se encogían desesperadamente, cual si se apretaran asidas a alguna invisible sombra. Y todo aquel conjunto era un espectro, un espectro palpable y real, con cuerpo y forma, destacado inmensamente sobre la divina claridad del horizonte.

¿Cómo pude resistir a tal aparición? ¿Cómo logré sobreponerme a mis terrores y dominar la debilidad de mis nervios, tan trabajados por las repetidas y tremendas emociones de aquella noche?

¿Cómo alcancé, por último, a conservar un punto de lucidez y desviarme de tan horrenda larva, lanzando mi cabalgadura, como quien se lanza hacia el vértigo, por entre las intrincadas sendas del bosque, para ir después a tomar de nuevo el camino que mi instinto solamente me señalaba? Lo ignoro todavía; sólo sé que al cabo de algún tiempo

pude orientarme hacia el sendero antes seguido y ya sobre él proseguí la marcha, como a través de un sueño.

Como a través de un sueño proseguía, que todo en derredor tomaba los tintes y el aspecto de las cosas entrevistas cuando soñamos. Pero la realidad se imponía tiránicamente a mis sentidos, y en vano me figuraba estar bajo el aterrador influjo de una pesadilla.

Galopaba, corría frenético por el blanco sendero que otra vez tomara al salir de la selva. El viento me azotaba el rostro, mis oídos zumbaban y una especie de vértigo me impelía. Pero la misma frescura de la noche y aquel furioso galopar fueron parte a calmar mi excitación. El perfume acre y resinoso que venía arropado en el aliento de la montaña, al penetrar en mi pecho, ensanchó mi ánimo a la par que mis pulmones. Ya la aparición iba separándose de mí, no por la distancia ni el espacio transcurridos: veíala en mi mente como a través de muchas leguas y de muchos años.

Al cabo de algunos momentos fuese aflojando la carrera y yo no procuraba ya excitarla. Atrevíme primero, una, luego dos, y por último repetidas ocasiones, a volver hacia atrás la cabeza y hundir la mirada en el espacio luminoso. Nada. La soledad, que se extendía, que se dilataba en mi derredor por todas partes. Aquel volver atrás los ojos llegó a ser una obsesión dolorosa que habría continuado, distendiendo mis nervios de nueva cuenta, a no haber percibido de lejos voces humanas, cuyo rumor mágico acarició mis oídos como una celeste música, pues había llegado casi a perder la noción de la humanidad, y pienso que sentí lo que el náufrago confinado a una isla desierta que después de mucho tiempo logra volver a ver a sus semejantes.

Las voces se acercaban y distinguí luego un grupo de hombres que venía por el camino platicando y riendo en amigable compañía. Llegaron hasta mí, saludándome corteses y sencillos. Eran cinco y todos marchaban a pie. A la pregunta que les dirigí sobre la causa que les obligaba a caminar a deshora, pues no veía en ellos ningún apero de labranza ni señal que indicara trabajo alguno, contestáronme, dándome desde luego la explicación de lo que me había ocurrido, aunque yo me guardé bien

de hacerles conocer el horror pasado, que ellos seguramente adivinaron en mi descompuesto semblante.

En un rancho de la vecina sierra, la tarde anterior había ocurrido una riña a mano armada, en la que sucumbió uno de los rijosos. El matador emprendió la fuga, y el cadáver, consignado a la autoridad, iba conducido a la villa de la extraña manera que yo le había encontrado. Para ahorrarse molestias y evitar que el ramaje se enganchara en las ropas del muerto, colocáronle los conductores a horcadas sobre un paciente pollino, sosteniéndole con dos estacas convenientemente aderezadas en el aparejo.

Al saber semejante cosa, encontradas sensaciones repentinamente de mí se apoderaban: ya era un anhelo brusco de abrazar, de agasajar a aquellos bárbaros, ya un furioso deseo de acometerlos. Contuve, sin embargo, tales ímpetus, y despidiéndome de la patrulla, proseguí la interrumpida jornada.

IV

La del alba se venía a toda prisa cuando el repetido ladrar de perros y el alegre canto de los gallos me anunció la cercanía de un rancho que se recuesta en los estribos de la montaña. Llegado que hube, hice parada en el primer solar cuyos jacales a humear empezaban. Eché pie a tierra y me propuse a esperar a mi rezagado mozo (mientras daban un pienso a mi caballería) y a mí frugal, aunque confortante refrigerio.

El sol salía apenas, cuando despavorido, trastornado, casi loco, llegó por apartado sendero el infeliz sirviente. Detenido en la villa mientras le entregaban los papeles, le pareció necesario refocilarse con buena ración de aguardiente. Un tanto ebrio emprendió a todo escape la carrera para darme alcance, pero a poco la dipsomanía le obligó a detenerse en las últimas casas del poblado, donde repitió las dosis del de caña y trabó plática con los amigos y conocidos.

Ya bastante excitado prosiguió la marcha y en un lugar del camino tuvo el mismo pavoroso encuentro que yo. Llevaba un enorme cigarro de hoja de maíz y había gastado todos los fósforos en encenderlo. Al

divisar al macabro noctámbulo, dirigióse resueltamente a él para que le proveyera de fuego, y su sorpresa y espanto fueron mayores mil veces que los que yo pasara, pues, montando un caballo que no se asustaba, y siendo supersticioso en extremo, como toda la gente campesina, fue brusquísimo y terrible el golpe moral que recibió su mezquino y desorganizado cerebro. La embriaguez huyó como por encanto; y, habilísimo jinete, se arrojó por el acantilado abajo siguiendo toda la margen del río, hasta encontrarse conmigo en el rancho de la montaña. Por esa razón no topó con los conductores del cadáver, y le tuvo desde el espantable encuentro, como cosa del otro mundo, a pesar de todos los empeños que puse en arrancar de su ánimo la tremenda impresión.

Cuando rendimos, al día siguiente, la jornada, cayó el desgraciado mancebo presa de mortal paludismo, que degeneró en una terrible fiebre cerebral.

Pocas semanas después estaba muerto.

Y yo, a pesar de lo bien librado que salí, no las tuve todas conmigo.

1903.

Coro de brujas

I

Erase que se era una buena señora, viuda y sesentona, propietaria de cierta finca rústica, no muy lejana de un pueblo, donde yo desempeñaba, hace ya tiempo, funciones del orden judicial. Noria del Águila, que así se llamaba la hacienda, tenía abundantes y excelentes tierras de labor, montes poblados de pastos y agua para regar dos o tres sitios de ganado mayor; con lo que, dicho se está, la propietaria debía ser rica por demás, pues carecía de familia y sus necesidades eran exiguas, como las de gente que no sale del rancho sino para "bajar", así se dice, a los pueblos vecinos, y eso de tarde en tarde, con ocasión de fiestas y jolgorios o, sencillamente, para mudar de aires.

Pero es el caso que los rendimientos de la finca eran apenas medianos, y aunque no llegaban a perderse las cosechas por malo y seco que el año fuese, la verdad es que no producían ni la mitad de lo que producir debían. Cierto que las mujeres carecen, en lo general, de dotes para entenderse en la administración de sus negocios; pero doña Francisca Perales, que a este nombre respondía la dueña de Noria del Águila, había encomendado por completo el manejo de su hacienda a un administrador, hombre campirano y versadísimo en todo lo que a la ciencia de las Geórgicas atañe, salvo en introducir innovaciones y mejoras de modernos procedimientos, pues a ese respecto tanto el ama como el em-

pleado oponían la más vigorosa resistencia.

Doña Francisca o doña Pancha, como más comúnmente se la llamaba, era la adoración y el paño de lágrimas de sus sirvientes y de todos los aldeanos y campesinos que moraban en cinco leguas a la redonda. Y no podía ser de otra manera, pues socorríales en sus necesidades, aunque no ciertamente con mucha largueza, y, sobre todo, les curaba cuando, enfermos, acudían a ella en busca de alivio o de salud. Esto de curar y prescribir métodos y remedios para toda clase de dolencias era el elemento principal en la vida de la buena señora; era como el agua para los peces, el rocío para las flores y para las aves el viento. Y no vaya a creerse que echaba mano de medicinas y drogas de las usadas más comúnmente por galenos y farmacéuticos. Ni por pienso. Se reía de los médicos, de las boticas y hasta de los curanderos, a quienes solía tolerar y aun aconsejar algunas veces. El ejercicio de la medicina en ella era una cosa así como rito misterioso y oculto, y rarísima ocasión empleaba yerbas o pócimas, y cuando lo hacía, sus menjurjes, verdaderas panaceas, componíanse de los simples más inusitados y estrambóticos. Su terapéutica constaba especialmente de palabras, signos y prácticas extrañas, así como de oraciones, algunas de las usadas por la Santa Madre Iglesia y otras del uso exclusivo de aquella sapientísima doctora, que tenía su consultorio en la casa grande de la Noria del Águila.

Pero tampoco se debe pensar que doña Pancha usara indistintamente de las mismas palabras, signos o remedios en todas las enfermedades. De ninguna manera. Así, por ejemplo, para el dolor de muelas aplicaba una cuerda de guitarra enrollada al cuello a guisa de rosario; para las "riumas" prescribía cortarse las uñas todos los lunes; los desmayos y zumbidos de cabeza los curaba colocando una lanita de borrego prieto en la ternilla de la nariz, y el "ojo de venado", el sebo de león y hasta el excremento de diversos animales, servían para otras tantas dolencias y accidentes. El terrible "mal de ojo", tan común entre la gente rusticana, no desaparecía sino con repetidas unciones de saliva en frente, oídos, nariz y boca. La saliva tenía un uso bastante generalizado en la terapéutica de doña Pancha, pero era necesario saber manejarla, pues

debía siempre ir acompañada de oraciones y fórmulas cabalísticas que variaban según la naturaleza de la enfermedad; porque, decía, hay oraciones frías y oraciones calientes y no deben aplicarse aquéllas en los resfriados, ni éstas en las fiebres; sino, todo lo contrario: para todo es necesario saber. En cuanto a otras dolencias más graves, variaba el procedimiento, siendo uno de los más enérgicos y eficaces, colocar un huevo de gallina prieta (el color negro era de ritual) debajo de las almohadas del paciente para que le extrajera el mal; o bien se metía la mismísima doña Pancha debajo de la cama y lanzaba unos lamentos y gritos tan lastimeros, llamando por su nombre al enfermo, que éste, si estaba aún en sus cabales, creía que la propia muerte lo solicitaba desde lo más profundo de la tierra y se levantaba todo trémulo y despavorido. Pero con estas y otras prácticas, rara era la enfermedad que no cedía al tratamiento; y si el pobre doliente sucumbía al fin, era sólo porque "ya le tocaba."

Don Carpio, el administrador (su nombre era Policarpo), si no ejercía la medicina, en cambio, como astrólogo, daba ciento y raya a los sabihondos que escriben libros cuajados de mentiras y disparates. Todos los años, en el mes de enero, la noche de San Antonio Abad, instalábase en la era a contemplar el cielo para ver por qué lado entraba el año: iba provisto de un cuaderno donde apuntadas tenía multitud de observaciones hechas y no interrumpidas por los más lejanos de sus progenitores. Allí, con un farol y un lápiz, trazaba figuras y signos siguiendo la revolución de las estrellas y el cariz que presentaba la "almósfera"; y a eso de las cuatro de la mañana, cuando ya "las siete cabrillas" se habían metido y a sus alcances iban los "tres reyes" y "las tres Marías", D. Carpio, con pasmosa seguridad, pronosticaba la calidad del año, y decía, como si lo estuviera viendo, qué clase de frutos se iban a dar y cuáles a perder, las plagas y enfermedades de los animales y de las plantas, y, finalmente, si el año sería seco o lluvioso. Así es que, con tales conocimientos, no había temor de que se perdieran el tiempo, el dinero y el trabajo en infructuosas siembras y demás operaciones agrícolas. Bien es verdad que algunas veces solían fallar sus cálculos y pronósti-

cos, pero eso acontecía solamente cuando a la hora de la observación ocurríasele rebuznar a un burro prieto (por de contado), en los vecinos corrales, o a algún murciélagos trazar sus curvas caprichosas en torno de la era, trípode y observatorio astronómico del buen don Carpio.

Por lo demás, para todo encontraba remedio, pues cuando se retardaban las lluvias y las sementeras poníanse mustias y agostadas, don Carpio hacía un agujero en la tierra, enterraba el calendario del "más antiguo Galván" (precisamente había de ser éste), juntamente con una oración al mismo San Antonio Abad y otra a San Isidro Labrador, todo esto a compás de credos y salves que rezaba entre dientes, haciendo cruces con la mano sobre los campos y hacia los cuatro puntos del horizonte.

Conque ya se figurará el curioso lector cómo andarían en "Noria del Águila" los negocios económicos y agrícolas, manejados por estos tan extraordinarios personajes.

II

Pues sucedió que a don Carpio se lo iban a llevar los diablos, o más bien dicho, andaban con el intento de llevárselo. Fue la misma doña Pancha quien llevó a Valnavara, el pueblo donde yo vivía, la estupenda noticia. Todos los habitantes del lugar invadieron la morada de la rica propietaria para oír de su misma boca la revelación de tan maravillosa aventura. Yo fui uno de los primeros en acudir y con todos sus pelos y señales me refirió el suceso, con lenguaje y ademanes tan pintorescos, que más de una vez, durante la narración, sentí ponerse los pelos de punta. Y era tan cierto el hecho, que los dos o tres mozos que acompañaban a su ama, y ella misma, fueron testigos presenciales; lo que dio por resultado que doña Francisca abandonara la hacienda mientras el maleficio se conjuraba, aunque, según las trazas, no había que esperar que tal cosa sucediera hasta que don Carpio abandonara la finca, o los diablos, en forma de brujas, cargaran con él a los profundos.

El caso pasó de esta manera:

Una tarde, ya al ponerse el sol, se desató rumbo a la serranía de la

hacienda tan furiosa tormenta, que todos los arroyos se salieron de madre y las peñas y los árboles rodaron descuajados por los desfiladeros de las montañas. Hasta allí el fenómeno nada ofreció de particular; pero ya al entrar la noche comenzó a descolgarse de las nubes una horrorosa "culebra" (que así se llaman las trombas en el lenguaje rústico) cuya monstruosa cola se retorció en el aire entre negros torbellinos de polvo y agua. El pánico se apoderó de los campesinos y del propio don Carpio, quien probablemente, por alguna imprevisión o descuido, había enterrado el calendario a más profundidad de la necesaria, o había echado más cruces y oraciones de las acostumbradas. Pero de improviso y en un punto, ama y administrador, que contemplaban el meteoro desde el portalón de la casa grande, entraron precipitadamente a una galera contigua, saliendo al instante armados de sendos cuchillos con los que, disparando estocadas y bendiciones sobre la culebra, como quien se tira a fondo o raja leña, al punto y como por encanto quedó partida la terrible manga, que vino a resolverse en descomunal aguacero.

Pasado ya el peligro, con gran asombro de los sirvientes que presenciaron el conjuro, doña Pancha y don Carpio dieron trazas de recogerse cada cual en sus habitaciones, pues la noche seguía tormentosa y negra y no era cosa de ir al campo a esa hora para encauzar los arroyos y reparar los destruidos canales. Así es que don Carpio, después de despojarse de las empapadas ropas, se echó al colete doble ración de tequila de la acostumbrada, para no resfriarse; y ya se disponía a meterse entre las no muy limpias sábanas, ni menos mullido lecho, cuando percibió, clara y distinta, una voz extraña que de fuera le llamaba por su nombre, voz que parecía descender de lo alto y que se mezclaba con carcajadas horripilantes y soeces maldiciones.

De pronto creyó don Carpio que aquella era ilusión de sus oídos o las rachas de viento que golpeaban, zumbando, los muros de la casa; pero como la voz se repitiera, y ya no sola, sino acompañada de otras, que en distintos tonos le amenazaban imprecándole, el pobre hombre se armó de valor; abrió la ventana y enderezó la vista a la azotea, donde las voces parecían sonar; y en aquel mismo punto sintió que el horror le

cuajaba la sangre, paralizándole los miembros. Destacándose en la masa negra de las sombras, vio el infeliz otras sombras, más negras aún que se bullían vertiginosamente como en una danza infernal, sobre el pretil y sobre las canales de su misma habitación. Horrorizado y loco, cerró de un golpe la ventana y salió corriendo en busca de doña Pancha, que a la sazón se recogía. Desde la puerta dióle cuenta de lo que le pasaba; vistióse alborotada la señora, y ambos, acompañados de los mozos y dependientes que estaban aún en pie, se dirigieron al cuarto del administrador, donde todos fueron testigos de la extraordinaria escena que afortunadamente no se prolongó por mucho tiempo, pues a poco sintióse el aleteo de aquellas sombras como de aves monstruosas y pesadas que volaban casi sin ruido en la obscuridad.

Nadie se atrevió a salir a investigar el hecho, pues todos, doña Pancha "in cápite", declararon que las brujas, teniendo cuentas pendientes con don Carpio, venían a cobrarlas y procurarle males, en pago del que había hecho a cierta moza del rancho, cuya madre, según se susurraba, era una de las más desaforadas hechiceras que podían encontrarse por aquellos contornos. Dejaron, pues, en paz a las brujas, ya que ellas la habían arrebatado a los moradores de la casa, y pasóse el resto de la noche en medio del susto consiguiente, con el cual, dicho se está, nadie logró pegar los ojos.

Y como en las noches posteriores se repitiera el espantoso fenómeno de las brujas, los dependientes abandonaron la casa grande y se fueron a dormir a otra, que aunque estaba en no muy favorables condiciones de habitación, aderezaron de la mejor manera; y doña Pancha tomó el partido de trasladarse a Valnavara, hasta que las brujas escogieran otro lugar para sus nocturnos conciliábulos, pues los aquelarres del Harz en la noche de Santa Walpurgis, eran tortas y pan pintados, si en parangón se ponían con los que noche a noche se celebraban en la casa principal de Noria del Águila.

III

Todo esto y más todavía me fue referido por la buena señora, con

tan profundo convencimiento y a la vez con tales muestras de desdén al notar cierta sonrisa de incredulidad en mí, que a poco ya estaba yo tan embrujado como ella. Intenté, sin embargo, escudriñar una parte del misterio, aquella que se relacionaba con la moza hija de la célebre hechicera. Doña Francisca me dio todos los datos necesarios, de los que vine a poner en claro que el bueno del administrador, aficionado por demás a las hembras, había tenido sus dares y tomares con una muchacha muy bonita del rancho; pero al cabo, como todo cansa en este mundo, cansóse de aquellos amoríos, no por otra cosa, sino porque se enamoró perdidamente de otra mujer, con la cual comprendió que no podía entrar en más relaciones que las matrimoniales, por lo que dio de mano a su antigua pasión, y ya se habían empezado a correr las amonestaciones en la parroquia de Valnavara y sólo faltaba fijar la fecha del casorio, con gran contentamiento de doña Pancha, quien se había ofrecido a ser madrina.

Pero como el hombre propone... y las brujas disponen, desde el primer domingo en que se leyeron, después del Evangelio, las susodichas amonestaciones, empezó el aquelarre en la azotea del cuarto de don Carpio, según dejo ya referido.

Bien enterado del asunto y todo confuso, estupefacto, despedíme de la propietaria y en poco tiempo olvidé las brujas, hechicerías y demás cosas que con ellas y con los habitantes de Noria del Águila se relacionaban.

Y aconteció que yendo días y viniendo días, una tarde en que, para sacudir el fastidio que me abrumaba paseábame a caballo por los alrededores de Valnavara, entregado por completo a mis meditaciones y a la contemplación de los campos, me fui alejando, alejando, sin sentirlo, hasta que ya, próximo el sol a ocultarse, encontréme precisamente al pie de la cuesta que, remontando un cerro poco elevado, conducía directamente a la hacienda de doña Pancha. Al darme cuenta del punto hasta donde había llegado, vinieron a mi memoria los estupendos sucesos en la finca acaecidos y determiné seguir adelante, para desengañarme por mis propios ojos. Puse piernas al caballo y en poco más de una hora, ya obscurecido, me encontré en el espacioso portalón de la casa grande,

donde don Carpio, solo y sombrío y apoyado sobre un pilar, mostraba en toda su persona el desastroso estado en que su ánimo había caído.

Imposible sería dar cuenta del gozo con que me acogió. Él mismo condujo mi cabalgadura, después de desensillarla, a la caballeriza, y luego se apersonó conmigo ofreciéndome alojamiento por esa noche, con las más grandes muestras de afecto y consideración que en mi vida he recibido.

-Estoy solo en la casa, me dijo-; los dependientes viven en la de allá abajo y no han consentido que yo me vaya con ellos, porque temen que hasta allá me persigan las muy judías. Los mozos, luego que anochece, se van a dormir a la troje, y aquí me tiene usted que ya no hallo ni qué hacer, pues parece que soy un apestado.

Entramos al escritorio, y después de los cumplidos que son del caso, expresé sin rodeos el motivo que me llevaba a hacerle compañía por esa noche. Grande fue su asombro y más aún su espanto al ver que yo no le tenía en manera alguna y que estaba absolutamente resuelto a descubrir el misterio de las brujas, que tanto le atormentaban.

Cuando hubo encendido luz, quedé admirado del terrible estrago que las apariciones habían hecho en el pobre hombre. Era antes un ranche-ro de contextura musculosa y recia, pero tan flaco y amojamado estaba, que ya no tenía sino la piel verdosa y plomiza untada en los puros huesos.

Diome lástima, en verdad, su figura y desde luego procuré infundirle ánimos, tomando por el lado cómico sus extraordinarias aventuras; pero él atajóme en mi intento, y con ademanes de inaudito espanto, me manifestó que tenía pensado, pues las hechicerescas visitas no cesaban, apelar a la fuga y hasta renunciar a su proyectado casamiento.

-¿Luego continúan las brujas viniendo?- pregunté con verdadero interés.

-Sí, señor- me contestó-. No hay noche de Dios que esas condenadas no vengan a... molestarne. Yo ya no puedo más y hasta he tenido que recurrir a tata Prisco. Pues ni por esas, señor licenciado.

-Pues ¿quién es tata Prisco que, según parece, tiene poder para

librar a usted de este maleficio?

-¡Tata Prisco!- repuso mirándome asombrado de mi ignorancia, ¿Pero no conoce usted a tata Prisco?..

Tuve que confesar mi desconocimiento de tan conspicua personalidad.

-Pues tata Prisco- continuó don Carpio, es un viejo que vive en Cerro Gordo, a cinco leguas de aquí y que, aunque dicen que está descomulgado, es el único capaz de meter en cintura a todas las brujas y demonios que resisten hasta el agua bendita y los exorcismos del señor cura.

-¿Y a que se debe tan soberana y poderosa virtud de tata Prisco? insistí con positiva curiosidad.

-¡Pues a qué ha de ser! Nada menos a que tiene un pedacito de la reata con que se ahorcó Judas Iscariote, el cochino apóstol que vendió a Nuestro Señor.

-¡Caramba! . . . ~¿Y de dónde cogió semejante reliquia ?

-Dicen que un judío o francés que estuvo por aquí el siglo pasado, porque tata Prisco ya va a ajustar los cien años, le dio ese mecate en pago de haberle enseñado unas minas de oro y plata con que se hizo muy rico y volvió a su tierra.

-¡Magnífica paga! ¿Y con tan poderoso amuleto no ha podido nada tata Prisco contra las brujas que vienen a desvelar a usted?

-Nada, señor, nadita; y ya cuando llega la noche me entra aquella "pinsión" y aquel "susidio", que no me dejan. Y si no me voy de aquí y largo la novia, seguro, segurito que me voy a morir. Y no es eso lo más, sino que es capaz que las malditas carguen conmigo a los mismos infiernos.

-Pues nada, don Carpio, -le dije entre serio y festivo-. Vamos a ver si yo, que no tengo la cuerda de Judas, puedo hacer algo por usted.

-No, señor, no haga nada, porque será en vano, y hasta puede que también usted la lleve.

-Bueno; pues allá veremos. ¿Y dice usted que todas las noches vienen las brujas? ¿Vendrán ahora?

-Sí, señor; pero todavía tardarán, porque no son más que las nueve y ellas vienen cerca de la media noche. Sólo que ahora han dado en caer por el corral.

-Eso no importa. Pasaremos el rato platicando. ¿Tiene usted armas?

Contestóme con un gesto de conmiseración. Yo le inspiraba lástima. Verdaderamente, no sabía con quién tenía que habérmelas. ¡Armas! ¿para qué? con seguridad que las espadas de más filo se embotarían contra enemigos diabólicos y las balas más potentes se estrellarían en el plumaje de aquellos pájaros, porque de pájaros vestidas se presentaban las hechiceras en las nocturnas visitas. Confesóme el infeliz hombre que sólo había encontrado un remedio, si no para ahuyentarlas, al menos para perderlas de vista, y, sobre todo, de oídos; y este remedio era rezar un rosario e inyectarse en seguida, entre pecho y espalda, de un golpe y sin resollar, media botella de tequila y a veces hasta una entera. Bien es verdad que solía amanecer casi todas las mañanas, rodado de la cama y debajo de la mesa; pero con esto, así pudieran venir todos los muertos de los camposantos y todas las brujas del mismo Brooken que don Carpio así se daba cuenta de ellos como los habitantes de la luna.

En este diálogo y otros semejantes, pasamos las horas desde mi llegada hasta la de la frugalísima cena, consistente en un trozo de cecina y una taza de café, que el mismo don Carpio aderezó, pues no había otros seres vivientes que nosotros en aquel enorme y vetusto caserón.

IV

Para el objeto que me proponía, no encontré más armas que una vieja escopeta de pistón, de dos cañones, olvidada en un oscuro rincón del escritorio. Después de aparejarla lo mejor que fue posible, procedí a la operación de la carga. Pude encontrar una poca de pólvora desperdigada en un monumental cuerno de toro que perdido se hallaba en un cajón de la tienda; en otro logré juntar hasta tres docenas de postas y algunas cápsulas que confundidas estaban con una navaja de gallo y su correspondiente botana, granos de garbanzo, obleas y buena porción de

clavos y tornillos.

Ya apercebida mi arma y acercándose la hora de la temerosa aparición, permití a don Carpio rezar su acostumbrado rosario, mas no enguilirse la milagrosa botella con la que me convidaba para crear áni-mos, según decía. No fue poco el trabajo que me costó hacerle prescindir de aquella fórmula cabalística; pero al fin convino en que debíamos estar en nuestro entero juicio y con la cabeza despejada.

Y como todo llega en la vida, si no es la ventura, llegó la hora tan temida para don Carpio y para mí tan deseada. Súbitamente vi a mi hombre ponerse lívido, y con voz cavernosa y trémula, me dijo:

-¡Oiga!... ¡oiga! Ya están ahí.

Yo, que tengo la desgracia de ser algo teniente, es decir, falto de oído, no había escuchado nada, por más que toda mi atención se concentraba en las indicaciones de don Carpio. Salí a la puerta del escritorio que caía a un pasadizo tan prolongado y estrecho como una cerbatana y negro como una boca de lobo; y entonces alcancé a oír ese graznido horrisono peculiar de la lechuza; en seguida percibí el "tcucurucú" del tecolote y un grito sordo y ronco de otro animal que no era fácil conocer en aquel momento. Pero nada más.

-Pues eso, don Carpio, le dije, no es otra cosa que voces de aves nocturnas, lo cual nada tiene de particular en la casa de una hacienda que está tan cerca del monte.

-¡Oiga, oiga!- repuso sin hacerme caso y sacudiéndome brusca-mente con una de sus manazas de esqueleto hercúleo mientras se aplica-ba rígido, cerca del oído, el dedo de la otra. -¡Oiga nomás lo que están diciendo!

Paré la atención, y efectivamente, entre un rumor extraño y confu-sa algarabía, percibí claramente el nombre de don Carpio, precedido de una grosera maldición.

Violentemente empuñé la carabina y empujando a don Carpio obliguéle, casi a fuerza, a que saliera conmigo, no sin procurar conven-cerlo de que aquello nada de sobrenatural tenía, asegurándole que pron-to íbamos a descubrirlo todo, pues yo llevaba nada menos que un frag-

mento de la cruz en que murió San Dimas, el buen ladrón, que también había tenido sus puntas y ribetes de brujo; reliquia mucho más eficaz que la de tata Prisco. Y mostré al crédulo administrador un palillo de dientes.

Calmado en parte y convencido un tanto, echó a andar tras de mí, empuñando, por indicación mía, ancho y largo machete. Ambos, además, llevábamos ceñidos nuestros revólveres.

Atravesamos la sala y una serie de piezas que le seguían. En la última abríase amplia ventana sin verja, por la que saltamos a uno de los patios de aquella vieja y pavorosa casa, muy propia, ciertamente, para que en ella tuvieran manida todos los habitantes del otro mundo. La luna, que despuntara poco antes, envolvíase en gruesas nubes y apenas podía alumbrar con opaca e indecisa claridad el cielo. La tierra estaba aún casi en tinieblas.

Llegamos a la puerta del espacioso corral cercado por ruinoso tapia de piedra. La puerta estaba cerrada, pero a través de los mal unidos tablones podíamos medir el corral en toda su anchurosa extensión. Casi en el centro se alzaba escueto y altísimo mezquite, y más lejos empinábase un guimbalete junto al derruido brocal de una noria mal cegada. Entre tanto, la algarabía de las brujas, pues brujas debían de ser, según todos los barruntos, no cesaba un momento. Gritos, carcajadas irónicas y burlescas, silbos horripilantes, rumores como de salmodia; todo, todo se oía a un tiempo mismo, sin confundirse, aunque se mezclaba; y sobresaliendo alguna vez, entre aquel horrisonante vocerío, percibíanse distintamente palabras confusas e incoherentes a veces, a veces agudas y vibrantes, repitiéndose el nombre de don Carpio, con abrumadora y pertinaz obsesión.

-¡Ya me la pagarás! ¡Ya me la pagarás! ¡Ya me la pagarás! -Oíase de pronto; y luego una voz hueca, ronca y gutural repetía:

-¡Carpio! ¡Comudo! ¡Comudo! ¡Comudo!- y otras dos malas palabras que no son para escritas ni menos para leídas.

Sobre una gruesa rama de mezquite pude ver, a la tenue claridad de la luna, destacándose contra la gris lividez del espacio, tres pájaros gran-

des en apretado grupo, que aleteaban haciendo movimientos extravagantes y grotescos, al compás del espeluznante rumor que producían. En la punta del guimbaete distinguíase otro pájaro, más negro que las sombras de las piezas que de atravesar acabábamos, que también se retorció como en epilépticas convulsiones. A la luz del día visto, habríame hecho reír; pero en aquel instante, lo confieso, sentí que se me erizaban los cabellos.

Puesto ya en semejante trance, por mí mismo buscado, parecióme ridículo y vergonzoso retroceder, y arrojándome, de improviso, al fin de la aventura, entreabrí silenciosamente la puerta del corral, que no tenía llave ni cerrojos. Me eché la escopeta a la cara y, encañonándola lo mejor que pude hacia el grupo del mezquite, apreté el disparador... Un formidable traquidazo retumbó en toda la casa y hasta en los cerros vecinos, pues había soltado los dos tirós; y, disipado el humo, vi, al pie del árbol, dos de los pájaros heridos mortalmente, que se agitaban en las postreras contorsiones de la agonía; y el tercero, maltrecho, volaba torpemente sobre la tapias del corral. El del guimbaete había desaparecido.

Casi al par de la detonación producida por el disparo surgió de la cercana nopalera, que tras la casa se levantaba, una voz colérica a la vez que plañidera exclamando:

-¡Válgame las benditas Ánimas! ¡Miren nomás! Ya este hombre borrachón y sinvergüenza me mató mis animalitos. ¡Maldito sea don Carpio y la madre que lo parió!

Oír aquellos gritos nosotros, que nos contemplábamos mutuamente, estupefactos ante la hecatombe, y largamos a través del corral y del campo, salvando las trancas que las tapias tenían a guisa de puerta, fue todo uno. Llegamos de un salto, cayendo de improviso en lo más espeso de la nopalera, donde al pie de inmenso y cóncavo peñón, encontramos a tres mujeres que se ocupaban en acariciar a un cuervo prodigándole las más tiernas expresiones de cariño, a la vez que le alisaban el negro plumaje del lomo.

Pero don Carpio de un solo mandoble dividió en dos mitades el

repugnante pajarraco, y sin que yo pudiera contenerle, arremetió furioso contra las mujeres, disparándoles cintarazos a diestra y siniestra; y es que había reconocido en dos de ellas a su ex-amasia y a su ex-suegra, sobre la cual batía, muy a su sabor, firme y macizo, desahogando la cólera que le embargaba, de modo tal, que si yo no me le impongo enérgicamente, allí hubieran dado fin por todos los siglos las brujerías y maleficios en aquellas dilatadas regiones.

Calmado ya el enfurecido administrador y las brujas de rodillas, suplicantes y llorosas ante nosotros, pude inquirir el secreto y explicación de las aventuras a que yo, recientemente armado caballero por obra y gracia del fastidio que me consumía en Valnavara, pude dar digno acabamiento y remate, logrando impercedera fama entre los campesinos de aquellos lugares y de los demás que en todo lo descubierto de mi partido judicial alientan y alentarán por varias generaciones.

Yo quisiera revelar al lector tales misterios; pero es el caso que me he propuesto reservarlos para el día en que, si Dios me concede vida y humor, pueda referir la ocasión y manera en que yo mismo me hice "nahual", después de cursar todas las asignaturas correspondientes, hasta alcanzar el grado en tan importante profesión.

Mas si dejo suelto este cabo, que es ciertamente el más interesante, debo atar los demás, aunque sean accesorios; y así diré que don Carpio, libre ya de aquel peligro, se casó al fin, cayendo en otro tal vez más grave aún; pues la edad del administrador de Noria del Águila frisaba en los cincuenta años y su esposa no llegaba a los veinte.

Un detalle antes de concluir: doña Pancha me tomó grande ojeriza y mala voluntad. Tan aferrada estaba en sus supersticiones, que no quiso nunca convenir en que los pájaros que yo había matado eran pájaros sencillamente, y las apaleadas mujeres... mujeres nada más, que creo es ser ya demasiado... y algo más todavía.

1903.

El nahual

I

Desde muchas horas antes de amanecer andaba en el monte, guiado por un mocetón fuerte, nervioso y esbelto que conocía la sierra con todas sus entradas, salidas y vericuetos. Eran apróximamente las once de la mañana. El sol se derretía en chorros de fuego, y el cansancio y el hambre habíanme agobiado de modo tal que determiné no continuar más en pos de los venados, único objeto con que saliera del rancho, no muy cercano de nosotros a esa hora, pues ocho largas hacía desde que empezó nuestra cinegética expedición.

Como se me asegurara desde la noche anterior que, a poco de correr y de transmontar las primeras colinas donde empezaban a elevarse los enormes estribos de la sierra, habríamos de encontrar dos partidas de venados que campeaban en unos sembradíos de cebada, a la orilla de las ya pizcadas labores de maíz que desde las casas divisábamos, me conformé al levantarme, con un jarro de café negro, un buen trago de aguardiente y unos cuantos bocados de pan. Así es que, después de tantas horas de ejercicio, me hallaba completamente desfallecido. Y lo peor del caso era que mi tenacidad y mi empeño no obtuvieron compensación ni recompensa alguna, porque de las codiciadas reses no encontramos sino las huellas, y no frescas por cierto, pues las más recientes acusaban el paso de la partida con una antigüedad de varios días.

Aunque del rancho había salido a caballo, tuve que dejarlo atado a un tronco donde la senda que teníamos que remontar era tan empinada y abrupta que no dejaba paso a la cabalgadura. Mi conductor iba a pie; pero ahí se las dieron todas, pues no parecía sino que se paseaba por ameno prado y que la roca viva sobre que se abría el sendero era una suave rampa de mullidísima alfombra tapizada.

Rendido, pues, de tanto andar sin provecho ni esperanza de alcanzarle, pues a las horas del sol todos los animales montaraces van a ses-tear sombreándose en los sitios más apartados y ocultos, determiné, como he dicho, poner fin por esa vez a mi tarea y regresar al rancho, donde, después de confortar el estómago y dar descanso al cuerpo, enderezaríamos hacia otro rumbo nuestra expedición, pues yo soy tenacísimo e infatigable cuando de montería se trata, y no le doy punto hasta que logro derribar siquiera una pieza de las que me propongo perseguir.

Bajamos de la montaña, y aunque el descenso era penoso por lo empinado y áspero de la cuesta, hicimoslo con rapidez suma, hasta llegar al sitio donde el caballo esperaba despuntando pacientemente las pocas hierbas que estaban a su alcance. Mientras nos ocupábamos en enfrenarle y apretar el cincho de la montura, acertó a pasar cerca de nosotros un vaciero que sobre menguado macho rucio recorría gran extensión de la sierra, vigilando, según me dijo, diversas pastorias que bajo su cuidado estaban. Enteréle del objeto que por aquellas asperezas nos traía y nos manifestó, con grande contentamiento mío que me hizo palpar el corazón y hasta olvidar un instante las pesadas fatigas, que no lejos del lugar donde nos encontrábamos acababa de ver, hacía una hora escasa, las dos partidas de venados que iban a refocilarse con la cebada de los vecinos sembradíos; que seguramente habríamos de dar con ellos cuando la tarde empezase a declinar; y por último, se ofreció el buen rabadán a conducirme él mismo al sitio donde todos los días sin faltar uno, y al salir o ponerse el sol, los deseados antílopes se dejaban ver sin recelo alguno, pues mucho tiempo hacía que nadie les daba caza. Ante tan halagadora perspectiva, me resolví, sin vacilar, a quedarme en el

punto donde me encontraba, que un bosque de encino y palo blanco cubría del sol, desparramando en torno plácida frescura.

Ordené a mi guía ir al rancho y traerme lo que más pronto y a la mano encontrase de comer y, aunque le ofrecí con insistencia el caballo para mayor rapidez y comodidad, no lo consintió en manera alguna e hizome ver, probándolo hasta la evidencia, que más pronto y mejor llegaría en el caballo de San Francisco, pues cualquiera otro le incomodaba y servíale de estorbo solamente. Dejéle hacer. Le vi bajar la última colina, echar por un atajo y perderse después a lo largo de los barbechos en los abandonados laboríos. Quedé solo con el vaciero informándome de todo lo que a la caza por aquellas montañas se refería, y siendo satisfactorias por demás sus informaciones, supliquéle con el más grande encarecimiento no dejase de volver para acompañarme a la ronda de las tan decantadas partidas. Me lo prometió de la mejor voluntad, asegurándome regresar a poco, pues sólo tenía que ir a "echar un vistazo" al hato más próximo, que se encontraba distante una pequeña legua.

Dos escasas me separaban del rancho; así es que, dada la destreza y actividad de mi guía, antes de dos horas esperaba su regreso, y entre tanto me aparejé a descabezar un sueño sobre el reseco zacatal del monte. Como busqué la mejor posición, la que tomé al echarme permitiame abarcar con la mirada inmensa extensión de la llanura que se perdía al pie de la tendida falda donde reposaba, la cabeza en alto y el cuerpo descendiendo, según la suave ondulación de la pendiente que me servía de lecho. Estaba ya completamente solo: el caballo atado muy cerca y mi carabina Winchester apoyada en un encino al alcance de la mano.

El sol del mediodía clavaba sobre la tierra gris sus estiletes de lumbré, que, al atravesar la atmósfera candente, vibraban cual moléculas de oro fundidas en el inmenso crisol del espacio.

II

Regalado bienestar inundóme al sentir en mis miembros el contacto fresco de la sombreada tierra. Entorné los ojos para librarlos de la lejana reverberación del campo. Poco a poco empezó a relievase el

dilatado panorama, profundo y vario al propio tiempo en su monotonía misma, pues un detalle, un accidente baladí que surgiera de pronto en cualquier punto del paisaje, imprimíanle admirable diversidad, perceptible claramente al ojo experto en semejantes contemplaciones.

La planada se extendía tersa y bruñida por la pesada y aplastante onda abrasadora del sol, haciéndola brillar en la lejanía con un espejismo áureo y trémulo que inmensas lagunas y refrigerantes corrientes semejaba. Los surcos del abandonado barbecho aparecían como cintas donde el oro del sol se decoloraba en cobres profundos y apagados, y las duras glebas, lo mismo que las cepas de los rastrojos, reverberantes y policromas, figurábanse enormes gemas de una caprichosa y nunca imaginada pedrería.

Hasta donde la vista alcanzaba se tendía la llanura, recortándose, allá muy lejos, por la inmensa mancha verde y cenicienta del mezquital, en cuyo medio se asentaban las rancherías. Más cerca y en el centro de algún campo labrantío, desnudo ya de su pompa, surgían enhiestas y rígidas las secas cañas, de donde la mazorca fue arrancada, como rojas espadas centelleantes, y aquí y allá se amontonaban gigantescas hacinas de rastrojo, fulgurantes al sol cual monumentales edificios de oro puro. Por otro lado, y rompiendo la monotonía gris de la planicie, sola y aislada, a grandísimas distancias, surgía de la tierra la nota verde clara de copudo mezquite, como una enorme brocha de esmeralda; y más acá, ya muy cerca de mí, a derecha e izquierda corría en interminable sucesión la no interrumpida cadena de colinas y laderas festoneadas de vegetación que se levantaban gradualmente sobre el terreno, hasta empinarse en las titánicas moles de la cordillera que atrás había dejado. Y arriba, muy arriba, altos, altos, manchando el esmalte azul del espacio, negrísimos y profundos, revoloteaban los cuervos solitarios, con vuelo sosegado y solemne, como trágicos gérmenes de tiniebla que buscaran un sitio para clavarse en la esplendorosa inmensidad del éter incenciado.

Recogiendo la vista, fijéla en un punto de la llanura y descubrí, en medio de manchones de maleza, los jacales de una estancia, cercados por apretada hilera de magueyes y cardones: podía distinguir apenas las

tapias de adobe con sus tejados de palma. No había señal de movimiento y vida en aquella mansión, y una tristeza, vaga y honda al mismo tiempo, la rodeaba por todas partes.

Ya he dicho en otra vez que el campo es triste, siempre triste, inmensamente triste; y hay la singularidad de que la penetrante impresión de melancolía que produce es tan augusta en la mediación del sol como en el peso de la noche. Siempre existe cierta lobreguez en la majestad de esas dos horas; sólo que no hay en la del mediodía el horror que por la noche tanto perturba el ánimo y lo amedrenta. Pero el que se encuentra en la soledad de los montes cuando el sol toca en el cenit, siéntese sobrecogido perpetuamente por el infinito y perdurable misterio de la Naturaleza. Y si el paisaje que se desarrolla ante los ojos es dilatado, monótono y salvaje, entonces el alma va a empaparse en la sagrada tristeza, como los picos más encumbrados de las montañas se empapan en la suprema frialdad de las eternas nieves.

Aunque lo procuré con todo empeño, no pude dormir. El campo, cuando no hay un objeto que divierta mi espíritu de las cosas comunes de la vida, prodúceme a menudo cierta embriaguez estática, o más bien dicho, una borrachera en que me sumerjo plácidamente hasta llegar, a fuerza de abstraerme en la meditación contemplativa, a ese punto muy semejante al Nirvana, que el inolvidable poeta describió en un verso de penetrante intensidad al preguntarse:

¿En qué pensamos cuando no pensamos?...

Estaba, pues, llegando a ese estado espiritual, cuando un accidente súbito me despertó de mi marasmo. En la estancia que juzgué solitaria y que se aparecía como a un cuarto de legua, vi revolotear, tras el cercado de magueyes, muchas aves de corral que en confuso desorden y apresuradamente pugnaban por eludir un peligro. Al mismo tiempo aparecieron en el boquete que servía de puerta al solar, dos mujeres que agitaban los brazos con ademanes y aspavientos desesperados, y tales gritos lanzaban, que llegaron perceptiblemente hasta mis oídos. Y en aquel propio instante, un animal que pude distinguir a la distancia y acababa de saltar el cercado perdiéndose entre los matorrales del montecillo,

apareció de pronto en plena llanura, corriendo rápida y derechamente hacia el sitio donde yo me encontraba. Dos perros ladrando furiosos, le seguían, pero sin lograr alcanzarle, y, desalentados y rendidos, fueron quedándose atrás uno de otro, ya sin intento de continuar la persecución. Todo esto duró algunos minutos. Yo me había incorporado sobre el brazo derecho y al través del ramaje observaba atenta y cautelosamente. El animal perseguido que con su ligereza lograra burlar la furia de sus enemigos, era un coyote grande y peludo, y en el hocico traía una gallina negra que agitaba las alas cacareando lastimosamente. A cada instante se acercaba más a mi puesto, y calculando yo que no tardaría en estar a tiro, eché mano a la carabina y me apercibí a aguardar en acecho aquella a quien ya consideraba por segurísima presa. Mas cuando el animal iba a ponerse a mi alcance, con la singular astucia de que está dotado, adivinó sin duda mi presencia, por los movimientos que hice necesariamente al tender el arma para encañonarle y disparar en el momento que le tuviese bien enfilado.

Y repentinamente el coyote torció el rumbo hacia mi derecha y a todo escape se lanzó atravesando los barbechos con dirección al cerro. Y con la misma rapidez me puse en pie; y desamarrar el caballo y ponerme de un salto sobre la silla, obra fue de un solo instante. Y desatentado bajé por la colina como si a despeñarme fuera, enderezando la carrera en pos de la escapada bestia, a quien traté desde luego de atajar, cortándole el camino que hacia la montaña proseguía. Mucho alcanzó a aventajarme en tan cortos momentos; pero mi caballo era ligerísimo. estaba descansado y el coyote no podía correr mucho por la planicie sin que presto le diera alcance. Varias ocasiones había emprendido con éxito persecuciones semejantes; así es que abrigaba la seguridad de cansar al malvado y ladrón raposo a quien juré hacer pagar con la muerte todos sus merodeos.

III

Alcanzaba, por fin, a cortarle terreno. La distancia iba menguando. El coyote había tomado por un atajo que hacia larguísima cerca de pie-

dra encaminaba. Tal cerca no fue descubierta por mí sino en aquel momento. Dividía las llanuras labrantías de los cerros, formando dos potreros. Era bastante elevada y corría en línea recta, subiendo y bajando sobre la falda, según las ondulaciones del terreno. Al pie del lienzo y paralelo a él, hundíase un vallado poco profundo y cegado en partes por las corrientes de la sierra. Por allí seguía desaforado el coyote, y yo tras él no cejaba un punto. Pero evidentemente que si el fugitivo alcanzaba a saltar cerca y vallado, se remontaría por los cerros, ocultándose entre los mogotes que, saltados aquí y allá, en el declive de la falda, iban espesándose más y más, a medida que la montaña se empinaba. A evitarlo a todo trance corría yo desalado y lograrlo creía antes de mucho, pues por dos ocasiones el bermejo canino se detuvo fatigado, sentándose sobre los cuartos traseros y dirigiendo hacia mí sus orejas rígidas y el agudísimo hocico que constantemente atenaceaba sin piedad a la pobre gallina, ya casi exánime, a juzgar por las ligerísimas convulsiones en que se agitaba. Y en esas dos ocasiones intenté disparar haciendo blanco al detener de súbito el caballo; mas el astuto animal emprendía de nuevo e instantáneamente la rápida carrera obligándome a seguirle siempre a todo lo largo de la cerca.

Y a cada momento me acercaba. Unos cuantos más, y tenía la seguridad de fusilarle a mansalva, pues el coyote iba debilitándose según se echaba de ver en lo flojo de la carrera y por la desesperada ansiedad con que buscaba la salida por cualquier parte. Yo estaba ya jadeante y trémulo por el ardor de la persecución que de frenético estímulo me servía. Un instante, un solo instante, y la presa era segura. Veíale el rojizo pelambre enmarañado e hirsuto y la esponjada cola casi barriendo el suelo y medio escondida entre las ancas....

Y de repente, en un solo punto y de un solo golpe, el animal saltó por oculto brincadero de la cerca, donde sin duda los leñadores o los cuatrerros habían rodado las piedras para abrirse paso y comunicación entre las dos dehesas.

Quien se haya encontrado en lance parecido podrá figurarse la desazón y descorazonamiento que sentí de súbito. La cólera y el despecho

invadiéronme de tal manera que me propuse disparar todos los tiros de mi carabina sobre la solapada bestia que así me había burlado, apenas la divisara a la otra parte del lienzo, pues pensar en seguirla era pensar en lo excusado, y poco menos que imposible hacer brincar el caballo por aquel portillo, practicable sólo para los peones y animales monteses; e intentar la persecución a pie era casi una locura, por lo duro, sinuoso y empinado de la vertiente. Así es que paré de pronto el caballo y me apercibí a hacer fuego en el instante en que el coyote apareciera al otro lado del brincadero, lo cual tenía que suceder forzosamente, y en un momento, sin que lograra esconderse entre los mogotes, que en aquel sitio eran ralos y dejaban claros suficientes para poder dar caza a una pieza mucho más pequeña que la que se me había escapado.

Desde el punto en que me encontraba, a menos de cincuenta pasos del brincadero, descubríase buena extensión de terreno por ambos lados de la cerca, que precisamente a corta distancia y por la parte interna se torcía en ángulo obtuso, siguiendo la irregular pendiente de la montaña, lo que me permitía ver cualquier objeto que se moviera al pie mismo de la provisional muralla. Y es el caso que transcurrieron segundos, minutos, sin que el decantado animal apareciera. Desde el caballo dominaba yo todos los lugares por donde podía surgir de pronto, aun a largo trecho, y aunque contra las piedras de la cerca se deslizara intentando incrustarse en ellas, a verle alcanzaría siguiéndole con la vista por todas las veredas. Confundido hallábame y "mistificado" casi con aquella desaparición repentina. La bóveda, antes azul, del cielo, estaba roja y el sol se desbarataba en cataratas de lumbre sobre la extensión bravía. Allí el monte era yermo: abajo la inmensa sabana de tierra candente; arriba las estribaciones de la cordillera, manchadas a veces por el chaparral ceniciento, cubiertas a trechos por los peñascos calizos que rodaron los siglos desde la montaña, como enormes osamentas de una raza monstruosa; y entre aquellas dos arideces, el cercado de piedras calcáreas de abrasadora blancura y que en sinuosísima curva iba siguiendo los accidentes de las laderas desoladas. Eché pie a tierra, desaté el cabestro, y llevando de él a mi cabalgadura, dirigíme al punto mismo del brincadero

donde la cerca aparecía como una gigantesca mandíbula, monda y desdentada.

Por ese lugar precisamente había saltado el coyote y desaparecido, sin que a verle volviera en todo aquel espacio. Trepé por las piedras rodadas del brincadero, siempre llevando del ronزال a mi caballo, y cuando estuve en la medianía del boquete, me asomé al lado opuesto del potrero buscando en el suelo las huellas que el animal hubiera dejado... Y en este punto, protesto y juro que el pasmo y la admiración dejáronme de un golpe y de una sola pieza, parado, confuso y aturdido. Al pie del muro de cantos sueltos de que la cerca estaba compuesta, acurrucado, hecho un ovillo, en informe montón que se encogía sobre sí mismo, un viejecillo desmedrado, sucio hasta la repugnancia, apareció a mis atónitos ojos, que todo esperaban encontrar, menos semejante engendro de asquerosidad a quien apenas podía considerarse como un ser humano. Las rodillas finas y puntiagudas, ceñidas por los brazos en apretado nudo, como por dos cobrizas serpientes, escuálidas y viscosas. El descubierta cráneo, coronado por hirsuto greñal de mechaz grises, descansaba sobre aquel infame nido que los codos y las choquezuelas formaban, y todo el conjunto aparecía cubierto por inverosímil envoltura de andrajos nauseabundos. Los desnudos brazos y las piernas, tan canijos y descarnados como los de una momia, tenían el color grasoso y obscuro del café tostado; y en tal apariencia y postura, el vejete semejava un fakir indio sumergido en la estúpida somnolencia de su contemplación. A su lado descansaba en el suelo, boca abajo, un viejísimo sombrero de palma, alto de copa, agudo y abollado. Y la inmovilidad de toda aquella masa vil, cuasi informe, infundióme de pronto estupor tal, que no acerté a tomar por largos momentos resolución alguna. Por fin, repuesto de mi sorpresa, alcé la voz para despertar al viejo a quien juzgué dormido o amodorrado bajo la inmensa ola ardiente del sol, que más que inundarle, le quemaba; mas ningún movimiento respondió a mi llamado. Repetí las voces hasta llegar al diapason del grito; y sólo en el último, que acompañé con un empujón dado sobre su espalda con la culata de mi carabina (pues sentía viva repugnancia de tocarle), alzó pesadamente la temblo-

rosa cabeza que dirigió hacia mí, mostrándome una faz tan en consonancia con el cuerpo, que comencé a sentir inexplicable inquietud. Unos cuantos pelos ásperos y rígidos manchaban de blanco y gris aquel inundo semblante, donde los ojos, como dos gotas de agua sucia, escondíanse vacilantes y contraídos entre dos círculos rojos hasta la sangre, encendidos hasta el fuego y despoblados de cejas y pestañas, de los cuales pugnaba por desprenderse y resbalar un humor asqueroso sobre los pellejos negros y cochinos de aquellos pómulos, partidos por arrugas tan profundas, que semejabán cuchilladas.

Fijó en mí la mirada, sin verme al parecer: tanta vaguedad había en ella. Trató de incorporarse, pero el temblor de los remos se lo impidió y dejóse caer de nuevo sobre la piedra que le servía de asiento. Como no contestara a mis preguntas ni hiciese caso de las palabras que le dirigía, mostréme duro y amenazador, hasta lograr infundirle cierta timidez que le obligó a hablarme, advirtiéndome desde luego que era sordo. Entonces a gritos le interrogué.

-¿Dónde está el coyote que brincó por aquí?

-No he visto, padrecito- me respondió enseñándome los dos colmillos únicos, verdes y negruzcos de que sus encías estaban guarnecidas.

-Eso no es verdad. En este mismo lugar ha caído y por fuerza tuvo que tropezar contigo y despertarte; por muy dormido que estuvieras.

-No ha brincado nada, padre santo. Y su voz era tan quejumbrosa y entrecortada, como si mortal dolencia le aquejara-. Yo no he visto continuó- estoy muy malo y aquí me quedé a descansar, "pos" ya no puedo ni llegar a mi casa.

-¿En dónde vives?

-Allá, me dijo, señalando con un vago movimiento del enjuto brazo un punto indeterminado que estuviese a la vuelta de los cercanos cerros.

-Vengo de pedir limosna por algunos ranchos donde hay almas caritativas que me socorren. Pero estoy muy malo y ya no puedo caminar.

En la voz y los ademanes del viejo se advertía, efectivamente, que estaba muy enfermo, lo que empezó a inspirarme hondísima compasión.

Expliquéle el caso del coyote y la imposibilidad de que hubiera desaparecido sin ser visto. Juró y perjuró el viejo que no había sentido la carrera ni el brinco. Me incliné buscando en la tierra las huellas del animal, pero el terreno era pedregoso y yo no podía observarlas. Al bajarme un poco para examinar mejor el suelo hice rodar algunas piedras de la cerca que cayeron casi sobre el sombrero del mendigo. Y en aquel instante. . . ¡ horror de los horrores ! el sombrero empezó a moverse vertiginosamente como si oculta fuerza le impeliera. No pude darme cuenta de mi asombro, porque en el momento mismo voló el tal sombrero volcado por una gallina prieta que, escapándose de debajo echó a correr aleteando, aturdida y asustada, hasta los mogotes más cercanos, donde se escondió súbitamente, dejando oír sólo su alharauenta gritería.

Imposible dar cuenta de mi estupefacción y de mi asombro. Por un primer impulso quise arrojarme sobre el mendigo y molerle a golpes o descerrararle un tiro. Mezcla increíble de furor y espanto se apoderó de mí, y ciego, desatentado y frenético, sin tener conciencia de mis actos iba ya a consumir horrendo crimen, cuando el viejo, en el colmo del terror y como por enérgica fuerza impelido, púsose de rodillas y con las lágrimas en los ojos y alzando hacia mí los brazos, implorantes, gritóme, con grito tan desesperado, que nunca olvidaré:

-¡Perdóname, padrecito de mi alma, no me mates, nada te hago! Esa gallinita me la dieron de caridad; no me la he robado. Soy un pobre, soy un pobrecito viejo y estoy enfermo. ¡No te vaya a castigar Dios!

Una ola de sangre fría hizome volver el buen sentido, tan repentinamente como me había abandonado. Pero mi retorno al cabal juicio vino de estupor tal acompañado, que tardé buen espacio en darme razón exacta de aquel evento. Cuando alcancé a reponerme, me envolvía cierto ambiente de misterio y pavor, que me impulsó a trastumbarme del montón de piedras donde hasta entonces había permanecido, y poco a poco fui enrollando el cabestro; amarrélo a los tientos de la silla y monté de nuevo, ordenando al viejo con una voz que el mismo estado de mi ánimo hacía imperiosa y amenazante, esperar en aquel punto hasta mi regreso.

IV

A carrera tendida por entre los barbechos me dirigí a la estancia de donde el coyote había robado la gallina. Llegué en unos minutos. Llamé en seguida con las palabras sacramentales.

-¡Ave María!

-En gracia concebida- me contestaron desde adentro dos mujeres que a poco aparecieron en el umbral de los jacales.

-¿No se ha llevado el coyote alguna gallina?- les pregunté precipitadamente.

-Sí, señor; y todos los días se lleva una o, con perdón de su mercé, un puerquito, de modo que ya no tenemos vida. Ni los perros, ni balazos que le avientan los hombres, pueden espantarlo, "pos" siempre le "jierran" y los perros se cansan y le tienen miedo.

-¿Hay aquí algún hombre que venga conmigo a seguir al coyote, que está del otro lado de la cerca?

A mi pregunta, presentóse un muchacho que acababa de llegar del trabajo, según me dijo; le invité a acompañarme, a lo que prestóse de muy buen grado; y ambos, entre las bendiciones y los votos de las mujeres, enderezamos el rumbo hacia el lugar de mi aventura que, como era natural, no quise referir a aquellas buenas gentes.

Cuando nos acercábamos al portillo del brincadero, divisamos al rabadán y al guía que ya estaban de regreso y se dirigían a nosotros, pues no habiéndome encontrado en el punto donde me dejaron, vinieron en mi busca, dando conmigo en poco tiempo. También les puse al tanto del objeto que me había apartado del bosquecillo de los encinos, y todos cuatro llegamos en un momento al lugar donde el coyote se me escapara dejándome burlado, y donde el viejo mendigo debía aguardarme.

Pero éste también había desaparecido; y aunque pensaba yo que podía estar muy lejos, según era enfermizo y débil su aspecto, no quise decir una palabra sobre el hallazgo del viejo a mis compañeros, para que fuesen a buscarle. Los tres eran peritísimos en eso de seguir pistas y encontrar huellas. Púseles sobre el terreno mismo, y con todo y que sólo

de piedra dura se componía, pudieron adivinar el paso, pero no de un animal, sino de un hombre. Advertirlo y quedarse parados de una sola pieza, viéndome con atónita mirada, fue una sola cosa.

-¡Alabao sea el Santísimo Sacramento del Altar! exclamó el vaciero y todos tres se persignaron-. Esta es la "fuella" del nahual.

-¿Qué nahual ?- les pregunté con una sonrisa incrédula, que yo mismo no estaba muy seguro de que fuese natural.

-Pos, señor- dijo el muchacho a quien fui a traer de la vecina estancia, es un viejo muy malo que se aparece por todos estos montes y naiden sabe de dónde viene ni dónde vive.

-Sí, amo- repuso el vaciero; y dicen que se guelva coyote o cualquier otro animal ansina de esos del monte, porque izque tiene pauto con el enemigo malo.

-Yo nunquita le vide- dijo mi guía que hasta entonces había estado mudo y estupefacto; pero he oído hablar mucho de ese viejo, que dicen que tiene la casa en una cueva del cerro.

-Eso no es verdad- les dije, no hay nahuales; y si algún viejo o mozo ha pasado por aquí hace poco, vamos a buscarle y por fuerza tenemos que dar con él.

Y nos pusimos en obra, pero todo fue inútil. Agotamos el vigor y la paciencia. El "fuellerío" desaparecía sobre las rocas, donde no era posible percibirlo, o entre los matorrales que se espesaban haciéndose bravíos y obstruyéndonos el paso completamente. Quise que nos internáramos en las cañadas de la sierra, pero mis tres acompañantes, a una, se opusieron obstinadamente y no logré arrancarles, con todos mis esfuerzos, aquella superstición de la cabeza.

Desalentado al fin, volvíme, no sin proponerme descubrir por cualquier medio y a todo trance aquel hasta entonces para mí inexplicable misterio; y no cejé un punto hasta que, transcurrido más de un año, pude lograr al cabo dar con el secreto, cuando el viejecillo fue encontrado muerto en una covacha oculta entre lo más salvaje y escarpado de la montaña.

El hallazgo del cadáver fue debido a una circunstancia bien singu-

lar por cierto. Ocupábanse unos leñadores en sus habituales faenas, cuando escucharon los aullidos agudos y prolongados de un coyote, y tan insistentes eran, que determinaron ir en busca del animal, para matarle. Topáronle a la entrada de una cueva poco profunda donde se ocultó al sospechar que le perseguían. Los leñadores se aventuraron dentro de la cueva, y ¡cuál sería su asombro al encontrar al viejo muerto! y junto a él, como si fuese un perro, al coyote echado y lamiéndole con tan grandes muestras de cariño y de dolor, que los hombres se enternecieron, y, a pesar de la superstición que abrigan sobre las brujerías del viejo, le sacaron de allí, llevándole a enterrar al cementerio más cercano.

El viejo, cuyas dolencias y falta de fuerzas eran más aparentes que reales, explotaba la credulidad de los sencillos montañeses para hacerse temer y robar a mansalva, con la ayuda del leal y bien amaestrado coyote, que le proveía de aves de corral y cuadrúpedos, con cuya venta satisfacía las menguadas necesidades de su miserable existencia....

Y ahora, al entrar la noche, el fiel canino marchaba en pos del rústico funeral por entre las lóbregas asperezas de la serranía, lanzando el doloroso clamor de la despedida a aquella miseria y abyección que le abandonaban para siempre y que le habían amparado con amor y abrigo en la soledad de los campos, en cuya infinita tristeza iba a perderse el lastimero grito, como el toque lúgubre de salvaje clarín que, para contemplar en tanta pequeñez la augusta grandeza de la muerte, convocara a todos los espectros de la montaña.

1903.

Índice

	Pág.
INTRODUCCION	6
Los cinco rostros de Othón	7
La vocación de cuentista	11
Número de cuentos	14
Los cuentos sumergidos	17
Avances de esta edición	22
Cuentos románticos y realistas	23
Cuadros de costumbres	26
Escenarios	30
Personajes	32
La descripción	34
El Mexicanismo	37
Lenguaje	39
La prosa	43
Huellas autobiográficas	46
Relación de cuentos y poesía	48
La denuncia social	49
Los mejores cuentos	51
Bibliografía directa	55

COMENTARIO DE LOS CUENTOS	59
El padre Alegría	61
El último trovador	63
Una fiesta casera	66
El exclaustro	69
Un Nocturno de Chopin	71
La Nochebuena del labriego	73
El pastor Corydón	75
El montero Espinosa	79
Encuentro pavoroso	82
Coro de brujas	85
El Nahual	88
Colofón	91
CUENTOS	93
El padre Alegría	95
El último trovador	106
Una fiesta casera	113
El exclaustro	123
Un nocturno de Chopin	134
La nochebuena del labriego	160
El pastor Corydón	164
El montero Espinosa	188
Encuentro pavoroso	204
Coro de brujas	214
El nahual	228
Índice	243

Por acuerdo del señor rector Ing. Jaime Valle Méndez, este libro se terminó de imprimir en la Editorial Universitaria Potosina el día 31 de agosto de 1995. La edición estuvo al cuidado de su autor y de José de Jesús Rivera Espinosa. El tiraje fue de 1000 ejemplares.

Por primera vez se publican, íntegros en número y limpios en el texto, los cuentos de Manuel José Othón (1858-1906), escritos en su madurez vital, entre 1891 y 1903, ya que el poeta y el dramaturgo maduraron desde los años juveniles.

Pese a la desigualdad y a las limitaciones del narrador, a quien hay que juzgar según el tiempo y el propósito, los cuentos lucen por la descripción del paisaje, hermanos al fin de *Poemas Rústicos*; por reflejar el alma y las formas culturales del campo; por transmitir tradiciones y cuadros costumbristas que arrancan de experiencias personales del autor conforme acusan su fina sensibilidad de observación; por la fidelidad con que transcribe el habla popular y reúne un coro numeroso de "mexicanismos" de la época; por la prosa enraizada en su predilecto Miguel de Cervantes Saavedra que, en determinados momentos, brilla fácil y colmada; y, en fin, por su valiente denuncia, en pleno Porfiriato, de los abusos de amos y hacendados contra los oprimidos campesinos, por lo que estos cuentos pueden inscribirse como claros precursores de la "novela de la Revolución Mexicana".



*Editorial
Universitaria
Potosina*